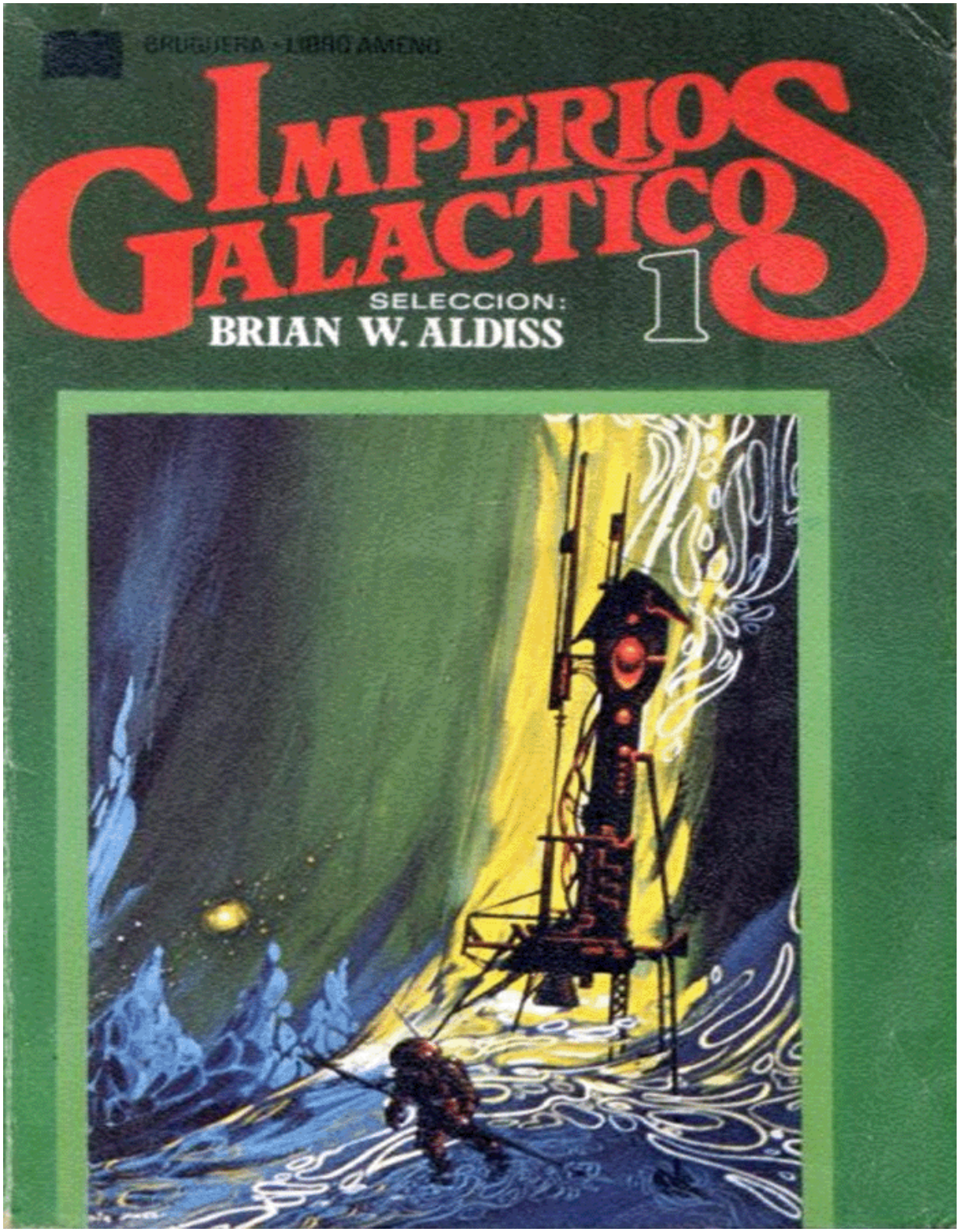
IMPERIOS GALÁCTICOS 1 – Varios Autores
Selección de Brian W. Aldiss



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Imperios galácticos I

Brian W. Aldiss

El cielo permanece inescrutable
La tierra conserva sus misterios
Así que seguimos plantando banderas llamativas
Fatigándonos con la distancia.
LI HO LUÁN *(siglo IX)*

Presentación

Dentro de la vertiente de la ciencia ficción llamada Space Opera -esa rama del género entre ingenua y visionaria- tiene una importancia primordial el tema de los imperios galácticos, del mismo modo que los reinos fabulosos juegan un papel básico en la narrativa heroica de todos los tiempos.

Colosales imperios que abarcan cientos de mundos y miden sus dominios por parsecs. Imperios cuyo esplendor rivaliza con el de las propias estrellas y cuyo derrumbamiento las hace estremecer...

Brian W. Aldiss, autor de Barbagrís[1], uno de los más importantes autores de ciencia ficción actuales y uno de los mejores conocedores del género, ha recopilado una extensa antología (que ofrecemos a nuestros lectores en cuatro volúmenes de los que éste es el primero) que muestra las facetas más características y los distintos enfoques de esta fascinante temática a medio camino entre lo especulativo y lo legendario. Cada volumen está dividido a su vez en dos partes, con lo que la antología completa consta de ocho selecciones, dedicadas a otros tantos aspectos básicos del tema.

Los autores incluidos en éste y los otros volúmenes no necesitan presentación. La mayoría de los grandes maestros están aquí: Clarke, Anderson, Asimov, Simak, Blish, Van Vogth..., pues pocos son los autores que no se hayan sentido atraídos en un momento u otro por este tema grandioso y singular.

Por supuesto, los cuatro volúmenes son totalmente independientes, ya que todos los relatos lo son entre sí. Juntos, sin embargo, constituyen la más completa y representativa antología jamás realizada sobre una de las ramas más sugestivas del género.

CARLO FRABETTI

[1] Colección Nova CF nº 9.

Librodot

Introducción

Imperios galácticos representa la última locura en ciencia ficción.

Imperios galácticos representa una relación promiscua entre la ciencia y el encanto, con un predominio general del encanto.

Imperios galácticos representa lo más espectacular en el campo de la ciencia ficción.

Los imperios galácticos han sido condenados a menudo como tales por las personas serias y sensatas. Eso puede deberse menos a los errores intrínsecos del género que al hecho de que las personas serias y sensatas son muy dadas a la condena. Sin embargo, uno puede ser bastante sensible y seguir encontrando placer en leer cosas sobre tipos armados de corazas con hachones, bebiendo en grandes copas y conduciendo caballos de guerra hacia las naves espaciales antes de precipitarse a través del espacio a muchas veces la velocidad de la luz.

En otras palabras, estas narraciones pueden ser tomadas en serio. Lo que no se debe hacer es tomarlas literalmente. Sus autores no lo hicieron. Cada cosa tiene su forma de leerla.

La mayor parte de estos relatos fueron escritos para divertir. Pero hay muchos niveles de diversión. La responsabilidad de un antologista es precisamente la de ser serio y sensato en este asunto. Pero antes... una cita de una de las narraciones publicadas en esta antología (ya llegará a leerla):

«Los cascos recubiertos de metal resonaron sobre el pavimento con dura cadencia mientras los doce guardias escoltaban a Deralan hacia el centro de la Avenida de los Reyes. La en otro tiempo orgullosa calle se había convertido ahora en un lugar de bazares. Rael era un planeta antiguo, sabio y agrio. Hasta él habían llegado las heces de mil planetas, los aduladores, los tramposos con su buen olfato para la depravación, con su insolente contoneo. Ya no se podía andar solo por la noche en Rael.»

La miseria destartalada es a menudo un atractivo en la narración galáctica. Las calles de Rael están depravadas por buenas razones, pero éstas ocupan un segundo lugar, detrás de lo pintoresco. En mil Ráeles posibles, los autores nos conducen instintivamente hacia la más próxima tabernucha, antes que mostrarnos cómo funciona el sistema de alcantarillado (a menos que nuestro héroe tenga que verse obligado a escapar por él), o cómo se acumulan las ratas para beneficio mutuo de todos. Esos autores conocen nuestros gustos.

Lo que hacen principalmente los autores es contarnos una historia con criaturas extrañas, duelo de espadas, artilugios fascinantes y -preferentemente- hermosas princesas. En cuanto a la narración en sí, suele ser bastante tradicional. Son relatos en los que lo esencial del caso se resuelve mediante la utilización de una inteligencia rápida, el coraje y la fuerza bruta. Si esto suena como un cuento de hadas, habría que decir, sobre los cuentos de hadas, que nos encantan y amplían nuestras percepciones. Tal y como Michael Shaara dice en su relato:

«La historia de la Tierra y de toda la humanidad se extinguió y se perdió. Oyeron hablar de grandes razas y de mundos ilimitados, y del gobierno inimitable que era el de la Federación Galáctica. La ficción, las leyendas, los sueños de miles de años se habían convertido en realidad en un momento, en la figura de un pequeño anciano que no era de la Tierra. Tendrían que aprender mucho y aceptar aún mucho más en el período de una sola tarde, y en un planeta extraño.»

La ciencia es una cuestión tenue al lado de este material legendario.

Digo que esto es lo que hacen principalmente los autores. Sin embargo, hay una moraleja que sopla de vez en cuando como un viento frío por la Calle Mayor de Rael, recorriendo todo el cuento galáctico: que es mejor gobernar que ser gobernado. En más de una de las narraciones incluidas aquí, los gobernados se convierten en los gobernadores en el transcurso de la historia. En el caso de que el mensaje no se comprenda del todo, hay un apartado especial en el tercer volumen titulado *El otro extremo del garrote,* en el que Mack Reynolds y sus colegas nos hacen comprender adecuadamente, la tarea. Mark Clifton y Alex Apostolides también tienen que decir algo convincente sobre la cuestión.

La moralidad está siempre muy bien, pero a mí denme el lujo. Existe un lujo innegable en las más características de estas historias, un lujo que se manifiesta como de pasada. No se puede dejar de admirar la descripción del derroche, que contiene en unas pocas líneas el esplendor de la tecnología y la calidad tudoriana del pasado:

«Siguió su cuerpo ondulante a lo largo de los pasillos llenos de colgaduras, penetrando en las pequeñas habitaciones y pasando junto a puertas de roble. Ella llegó junto a una pared desnuda, elevó el brazo y apretó las rosadas yemas de sus dedos contra una piedra rosada, casi roja.

»-Las espiras que hay en las yemas de mis dedos ponen en marcha un mecanismo de encendido oculto en la piedra -explicó ella-. Es mejor que cualquier llave.

»En alguna parte, zumbó una máquina y la pared de roca comenzó a girar.»

No se puede dejar de admirar la forma en que los villanos o los héroes vuelan a través de las remotas galaxias de estrellas, persiguiéndose los unos a los otros. Ni la forma en que la Razas Antiguas, los Terribles Secretos, las Fuerzas Antiguas o los simples, furtivos y viejos teleportadores surgen a cada paso. Y no le queda a uno más remedio que admirar a las mujeres imperiales.

Se ha de decir que la mayor parte de estas historias fueron escritas en una época inocente, antes de la aparición del Women's Lib, y que, a menudo, los propios autores se encontraban en una edad inocente. Y así, se ofrece una imagen claramente romántica de mujeres como Daylya, «cuya belleza había sido como un grito cálido en la noche». El comandante Cordwainer es prácticamente único en tener una esposa a la que ama prosaicamente. Las bellezas con las que uno se encuentra aquí son aptas para materializarse en circunstancias siniestras, y para vestirse -o desnudarse- para matar, como Alys, en el más espectacular de los cuentos del segundo volumen.

«Observó la graciosa línea de su cuello sin adornos, los hombros y pechos desnudos, el pequeño talle, el estómago plano y firme... todo revelado por la estudiada desnudez de la moda de las Marcas Internas. No era ninguna niña.» Así lo esperamos todos, fervientemente. A menudo, suena una nota de melancolía y desesperación, cuando

Librodot

la heroína está perdida. «Recordó el sonido de su voz y la dulzura de sus labios, y la amó. Un millón de años, y ella era polvo soplando en el viento de la noche...»

Algunos comentaristas aseguran haber visto aleo siniestro en la idea de una civilización galáctica, relacionándola con los designios imperialistas norteamericanos. Esto me parece absurdo. Las historias no contienen esa clase de aspecto de interpretación. A pesar de todo, es digno hacer notar que los mejores exponentes de los imperios galácticos son norteamericanos, con una sola excepción (el gran Olaf Stapledon). Probablemente, los ingleses, que tuvieron un imperio, consideraron la cuestión como algo más prosaico.

Otra objeción es la de que no estamos moralmente preparados todavía para dirigir nuestro propio mundo, de modo que el pensar de nosotros mismos que somos capaces de extendernos por otros mundos es una ofensa al buen sentido. Esta objeción podría tener más fuerza si los autores estuvieran tratando realmente de profetizar, o se esforzaran por mostrarnos cómo podríamos apoderarnos de una galaxia. Pero, desde luego, no hay nada más lejos de la verdad. Están interesados en la tarea perenne de los escritores, que consiste en coger a una audiencia por su oreja colectiva y narrarle un buen relato, incluyendo al mismo tiempo unas pocas verdades propias. La predicción no tiene nada que ver con ello. (Todo lo que estoy dispuesto a admitir es que si la Tierra establece un imperio galáctico, o se ve incorporada a él en, por ejemplo, trescientos años, no cabe la menor duda de que la idea ya estaba bullendo en nuestro inconsciente colectivo durante el siglo XX -y sobre todo en ese trozo de inconsciente colectivo llamado Poul Anderson.) C. S. Lewis -que, en general, es un crítico muy astuto de ciencia ficción- planteó otra objeción contra la narración galáctica, al quejarse de que, en tal caso, el autor «procede a desarrollar una narración ordinaria de amor, de espionaje, de accidente, de crimen. Y eso me parece algo de muy poco gusto. Todo aquello que no se utilice en una obra de arte, está haciendo daño». Lewis yerra extrañamente, tratándose de un seguidor tan agudo como lo es él de la ciencia ficción. Leemos la historia de amor, de espionaje o de lo que sea *porque* se está desarrollando en una enorme nave espacial de cincuenta kilómetros de longitud, *porque* está localizada en un planeta en el que el sol entra en eclipse una hora sí y otra no, *porque* sucede en la capital del mayor imperio que jamás conociera el universo. Nuestra sensibilidad se ve afectada por los lugares donde suceden las cosas, y por saber que estamos leyendo algo sobre personajes legendarios que están viviendo cientos de años por delante de nosotros, en el futuro. Abandonaríamos inmediatamente la lectura de Ja historia si supiéramos que todo eso está sucediendo en Leicester, en el año 1976.

¿Estoy afirmando con ello que esta antología contiene simplemente literatura de evasión? Si es así, permítanme citar de nuevo a C. S. Lewis, en esta ocasión de parte de la justicia (de mi lado). El pensaba que la acusación de escapismo era muy extraña. «Nunca la comprendí por completo, hasta que mí amigo el profesor Tolkien me hizo una pregunta muy simple: ¿Qué clase de hombres cree usted que se sentirán más preocupados y más hostiles con respecto a la idea de escapar? Y me dio la evidente contestación : los carceleros.”

En relación con esto, me di cuenta, al reunir las narraciones, de que la mayor parte de ellas fueron publicadas por primera vez en los años cincuenta. Esto pudo deberse en parte al hecho de que, por aquel entonces, se publicaban muchas revistas de ciencia ficción, más que antes o que desde entonces. Pero una parte más significativa de la explicación radica seguramente en el hecho de que nos encontrábamos en la época de la Guerra Fría, aquellos años frígidos en los que el Este y el Oeste se hallaban frente a frente, montado cada uno sobre un enorme montón de bombas H, La Tierra no era por entonces particularmente habitable para la imaginación. Era un verdadero alivio poder hacer un viaje por ¡as afueras. (Y notarán ustedes que la *radiación* aparece como una amenaza siniestra y a menudo curiosamente irrealista en un gran número de estos relatos.)

Para recopilar esta antología, me he limitado prácticamente a seleccionarla de las revistas de ciencia ficción. Hay muchas antologías de ciencia ficción en el mercado; pero muy pocos de sus editores parecen haber estudiado otra cosa que no sean otras antologías. Yo, en cambio, estoy más interesado en rescatar del olvido aquellas narraciones que, aun cuando no fueron escritas por autores famosos -por una razón u otra-, pueden ser leídas y disfrutadas en la actualidad.

Los cuatro volúmenes de esta antología contiene; veintiséis narraciones recogidas de catorce fuente diferentes, que se extienden a lo largo de treinta cuatro años. Algunas de aquellas revistas fueron Oí curas, otras en cambio fueron muy queridas. La mayor parte de ellas ya han desaparecido. Fueron buenas mientras duraron; formaron otro imperio que también se ha desvanecido.

Publicamos también las entradillas originales que aparecieron junto con las narraciones en su primer; publicación. Aquellas entradillas eran, de por sí, uní pequeña forma de arte. Allí donde no existían este tipo de introducciones, han sido elaboradas.

BRIAN ALDISS

Heath House Southmoor. Julio de 1975

Librodot

Volumen I

ASCENSIÓN Y ESPLENDOR

Librodot

1

UN SENTIDO DE PERSPECTIVA

R. A. Lafferty: *Mucho, mucho tiempo*

Arthur C. Clarke: *Los posesos*

H. B. Fyfe: *Especies protegidas*

Michael Shaara: *Vuelta a empezar*

> Germinando en regiones muy alejadas, estos imperios dominaron fácilmente cualquier mundo subutópico que se encontraba a su alcance. De este modo, se extendieron de un sistema planetario a otro, hasta que, finalmente, un imperio estableció contacto con el otro.
> Siguieron después guerras como no se habían dado nunca antes en nuestra galaxia. Las flotas de los mundos, naturales y artificiales, maniobraron entre las estrellas para burlarse mutuamente y destruirse las unas a las otras con cohetes de largo alcance y energía subatómica. A medida que el progreso de la batalla se fue extendiendo más y más lejos a través del espacio, quedaron aniquilados sistemas planetarios enteros. Muchos espíritus universales encontraron un fin repentino Más de una raza interior, que no tenía arte ni parte en la contienda, se vio destrozada en la guerra celestial que la rodeó.
>
> OLAF SIAPLEDON: *Hacedor de Estrellas*

Algunas ideas son tan poderosas, se encuentran tan cerca de los fundamentos del pensamiento humano, que se imponen en reinos en los que parecen tener derecho a ocupar un lugar. La. idea de los ciclos o estaciones es una de ellas. El pensamiento cristiano está familiarizado con la idea de un Reino Eterno, pero «sobre la Tierra», en la realidad, ningún remo dura siempre. Los fantasmales imperios galácticos de la ciencia ficción también demostraron ser cíclicos. Así pues, en este sentido, lo mismo sucede con las galaxias.

Para quienes viven en el ecuador, o para quienes habitan planetas que no conocen las estaciones, la naturaleza cíclica del universo puede ser menos evidente. *Puede ser.* Pero las condiciones básicas de la vida -nacer, procrear y morir- nos familiarizan a la fuerza con el significado del cambio estacional. En este volumen comenzamos, siguiendo el ciclo de la Madre Naturaleza, con la primavera de los imperios.

Sin embargo, la mayor parte de las historias de la sección casi podrían pertenecer también al final. Tomemos el caso de Jeff Otis, investigando unas ruinas en el planeta de una estrella binaria. La civilización terrestre ya se ha extendido por fin hacia el espacio interestelar, habiéndose abierto ya cinco nuevos sistemas planetarios. Este, en el que nos encontramos ahora, está siendo preparado para la colonización. Y, entonces, Otis consigue acercarse algo más a una de las extrañas criaturas. Tal y como H. B. Fyfe relata en su narración, maravillosamente construida, la criatura en cuestión posee un fragmento de información *capaz* de cambiar la perspectiva de todo lo que les rodea.

Es curiosa la atracción que tienen las ruinas para los escritores de ciencia ficción. Eso forma parte de la herencia gótica de esta narrativa y, al mismo tiempo, creo que es un símbolo de la forma en que nos vemos viviendo a nosotros mismos entre las ruinas de las creencias religiosas o de una cultura más profunda.. Sólo durante los diez últimos años se ha prestado una atención crítica a la ciencia ficción; la mayor parte de los críticos han observado la forma sorprendente en que la ciencia ficción, al abandonar el literalismo y *avanzar* hacia el surrealismo, proporciona una clase especial de espejo para su propio tiempo. Se podría decir que los imperios galácticos han sido inventados porque sentimos nostalgia de esa clase de cohesión cósmica; su tendencia es tanto religiosa como materialista.

Así pues, no se sorprendan demasiado si de estos relatos surgen inesperadamente toda clase de complicaciones. La implicación existente en el relato de Michael Shaara está relacionada con el diablo y su conexión con la raza humana. Se trata de una narración típica de ciencia ficción en el sentido de que supone enormes saltos de

tiempo y espacio -una libertad que es la razón por la que muchos de nosotros leemos relatos de ciencia ficción-. Inevitablemente, las perspectivas cambian durante el proceso.

Y, a propósito, ésta fue la primera o la segunda narración de Shaara en ser publicada. El fue uno de los muchos nuevos autores que aparecieron a principios de los años cincuenta. Recientemente, ha ganado un premio Pulitzer por su novela sobre la guerra civil norteamericana, *Los ángeles asesinos.*

Los dos relatos que inician la selección, escritos por Arthur C. Clarke y R. A. Lafferty, son cortos. Sirven como oberturas al gran tema de la expansión colonial. Ponen en marcha la escena, dentro de un marco de referencia. Clarke, con una de sus características propias, nos recuerda que lo grande y lo pequeño están relacionados; ambos aspectos forman parte del proceso que está actuando en el universo. Un proceso que, en su totalidad, es indiferente al hombre. Puede que las incursiones del hombre en el universo, si es que llega a realizarlas, sean como las de los lemingos, antes que una progresión racional.

En cuanto a R. Á. Lafferty, nos recuerda... Bueno, Lafferty es un hombre muy divertido, y eso es precisamente lo que nos recuerda. En este *largo viaje hacia el exterior* necesitaremos un buen sentido del humor, así como de la sorpresa.

Librodot

Mucho, mucho tiempo

R. A. Lafferty

¿Han oído hablar de los monos, la máquina de escribir y las obras completas de Shakespeare? Lo mismo le sucedió a Michael... ¡pero él se dispuso a demostrarlo!

No termina con uno... *comienza* con un gemido.

Era un amanecer separador... Incandescencia para la que todas las luces posteriores son como candiles... Calor para el que el calor de todos los soles posteriores no es más que una cerilla quemada. Las polaridades que crean la tensión para siempre.

Y en el medio de todo hubo un gemido, la primera sacudida que indicaba que el tiempo había empezado.

Los dos Desafíos eran más altos que el radio del espacio que estaba naciendo; y una débil criatura Boshel, se encontraba en el medio, demasiado acobardada como para aceptar ningún desafío.

-¡Eh! ¿Hasta cuándo vais a estar fuera? -gruñó Boshel.

El Acontecimiento Creativo era la Revuelta, dividiendo el Vacío en dos. Las dos partes se formaron oponiendo Naciones de Luz dividida sobre el escarpado abismo. Dos Campeones estaban frente a frente, con una amargura que nunca ha pasado... Michael' envuelto en fuego blanco... y Helel, hinchado con un resplandor negro y púrpura. Y sus seguidores con ellos. Esto se ha alegorizado como Aceptación y Rechazo, y como Dios y Diablo; pero al principio hubo la Polaridad con la que se sostiene el Universo.

Entre ellos, como un pigmeo, se encontraba Boshel, solo, lleno de una gimiente duda.

-Si vas a venir con nosotros, saca el metal primordial -rugió Helel como una crujiente tormenta, mientras se dirigía a sus seguidores, hecho una furia, para formar un nuevo núcleo.

-¡Eh, vosotros! ¿Vais a volver antes de la noche? -musitó Boshel.

-¡Oh! ¡Vete al infierno! -rugió Michael.

-Cuidado con ese pequeño juramento -observó Helel-. Todavía no hay fuego suficiente para incendiar un edificio.

Las dos grandes multitudes se separaron, y Boshel se quedó solo en el vacío. Aún estaba allí cuando se produjo una segunda y pequeña sacudida y el tiempo comenzó de veras, reventando la vaina y convirtiéndola en un chorro de chispas que viajaron y crecieron. El seguía estando allí cuando las chispas adquirieron forma y movimiento; y continuó estando allí cuando la vida comenzó a aparecer en las pequeñas manchas de hollín desprendidas de las chispas. Permaneció allí durante mucho, mucho tiempo.

-¿Qué vamos a hacer con esa pequeña sabandija? -le preguntó un subordinado a Michael-. No podemos dejarle ahí, ensuciando el paisaje para siempre.

-Iré a preguntarlo -dijo Michael.

Y así lo hizo. Pero a Michael se le dijo que la responsabilidad era suya; que Boshel tendría que ser castigado por su indecisión; y que dependía de Michael seleccionar el castigo adecuado y comprobar que éste se llevara a cabo.

-¿Sabes que hizo tartamudear el tiempo al principio? -le dijo Michael al subordinado-. Colocó un elemento de azar que lo afectó todo. Por eso tiene que tratarse de un castigo que tenga algo que ver con el tiempo.

-¿Tienes alguna idea? -preguntó el subordinado.

-Ya pensaré en algo -dijo Michael.

Bastante después de aquello, Michael estaba hojeando un libro una tarde, en una librería de Los Ángeles.

-Aquí dice -entonó Michael- que si seis monos fueran colocados ante seis máquinas de escribir y mecanografiaran durante un espacio de tiempo suficiente, mecanografiarían con exactitud todas las palabras de Shakespeare. El tiempo es algo de lo que disponemos a montones. Intentémoslo, Kitabel, y veamos cuánto tiempo tarda.

-¿Qué es un mono, Michael?

-No lo sé.

-¿Qué es una máquina de escribir?

-No lo sé.

-¿Qué es Shakespeare, Mike?

-Todo el mundo puede hacer preguntas, Kitabel. Reúne todas esas cosas y empecemos de una vez con el proyecto.

-Parece que va a tratarse de un proyecto muy largo. ¿Quién lo supervisará?

-Boshel. Es natural que sea él. Le enseñará a ser paciente y a tener sentido del orden, *e* imprimirá sobre él la majestuosidad del tiempo. Es exactamente la clase de castigo que he estado buscando.

Reunieron las cosas y se volvieron hacia Boshel.

-En cuanto el proyecto esté terminado, Bosh, habrá pasado tu período de espera. Entonces te podrás unir al grupo y disfrutar con el resto de nosotros.

-Bueno, eso es mejor que permanecer aquí, sin hacer nada -observó Boshel-. El asunto podría ir más rápido si pudiera educar a los monos y hacer que lo copiaran todo.

-No, el mecanografiado tiene que hacerse al azar, Bosh. Fuiste tú quien introdujiste el factor azar en el universo. Así es que, ahora, sufre las consecuencias.

-¿Tiene que corresponder la copia con alguna edición en particular?

-Con la edición «Blackstone Readers» del Treinta y Siete. Y estos volúmenes que tengo aquí servirán perfectamente -contestó Michael-. He tenido una charla con los monos y están dispuestos a aplicarse a la tarea. Me ha costado ochenta mil años conseguir que pudieran hablar, pero eso no representa nada cuando hablamos de tiempo.

-¡Vaya! ¿Acaso hablamos alguna vez de tiempo? -protestó Boshel.

-He hecho un trato con los monos. Serán inmunes a la fatiga y al aburrimiento. Pero a ti no puedo prometerte lo mismo.

-Bueno, Michael, como esto puede durar bastante, me pregunto si no podría tener alguna especie de reloj para ir comprobando qué tal de rápidas van saliendo las cosas.

Así es que Michael le hizo un reloj. Era un cubo de piedra de un parsec de arista.

-No tienes que darle cuerda, Bosh. No tienes que hacerle nada -le explicó Michael-. Un pequeño pájaro llegará cada milenio y afilará su pico en esta piedra. Podrás contar el paso del tiempo por la disminución de la piedra. Es un buen reloj, y sólo tiene una parte móvil, que es el pájaro. No te garantizo que hayas podido terminar todo el proyecto cuando haya desaparecido la piedra, pero al menos podrás saber el tiempo que ha pasado.

-Es mejor que nada -dijo Boshel-, pero esto va a ser una pesadez. Creo que ese concepto del tiempo es algo medieval.

-Así soy yo -dijo Michael-. Sin embargo, te diré lo que puedo hacer, Bosh. Te puedo encadenar a esa piedra y hacer que otro gran pájaro se lance sobre ti en picado y te arranque trozos de hígado. Eso mismo estaba escrito en otro libro, en aquella librería.

-Me haces morir de risa, Mike. No será necesario. Pasaré el rato de algún modo.

Boshel hizo que los monos se pusieran a trabajar. Estaban condicionados para que pulsaran las teclas de las máquinas de escribir al azar. Al cabo de un corto período de tiempo (según cuentan el tiempo las Grandes Criaturas), los monos ya habían producido palabras enteras de Shakespeare: «Permitir», que se encuentra en la escena dos del primer acto de *Ricardo III;* «Ir», que está en la escena dos del acto segundo de *Julio César;* y «Ser»; que aparece en la primera escena y acto de *La tempestad.* Boshel se sentía muy animado.

Al cabo de algún tiempo, uno de los monos produjo dos palabras de Shakespeare, una detrás de la otra. Para entonces, el mundo hogar de Shakespeare (que era también el mundo donde se encontraba aquella librería de Los Ángeles donde naciera tan gran idea) ya había desaparecido desde hacía tiempo.

Al cabo de otro tiempo, los monos habían llegado ya a escribir frases enteras. Para entonces, ya había transcurrido bastante tiempo.

El problema con aquel pequeño pájaro era que su pico no parecía necesitar estar muy afilado cuando llegaba una vez cada mil años, Boshel descubrió que Michael le había jugado una mala pasada de serafín y había estado alimentando al pájaro con natillas blandas. El pájaro daba dos o tres ligeros picotazos a la piedra, y después se marchaba para no volver hasta al cabo de otros mil años. Sin embargo, al cabo de no más de mil visitas, ya se notaba un inconfundible arañazo en la piedra. Era una señal esperanzadora.

Boshel comenzó a comprender que la cosa se podía hacer. Finalmente, uno de los monos -y no precisamente el más brillante- produjo una frase completa: «¿Qué dices tú, tirano?» Y en ese mismo instante sucedió otra cosa. Fue algo sorprendente para Boshel, pues era la primera vez que lo veía. Pero lo tendría que ver miles de millones de veces antes de terminar.

Una mancha de polvo cósmico, situada en las regiones más alejadas del espacio, se encontró con otra mancha. Esto no tendría que haber sido nada raro; siempre había manchas que se encontraban con otras. Pero este caso fue diferente. Cada mancha -en la dirección opuesta-, había sido la más alejada de todo el cosmos. Ya no podía alejarse más que a aquella distancia. La mancha (un numerosísimo conglomerado de mundos habitados) miró a la otra mancha con ojos e instrumentos y vio sus propios ojos e instrumentos devolviéndole su misma imagen. Lo que veía la mancha era a sí misma. La esfera cósmica tetradimensional había quedado completada. La primera mancha se había encontrado a sí misma, saliendo de la otra dirección, y el espacio quedó transvertido.

Después, todo él se derrumbó. Las estrellas desaparecieron una tras otra y miríada tras miríada. ¡Holocaustos de caída! Todos los orbes oscurecidos cayeron en el vacío, que

Librodot

estaba al fondo. En el vacío no quedó nada, excepto una vaina cerrada y unas cuantas cosas más, fuera de contexto, como Michael y sus asociados, y Boshel y sus monos.

Boshel se sintió incómodo por un momento. Se había acostumbrado al aspecto del universo en expansión. Pero no tenía por qué sentirse incómodo. Todo empezó de nuevo.

Pasaron silenciosamente unos cuantos miles de millones de siglos. Una vez más, la vaina explotó formando un chorro de chispas que viajaron y crecieron. Adquirieron forma y movimiento y la vida volvió a aparecer sobre los abismos arrojados por aquellas chispas.

Y esto ocurrió una y otra vez. Cada ciclo parecía condenadamente largo mientras estaba sucediendo; pero, mirándolo retrospectivamente, los ciclos eran solamente como una luz parpadeante que se encendiera y se apagara. Y, en la Larga Retrospección, eran como un alternador de alta frecuencia, que producía un increíble número de tales ciclos por cada instante y continuaba por eras. Pero Boshel estaba empezando a aburrirse. No había otra palabra con la que poder expresarlo.

Cuando sólo se habían completado unos pocos miles de millones de ciclos cósmicos, había una hendidura tan grande en la piedra-roca, que se podía meter un caballo dentro. El pequeño pájaro ya había hecho innumerables viajes para afilar su pico. Y, para entonces, Pithekos Pete, el más rápido de los monos, ya había escrito por casualidad La Tempestad, perfecta y completa. Todos se estrecharon las manos, ángel y monos. Por el momento, era algo positivo.

Pero el momento no duró mucho. Pete, en lugar de seguir mecanografiando furiosamente, por casualidad, para producir el resto de las obras, escribió su propia versión mejorada de La Tempestad. Boshel estaba furioso.

-¡Pero si es mejor, Bosh! -protestó Pete-. Y tengo algunas ideas sobre el arte teatral que realmente lo elevarán.

-¡Claro que es mejor! Pero no queremos nada mejor. Sólo queremos tener la misma rima ¿Es que no os dais cuenta de que estamos elaborando un problema de probabilidades casuales? ¡Oh, cabezas de chorlito!

-Déjame tener ese maldito libro durante un mes, Bosh, y te copiaré todo lo que hay ahí al pie de la letra, y habremos terminado -sugirió Pithekos Pete. -¡Las reglas, cabezas vacías, las reglas! -rugió Boshel-. Tenemos que guiarnos por las reglas. Sabéis que eso no está permitido y, además, sería descubierto. Por mucho que me duela decirlo, tengo razones para sospechar que uno de mis propios monos y asociados aquí presentes es un informador. Nunca conseguiríamos hacerlo.

Después de este breve malentendido, las cosas fueron mejor. Los monos se aplicaron a cumplir con su tarea. Y al cabo de un número de ciclos, expresados por nueve seguido de ceros suficientes para extenderse alrededor del universo hasta un período justo anterior a su colapso (el radio y la circunferencia de la esfera final son, evidentemente, lo mismo), quedó preparada por fin la primera versión completa.

Era errónea, desde luego, y tuvo que ser rechazada. Pero había en ella menos de treinta mil errores; eso presagiaba grandes cosas y un triunfo final.

Más tarde (¡pero podía ser aún más tarde!) llegaron a acercarse bastante. Cuando la hendidura de la piedra-reloj podía contener ya un sistema solar de tamaño medio, consiguieron una versión en la que sólo había cinco errores.

-Llegará -dijo Boshel-. Llegará con el tiempo. Y el tiempo es lo único de lo que disponemos en gran cantidad.

Librodot

Tarde -mucho, mucho más tarde-, pareció que ya disponían de una copia perfecta y, para entonces, el pájaro ya había desgarrado casi la quinta parte de la masa de la gran piedra, todo ello con sus visitas milenarias.

El propio Michael leyó la versión y no pudo encontrar ningún error. Pero no era definitivo, desde luego, porque Michael era un lector impaciente y apresurado. Se necesitaron tres lecturas para verificarlo, pero las esperanzas nunca fueron tan altas. Transcurrió la segunda lectura, llevada a cabo por un ángel mucho más cuidadoso, y que se pronunció diciendo que era una versión perfecta, letra por letra. Pero el lector había terminado su lectura a últimas horas de la noche y podía haber mostrado cierta falta de cuidado al final.

Y pasó la tercera lectura, que comprendió las treinta y siete obras, y todos los poemas al final. Esta última lectura fue realizada por Kitabel, el propio ángel escribiente, que fue nombrado para llevarla a cabo. Estaba a punto de firmar el certificado, cuando se detuvo.

-Hay algo que parece atascado en mi mente -dijo, y sacudió la cabeza para intentar despejarse-. Hay algo como un eco que no está del todo correcto. No quisiera cometer una equivocación.

Había escrito «Kitab...», pero no había terminado aún la firma.

-No podré dormir esta noche si no pienso en ello -se quejó-. Si había algo, no estaba en las obras de teatro. Sé que estaban perfectas. Debe de tratarse de algo que había en los poemas... algo situado bastante cerca del final..., alguna disonancia. O bien la propia edición original tenía algún fallo, alguna línea escrita mal a propósito, o bien se trata de un error en la transcripción que mi ojo ha pasado por alto, pero que recuerda mi oído. Reconozco que, cuando ya me encontraba hacia el final, me sentía un poco adormilado.

-¡Oh! ¡Por todos los mundos que fueron hechos firma! -rogó Boshel.

-Si has esperado todo este tiempo, no te morirás por esperar un poco más, Bosh.

-No apuestes por eso, Kit. Estoy a punto de estallar. Te lo aseguro.

Pero Kitabel volvió a la copia y lo encontró..., era un verso en el Fénix y la Tortuga:

Desde esta sesión queda vedada Toda ave de ala tirana, Salvo el águila, pluma soberana: Mantened esta norma observada.

Eso era lo que decía el libro. Y lo que Pithekos Pete había escrito era casi lo mismo, pero no exactamente lo mismo:

Desde esta sesión queda vedada Toda ave de ala tiranna, Salvo el águila, pluma soberanna: Maldita máquinna, la n está atascada.

Y si no han visto nunca llorar a un ángel, las ¡ palabras no podrán describir el espectáculo que dio Boshel.

Esta misma noche siguen mecanografiando, por casualidad, porque aquella última copia, tan cercana a la victoria, se produjo hace poco menos de un millón de

miles de millones de ciclos. Y sólo hace un momento -al principio del presente ciclo-, uno de los monos consiguió escribir de un tirón, y por casualidad, no menos de nueve palabras completas de Shakespeare.

Aún hay esperanza. Y, a estas alturas, el pájaro va ha socavado aproximadamente la mitad de la masa de la roca.

Librodot

Los posesos

Arthur C. Clarke

Se dirigieron hacia el futuro... en busca de algo oculto en el distante pasado..

Y ahora, el sol que se encontraba delante estaba ya tan cerca que el huracán de radiación estaba obligando al Swarm a volver hacia la oscura noche del espacio. No tardaría en llegar el momento a partir del cual no podría acercarse más; las tempestades de luz sobre las que rodaba de estrella en estrella no podían ser vencidas estando tan cerca de su fuente. A menos que encontrara un planeta pronto y pudiera recogerse en la paz y la seguridad de su sombra, tendría que abandonar este sol, como había tenido que abandonar tantos otros antes.

Ya habían sido investigados y descartados seis fríos mundos exteriores. O bien estaban helados, más allá de toda esperanza de encontrar vida orgánica en ellos, o bien hospedaban a entidades de tipos que eran inútiles para Swarm. Para sobrevivir tendría que encontrar anfitriones no muy distintos de aquellos que había dejado en su hogar condenado y distante. El Swarm había iniciado el viaje hacía ya millones de años, impulsado hacia las estrellas por los fuegos de su propio sol en explosión. Y, sin embargo, incluso ahora se mantenía claro y nítido el recuerdo de su perdido lugar de nacimiento. Un dolor que nunca moriría.

Había un planeta allá delante, con su cono de sombra oscilando a través de la noche surcada por las llamaradas. Los sentidos que el Swarm había desarrollado durante su largo viaje se extendieron hacia el mundo que se aproximaba, y lo encontraron bueno.

La despiadada vaharada de radiación cesó cuando el disco negro del planeta eclipsó el sol. Dejándose llevar libremente por la gravedad, el Swarm cayó rápidamente hasta que entró en contacto con el borde exterior de la atmósfera. La primera vez que hizo contacto con un planeta casi significó su destrucción, pero ahora contrajo su tenue sustancia con la habilidad automática propia de la larga experiencia, hasta que se formó una esfera diminuta y homogénea. Su velocidad disminuyó lentamente, hasta que finalmente se encontró flotando inmóvil entre la tierra y el cielo.

Durante muchos años surcó los vientos de la estratosfera, de un polo a otro, o dejó que los silenciosos soplos del amanecer le impulsaran hacia el oeste, alejándole del sol naciente. Encontró vida en todas partes, pero no halló inteligencia. Había cosas que se arrastraban y volaban y saltaban, pero no había cosas capaces de hablar o construir. Dentro de diez millones de años, podría haber allí criaturas con mentes que el Swarm podría poseer y guiar para cumplir sus propios propósitos; pero ahora no había la menor señal de ellas. No podía suponer cuál de las innumerables formas de vida del planeta podría ser la dueña del futuro, y sin la existencia de un huésped de esa clase era inútil un simple modelo de cargas eléctricas, una matriz de orden y auto-conciencia en un universo dominado por el caos. Por sus propios medios, el Swarm no tenía control sobre la materia, pero, una vez alojado en la mente de una raza consciente, no existía nada que no pudiera alcanzar con sus poderes.

No era la primera vez, y no sería la última, que el planeta había sido explorado por un visitante del espacio..., aunque nunca lo había sido por uno con una necesidad tan peculiar y urgente. El Swarm se enfrentaba con un dilema torturante. Podía comenzar una vez más sus viajes errabundos, con la esperanza de encontrar por fin las condiciones que

Librodot

buscaba, o podía esperar allí, en aquel mundo, hasta que apareciera una raza que conviniera a su propósito.

Se movió como la neblina a través de las sombras, dejando que los vientos caprichosos le llevaran hacia donde quisieran. Los torpes y deformados reptiles del joven mundo no le vieron nunca pasar, pero él los observaba, registrándolo y analizándolo todo, tratando de extrapolarlo hacia el futuro. ¡Había tan poco entre lo que poder elegir en todas aquellas criaturas! Ni una sola de ellas mostraba siquiera el más débil balbuceo de mente consciente. Sin embargo, si abandonaba aquel mundo en busca de otro, podría seguir vagando inútilmente por el universo hasta el final del tiempo.

Finalmente, tomó su decisión. Por su propia naturaleza, podía elegir ambas alternativas. La parte más grande del Swarm continuaría sus viajes entre las estrellas, pero una parte permanecería en aquel mundo, como una semilla plantada con la esperanza de una futura cosecha.

Comenzó a moverse sobre su cuerpo tenue, aplanándose en forma de disco. Ahora, estaba oscilando ya en las fronteras de la visibilidad; era como un fantasma pálido, como un débil balbuceo de voluntad que, de repente, se dividió en dos fragmentos desiguales. El movimiento fue muriendo poco a poco: el Swarm se había convertido en dos y cada fragmento era una entidad que poseía todos los recuerdos del original y todos sus deseos y necesidades.

Hubo un último intercambio de pensamientos entre padre e hijo, que eran también hermanos gemelos. Si todo iba bien con los dos, se volverían a encontrar en el lejano futuro, allí mismo, en aquel valle situado entre las montañas. El que se quedaba regresaría a este punto a intervalos regulares, a través de los tiempos; el que continuaba la búsqueda, enviaría allí un emisario si encontraba alguna vez un mundo mejor. Y entonces volverían a estar unidos, y ya no serían exiliados sin hogar destinados a vagar inútilmente entre las indiferentes estrellas.

La luz del amanecer empezaba a extenderse sobre las rugosas montañas nuevas cuando el enjambre-padre se elevó hacia el sol. Cuando se encontraba en el borde de la atmósfera la tempestad de radiación lo envolvió y lo lanzó irresistiblemente más allá de los planetas, para empezar de nuevo la interminable búsqueda.

El que se quedó, inició también su tarea, casi sin esperanzas. Necesitaba un animal que no fuera ni tan raro como para que la enfermedad o el accidente pudiera extinguirlo, ni tan diminuto como para que no pudiera nunca adquirir poder sobre el mundo físico. Y debía procrear con rapidez, de modo que su evolución pudiera ser dirigida y controlada con la mayor celeridad posible.

La búsqueda fue larga y la elección difícil; pero, finalmente, el Swarm seleccionó a su huésped. Como si se tratara de lluvia hundiéndose en el suelo árido, penetró en los cuerpos de ciertos pequeños lagartos y comenzó a dirigir su destino.

Fue una tarea inmensa, incluso para un ser que nunca conocería la muerte. Una generación tras otra de lagartos fue sucediéndose antes de que se pudiera producir la más ligera mejora en la raza. Y siempre, en el momento acordado, el Swarm acudía al lugar de la cita, entre las montañas. Siempre volvía en vano: no había ningún mensajero procedente de las estrellas, trayéndole noticias de haber hallado una mejor fortuna en otra parte.

Los siglos se prolongaron, convirtiéndose en milenios, y los milenios en eones. Según los niveles del tiempo geológico, los lagartos estaban cambiando ahora rápidamente. En realidad, ya no eran lagartos, sino criaturas de sangre caliente, cubiertas de piel peluda,

Librodot

que cuidaban juntos de sus crías. Aún eran pequeños y débiles, y sus mentes eran rudimentarias, pero contenían las semillas de la grandeza futura.

Pero, a medida que pasaban lentamente las eras, no sólo cambiaban las criaturas vivientes. Los continentes se hacían pedazos, y las montañas eran desgarradas por el peso de la incansable lluvia. A pesar de todos estos cambios, el Swarm siguió manteniendo su propósito. Y siempre, en los períodos acordados, acudía al lugar del encuentro elegido ya hacía mucho tiempo, esperaba pacientemente durante un tiempo y después se marchaba. Quizá el enjambre-padre seguía buscando o quizá -era un pensamiento demasiado duro y terrible para ser concebido- algún destino desconocido se había apoderado de él y había terminado por seguir el camino de la raza que en otro tiempo rigió. No podía hacer otra cosa que esperar a ver si la tozuda materia vital de aquel planeta podía ser obligada a seguir el camino hacia la inteligencia.

Y así, pasaron los eones...

En alguna parte del laberinto de la evolución, el Swarm cometió un error fatal. Habían transcurrido cien millones de años desde que llegara a la Tierra y se encontraba muy débil. No podía morir, pero podía degenerar. Los recuerdos de su antiguo hogar y su destino estaban desvaneciéndose: su inteligencia estaba disminuyendo, incluso mientras su huésped subía la larga cuesta que le llevaría hacia la autoconciencia.

Por una ironía cósmica, el Swarm se había quedado exhausto al dar el ímpetu que un día traería la inteligencia a este mundo. Había llegado a la última fase del parasitismo; ya no podría seguir existiendo fuera de su huésped. Ya no podría volver a ser impulsado por el viento y el sol, libremente, por el mundo. Para hacer el peregrinaje hacia el antiguo lugar de la cita, tenía que viajar con lentitud y dolorosamente a través de miles de pequeños cuerpos. Sin embargo, continuó la costumbre inmemorial, impulsado por el deseo de reunión que le quemaba mucho más intensamente, ahora que conocía la amargura del fracaso. Sólo si el enjambre-padre regresaba y le reabsorbía podría conocer alguna vez nueva vida y vigor.

Los glaciares aparecieron y desaparecieron; por un verdadero milagro, las pequeñas bestias que albergaban a la decadente inteligencia extraña consiguieron escapar a los dedos agarrotados del hielo. Los océanos cubrieron las tierras, y la raza siguió sobreviviendo. Incluso se multiplicó, pero no pudo hacer nada más. Este mundo no sería nunca el suyo propio, porque allá, en el corazón de otro continente, un mono había bajado de los árboles y se había puesto a mirar las estrellas con el primer brillo de curiosidad en sus ojos.

La mente del Swarm se estaba dispersando, desparramándose por entre un millón de cuerpos diminutos, siendo incapaz ya de unir y afirmar su voluntad. Había perdido toda su cohesión; sus recuerdos se estaban desvaneciendo. Dentro de otro millón de años, como máximo, habrían desaparecido por completo.

Sólo quedaba una cosa..., la ciega y urgente necesidad experimentada en los intervalos, que por una extraña aberración se hacían cada vez más cortos, en los que se sentía impulsado a buscar su consumación en un valle que había dejado de existir desde hacía mucho tiempo.

Cruzando tranquilamente la línea proyectada por la luz de la luna, el crucero de placer pasó junto a la isla con su faro parpadeante y penetró en el fiordo. Era una noche tranquila y maravillosa, con Venus poniéndose por el oeste, mucho más allá de las Feroes, y

con las luces del puerto reflejadas, sin apenas un temblor, en las tranquilas aguas que se extendían delante.

Nils y Christina se sentían muy contentos. Permaneciendo el uno junto al otro, apoyados en la barandilla del barco, sus dedos estaban entrelazados, mientras observaban cómo los troncos de los árboles pasaban silenciosamente ante ellos. Los altos árboles permanecían inmóviles bajo la luz de la luna, con sus hojas imperturbables incluso ante el más simple soplo de brisa, con sus delicados troncos elevándose como sombras blanquecinas desde el fondo de las sombras. Todo estaba dormido; únicamente el barco *se* atrevía a romper el hechizo que había embrujado la noche.

Entonces, de repente, Christina lanzó un ligero j gemido y Nils sintió cómo los dedos de ella se apretaban convulsivamente sobre los suyos. Siguió la dirección de sus ojos; estaba mirando fijamente hacia el otro lado de las aguas, hacia los silenciosos centinelas del bosque.

-¿Qué ocurre, querida? -preguntó con ansiedad.

-¡Mira! -exclamó ella con un murmullo que Nils apenas si pudo escuchar-. ¡Allí..., bajo los pinos!

Nils miró fijamente hacia allí y al hacerlo se fue desvaneciendo lentamente la belleza de la noche y los terrores ancestrales volvieron arrastrándose desde el exilio. Porque, bajo los árboles, la tierra estaba viva: una marejada salpicada de manchas marrones se precipitaba por los acantilados hasta penetrar en las oscuras aguas. Allí había una pequeña extensión de agua en la que la luz de la luna se rompía por las sombras. Todo parecía estar cambiando, incluso mientras observaba: la superficie de la tierra parecía estar deslizándose hacia abajo como si se tratara de una cascada lenta que buscara la unión con el mar.

Y, entonces, Nils se echó a reír y el mundo adquirió de nuevo su cordura. Christina le miró, extrañada, pero habiendo recuperado ya su confianza.

-¿No recuerdas? -preguntó con una sonrisa-. Lo hemos leído esta mañana en el periódico. Hacen lo mismo cada pocos años, y siempre por la noche. Hace ya varios días que dura.

El la estaba acariciando, haciendo desaparecer la tensión de los últimos minutos. Christina le devolvió la mirada y en su rostro apareció una ligera sonrisa.

-¡Claro! -exclamó-. ¡Qué estúpida he sido!

Después, se volvió una vez más hacia la tierra y su expresión se hizo triste, pues era una persona de corazón tierno.

-¡Pobres pequeños! -dijo, suspirando-. Me pregunto por qué lo harán.

Nils se encogió de hombros con indiferencia.

-Nadie lo sabe -dijo-. Es simplemente uno de esos misterios sin resolver. No deberíamos pensar en ello si te preocupa. Mira..., ¡no tardaremos en llegar al puerto!

Se volvieron hacia las luces que parecían atraerles y en las que se encontraba su futuro, y Christina sólo volvió la mirada una vez hacia la riada trágica y estúpida que todavía seguía fluyendo por debajo de la luz de la luna.

Obedeciendo una necesidad urgente, cuyo significado nunca habían conocido, las condenadas legiones de los lemingos estaban encontrando el olvido debajo de las aguas.

Librodot

Especies protegidas

H. B. Fyfe

Cuando los hombres llegaron al planeta, encontraron ruinas, y unos cuantos seres extraños, difíciles de ver. Y decidieron proteger las especies..., lo que fue una idea errónea, basada en una comprensión inadecuada de los hechos.

La estrella amarilla, de la que Torang era el segundo planeta, brillaba cálidamente sobre el grupo de hombres que observaban la presa medio construida, desde las alturas. A una distancia de ciento veintiocho millones de kilómetros, el efecto era bastante terrestre, siendo la estrella algo más pequeña que el Sol.

Para Jeff Otis, recién salido del salto a través del espacio desde la estrella de brillo extra que era el otro componente del sistema binario, el color resultaba enervante. Los pantalones cortos y la ligera camisa que le había suministrado el coordinador del planeta estaban empapados de sudor. Se pasó la mano por la frente y se volvió hacia su anfitrión.

-Muy buen trabajo, Finchley -dijo, con un cumplido-. Es fácil comprobar que tiene aquí las riendas bien sujetas.

Finchley sonrió con una leve mueca. Tenía un rostro amplio, duro y plano, con labios apretados y unos ojos azules que eran dos simples hendiduras. Desde la mañana anterior, Otis había estado intentando captar una expresión en ellos.

Se sentía incómodo, al darse cuenta de que sus propios gestos eran demasiado francos y abiertos para un inspector de instalaciones coloniales. Por un lado, tenía demasiadas líneas y huecos en su rostro, como consecuencia de estar crónicamente por debajo de su peso normal, de tanto viajar por el espacio, entre los dieciséis planetas del sistema binario.

Otis se dio cuenta de que los ayudantes de Finchley le observaban furtivamente.

-Sí, Finchley -repitió, para romper el pequeño silencio-, está usted trabajando muy bien en la terminal hidroeléctrica. ¿Cuándo me va a mostrar la capital que está construyendo?

-Podemos volar allí ahora mismo -contestó Finchley-. Hemos trazado límites aproximados por debajo de esas ruinas precoloniales que hemos visto desde el helicóptero.

-¡Oh, sí! ¿Sabe una cosa? Cuando volamos sobre ellas quise hacerle la observación de que se parecían bastante a restos similares existentes en algún otro de los planetas.

Se contuvo al observar cómo los delgados labios de Finchley se apretaban un poco más. Evidentemente, el coordinador estaba tratando de ser paciente y amable con un oficial del que esperaba conseguir un buen informe, pero Otis comprendía que el otro preferiría seguir con su tarea de construir la colonia.

Llegó a la conclusión de que no podía culpar a Finchley por eso. Se trataba del quinto sistema planetario que los terrestres habían encontrado en su expansión por el espacio, y para un hombre de éxito en su trabajo, habría tareas más grandes a realizar en el futuro. La civilización estaba llegando al fin a las estrellas. Otis supuso que también él era una especie de pionero, aunque normalmente se encontraba demasiado ocupado como para sentirse así.

-Bueno, le mostraré más tarde algunas fotografías -dijo-. Ahora mismo, nosotros... Dígame, ¿a qué se debe todo ese jaleo allá abajo?

En la garganta del fondo, los hombres habían dejado sus herramientas y parecían acudir presurosamente hacia un mismo punto. Hasta la parte alta de los riscos llegaban débilmente los excitados gritos de los hombres.

-Probablemente, se trata de una caza de monos -supuso uno de los ingenieros de Finchley.

-¿Monos? -preguntó Otis, sorprendido.

-No son exactamente eso -le corrigió Finchley, con paciencia-. Es la denominación que solemos utilizar para lo que en nuestros informes mencionamos como torangs. Tienen el aspecto de monos un poco grandes, escuálidos y grises; pero son los únicos seres vivos lo bastante grandes como para ser nombrados según el planeta.

Otis se quedó mirando fijamente hacia el barranco. La mayor parte de los nombres habían abandonado sus esfuerzos y regresaban lentamente a su trabajo. Dos o tres de ellos, blandiendo pistolas, siguieron corriendo y desaparecieron tras una curva del terreno.

-Ahora nunca lo cogerán -comentó el piloto de Finchley.

-¿Les deja echar a correr cada vez que tienen ganas de hacerlo? -preguntó Otis.

Finchley se enfrentó estólidamente a su curiosa mirada.

-Estoy a favor de cualquier cosa que rompa la monotonía, señor Otis. Ya sabe que tenemos un problema de moral. Este planeta es una colonia clave y me gusta hacer las cosas de modo que el trabajo se desarrolle con suavidad.

-Sí, supongo que todavía no hay muchas cosas con las que poder divertirse.

-Exactamente. Yo mismo no comprendo qué puede haber de deporte en eso, pero les dejo hacer. Lo que importa es que estamos al corriente de nuestro trabajo.

-En todo caso, adelantados -le aplacó Otis- Bien, ¿volvemos ahora a la ciudad?

Finchley indicó el camino de regreso al helicóptero. El piloto y Otis esperaron, mientras el otro sostenía una breve conversación final con sus ingenieros. Después, subieron al aparato y levantaron el vuelo.

Más tarde, mientras volaban sobre la red de caminos que estaban siendo apianados por los bulldozers de Finchley, Otis admitió en voz alta que el emplazamiento había sido bien elegido. Se encontraba junto a una larga y estrecha bahía que se retiraba desde el distante océano para recoger las aguas del mismo río en el que se estaba construyendo la presa, aguas arriba.

-Esos acantilados de allí -dijo Finchley, señalando- surgieron al final de la civilización que pudo haber por aquí... Eso es, al menos, lo que dicen mis geólogos. Podemos volar de regreso por ese camino, y verá que la ciudad antigua se encontraba situada al fondo de la bahía.

El piloto saltó y se dirigió hacia los acantilados. Otis vio que éstos formaban el borde de una meseta. En uno de sus puntos, su continuidad quedaba cortada por un profundo barranco.

-Por ahí es por donde corría el río hace miles de años -le explicó Finchley.

Llegaron a un punto desde el que se podían distinguir bien los contornos de la ciudad en ruinas. Otis sabía, por haberlas visto desde el aire, que eran evidentemente más planas de lo que parecían estando entre ellas.

Librodot

-Tuvo que haber sido un lugar grande y hermoso -señaló-. ¿Alguna idea sobre la clase de seres que la construyeron, o de qué les sucedió?

-Todavía no hemos tenido tiempo para eso -contestó Finchley-. Algunos muchachos del equipo de exploración se pasan por allí de vez en cuando. La teoría más usual parece ser la de que pertenecieron a los torangs.

-¿Los «animales» que estaban cazando antes? -preguntó Otis. .

-Puede ser. No se puede asegurar, pero los excavadores han encontrado señales de que la ciudad sufrió más de un golpe que no era precisamente un terremoto. Aseguran haber encontrado demasiadas pruebas de incendios, misiles explotados y guerra, en general... y también en otros lugares. Así es que hemos supuesto que los torangs son descendientes degenerados de los supervivientes de alguna guerra interplanetaria.

Otis consideró la sugerencia.

-Parece plausible -admitió-, pero tendría que hacer algo para asegurarse de que está en lo cierto.

-¿Por qué?

-Porque si es así, tendrá que ordenar que sus hombres dejen de cazarlos; degenerados o no, la Comisión Colonial tiene en vigor regulaciones sobre contactos con cualquier clase de habitantes locales.

Finchley giró la cabeza para escudriñar a Otis, y se controló con un esfuerzo evidente.

-¿Con esos *monos?* -preguntó.

-Bueno, ¿cómo *se* puede saber con seguridad? ¿Ha tratado alguna vez de entrar en contacto con ellos?

-¡Sí! Al principio, antes de que les tomáramos por animales.

-¿Y…?

-¡No pudimos acercarnos a ninguno de ellos! -exclamó Finchley, con vehemencia-. Si tuvieran alguna clase de cultura semiinteligente, ¿no nos permitirían establecer alguna especie de contacto?

-Sin duda alguna -admitió Otis-. Creo que sí. ¿Qué le parece si nos detenemos unos minutos? Me gustaría echar un vistazo a esas ruinas.

Finchley miró su reloj de pulsera, pero dirigió al piloto, ordenándole que *aterrizara* en un claro. El joven hizo descender el aparato con suavidad y los dos oficiales desembarcaron.

Otis, mirando a su alrededor, vio dónde habían estado excavando los arqueólogos. Habían dejado sus herramientas abandonadas en el lugar..., el aire estaba seco aquí, ¿y quién se iba a atrever a robar una pala?

Dejó a Finchley y rodeó un montón de escombros que habían sido apartados de la entrada de uno de los edificios. El edificio en cuestión había sido construido en piedra, o al menos revocado con ella. Una rápida mirada en la pequeña excavación le hizo llegar a la conclusión de que había habido un marco de acero, pero que todo se había venido abajo, como a causa de una explosión.

Se alejó andando un poco más y llegó a una sección de edificios presumiblemente más altos donde las ruinas de piedra se elevaban sobre la superficie arenosa. Después de haber

deambulado por una o dos aberturas en forma de arco que parecían haber sido ventanas, comprendió por qué los exploradores habían preferido excavar para obtener información. Si las paredes estuvieron alguna vez cubiertas o decoradas por alguna clase de objetos, el tiempo ya hacía mucho que las había destrozado. En cuanto a techo o azotea, no quedaba nada.

-De todos modos, tuvo que haber sido una civilización altamente desarrollada -musitó.

Su mirada captó entonces un movimiento en una de las aberturas oscurecidas por las sombras, situada a su derecha. No recordaba haber visto a Finchley dejar el helicóptero para seguirle, pero se sintió contento de contar con un guía.

-¿No lo cree así? -preguntó, en voz alta.

Volvió la cabeza, pero Finchley no estaba allí. De hecho, ahora que Otis se daba cuenta de lo que le rodeaba, pudo escuchar las voces de los otros dos hombres, charlando junto al aparato.

-¡He visto visiones! -gruñó, y empezó a salir por la antigua ventana.

Pero un cierto instinto le detuvo, cuando ya estaba medio fuera.

«Vamos, Jeff -se dijo a sí mismo-. ¡No seas tonto! ¿Qué puede haber aquí? ¿Fantasmas?» Por otra parte, se daba cuenta de que a veces era conveniente fiarse del instinto, al menos hasta llegar a descubrir el origen de la sensación extraña. Cualquier hombre del espacio estaría de acuerdo con ello. El hombre que desarrollaba un sexto sentido animal era precisamente quien más vivía en planetas extraños.

Pensó que tuvo que haberse detenido un minuto completo o más durante el que no pudo escuchar ni el más ligero sonido, excepto el murmullo de las voces, junto al aparato. Echó un vistazo al interior de la cámara, que tenía unos veinte metros cuadrados y que estaba suficiente, aunque no brillantemente, iluminada por la luz reflejada.

Allí no se podía ver nada, pero cuando volvió la *cabeza a* hurtadillas para echar un vistazo por encima de su hombro, llegó a la conclusión de que aquella extraña sensación que le recorrió la nuca tenía que significar algo.

«Espera un momento -pensó rápidamente-. No he visto toda la habitación.» El suelo estaba lleno de escombros barridos por el viento que no dejarían huellas de pisadas. Se sintió mucho más aliviado al darse cuenta de que estaba pensando en esa línea.

«Al menos, no me estoy imaginando fantasmas», pensó.

Dando un paso hacia adelante, extendió la cabeza por la abertura y lanzó una rápida mirada hacia la izquierda, y después a la derecha, a lo largo de la pared. Al volverse hacia la derecha, su mirada se encontró directamente con un par de ojos negros muy abiertos que se cerraron ligeramente al encontrarse con los suyos.

El torang tenía aproximadamente su propia estatura de más de un metro ochenta, debido principalmente a sus prolongadas extremidades, como las de un gibón, y estaba en una postura igualmente encogida. Los brazos y las piernas, cubiertos por un pelaje corto, rizado y gris, tenían las mismas proporciones generales que las extremidades humanas, pero parecían ser muy largas para un tronco que parecía disponer de costillas hasta abajo. Las juntas de los hombros y de las caderas estaban inclinadas de forma compacta, como si el torang se hubiera desarrollado en un mundo con menor gravedad que el del ser humano.

Pero fue el rostro lo que más sorprendió a Otis. La boca no tenía dientes y probablemente estaba construida más para chupar que para masticar. ¡Pero los ojos! Se proyectaban como los extremos de una pesa a cada lado del estrecho cráneo donde tendrían que haber estado las orejas, y enfocaban los objetos con una evidente movilidad. Fijándose

Librodot

más atentamente, Otis vio diminutas orejas debajo de los ojos, casi ocultas por el pelaje rizado del cuello.

Se dio cuenta abruptamente de que sentía sus propios ojos como si estuvieran abultándose, aunque no podía recordar el haber cambiado su expresión de curiosidad casual. Su espalda también se estaba poniendo rígida. Se irguió cuidadosamente.

-¡Eh, hola! -murmuró, sintiéndose enormemente tonto, pero consciente de un cierto impulso para encontrar una fórmula de compromiso entre un tono de saludo a otro ser humano y otro de pacificación a un animal.

Entonces, el torang se movió con rapidez, pero sin prisas. De hecho, Otis llegó más tarde a la conclusión de que lo hizo deliberadamente. Uno de los largos brazos se movió hacia abajo hasta rozar el suelo.

Al instante siguiente, Otis apartó de un salto la cabeza de la abertura, cuando una piedra pasó zumbando frente a su nariz.

-¡Eh! -protestó involuntariamente. Desde el interior le llegó el sonido de alguien escarbando algo, como si las garras de un animal estuvieran agarrándose por entre los cascajos para correr con mayor rapidez. Una vez recuperado su equilibrio, Otis se lanzó temerariamente a través de la ventana.

-No sé por qué lo hice -admitió ante Finchley pocos minutos después-. Si me detengo ahora a pensar cómo me podría haber destrozado el cráneo al pasar a través de la ventana, supongo que en ese momento tendría que haber retrocedido y haber gritado, llamándoles.

Finchley asintió con un gesto, pero su estrecha mirada parecía ser débilmente aprobadora por primera vez desde que se habían encontrado.

-Se marchó, desde luego -siguió diciendo Otis-. Apenas si pude ver su espalda desvaneciéndose a través de otra ventana.

-Sí, son bastante rápidos -intervino el piloto de Finchley-. Desde que estamos aquí, los chicos no han podido agarrar a más de media docena. Sin embargo, en el cuartel general tenemos a uno.

-Hum... -murmuró Otis, pensativamente.

Por sus otras observaciones, notó que no se había dado cuenta de todo, a pesar de haber visto *al* torang frente a frente. Sintió una buena sorpresa cuando Finchley mencionó los tres dígitos de las manos y los pies, por ejemplo.

Otis permaneció en silencio durante la mayor parte del vuelo de regreso al cuartel general. Una vez allí, desapareció hacia las habitaciones que le habían sido asignadas, dando una excusa superficial.

Aquella noche, durante una cena que Finchley trató de que fuera lo más atractiva posible en una colonia relativamente nueva y tosca como aquélla, Otis se mostró especialmente sociable. El coordinador se sintió agradecido.

-Parece como si por fin nos hubieran enviado a un tipo adecuado -comentó Finchley a uno de sus ayudantes-. Habrá que buscar a un par de las mejores secretarias para mantenerle feliz.

-Tengo entendido que casi le echa el guante a uno de los torang en las excavaciones -dijo el otro.

-Echó a correr tras él sin ninguna arma. Supongo que se le acercó todo lo que pudo.

-Eso es como si no hubiera hecho nada -comentó el ayudante-. Son lo bastante grandes como para destrozar a un hombre desarmado.

Mientras tanto y durante el resto de la noche, Otis estuvo continuamente ocupado conociendo a gente nueva. Estaba tan ocupado en cambiar el giro de toda nueva conversación, dirigiéndola hacia el tema de los torangs, y en hacer preguntas aparentemente casuales sobre lo poco que se sabía de sus costumbres y su posible pasado, que apenas se dio cuenta de estar recibiendo atenciones especiales. Como inspector de visita que era, estaba acostumbrado a que los demás intentaran entretenerle y distraerle.

A la mañana siguiente, encontró a Finchley en su despacho, en la poco elegante estructura de un solo piso de hormigón y vidrio que era el cuartel general colonial.

Después de tomar asiento en una silla situada frente a la mesa del coordinador, Otis le comunicó sus conclusiones. Los estrechos ojos de Finchley se abrieron un poco cuando escuchó los detalles. Su rostro amplio y endurecido se sonrosó ligeramente.

-¡Oh, por...! Quiero decir, ¿por qué tiene que convertir esto en algo importante? De todos modos, los hombres apenas si se encuentran con alguno de vez en cuando.

-Quizá porque son tan raros -contestó Otis, con calma-_. ¿Cómo sabemos que no son seres inteligentes? Quizá si usted se encontrara en las ruinas de la civilización de sus antepasados, reducido a un estado primitivo, tendría una actitud igualmente esquiva ante un puñado de terrestres que aparecieran por allí haciendo tanto ruido.

Finchley se encogió de hombros. Parecía sentirse vagamente incómodo, como si estuviera reflexionando sobre quién era más fácil de manejar, si Otis o cualquiera de los malhumorados deportistas de sus equipos de construcción.

-Piense por un momento en la imagen general -le pidió Otis-. Después de siglos de sueños y esfuerzos, estamos consiguiendo por fin penetrar en el espacio. Con toda la miseria que hemos visto en varios de los sistemas coloniales en nuestra propia casa, hemos tratado de planificar estas aventuras de modo que podamos evitar los errores.

Finchley asintió con un gruñido. Otis comprendió que su mente se encontraba en los diagramas de progreso de sus numerosos proyectos.

-Es razonable pensar -siguió diciendo el inspector- que algún día encontraremos un planeta con vida inteligente. Todavía somos nuevos en el espacio, pero esto tendrá que ocurrir alguna vez, a medida que nos vayamos extendiendo. Esa es la razón por la que la Comisión estableció reglas sobre las formas de vida natural. ¿O es que no ha le do últimamente esa parte del código?

Finchley se removía de un lado a otro en su silla.

-¡Escuche! -protestó-. No crea que soy u vándalo endurecido que no tiene en la cabeza otro pensamiento que el de exterminar cualquier cosa que se mueva en Torang. ¡Yo no voy por ahí abrazando a los monos!

-Lo sé, lo sé -le calmó Otis-. Pero antes de que la Comisión Colonial sancione cualquier destrucción de vida indígena, tendremos que demostrar *además* de que no es inteligente, que la especie existe en número suficiente como para evitar la extinción.

-¿Y qué espera que haga al respecto?

Otis le observó con una expresión de cierta simpatía. Finchley era el tipo duro que la Comisión necesitaba para hacerse cargo de las primeras fe reas de una colonia en un planeta extraño, pero n era un tipo irrazonable. Lo único que deseaba era que le dejaran solo para enfrentarse con el duro trabajo que le esperaba.

Librodot

-Anuncie una orden prohibiendo la caza de lo torangs -dijo Otis-. Tiene que haber alguna otra cosa que los hombres puedan perseguir.

-¡Oh, sí! -admitió Finchley-. Hay verdadero enjambres de cosas parecidas a conejos y otro tipo de sabandijas corriendo por la maleza. Pero no sé..

-Es una práctica usual -le recordó Otis-. Nosotros mismos tenemos muchas especies protegida en la Tierra. Especies que ahora estarían extinguida de no haber sido por las leyes sobre la caza.

Al final, acordaron que Finchley haría todo lo que pudiera por hacer entrar en vigor una prohibición, siempre y cuando Otis obtuviera una orden formal del cuartel general del sistema. El inspector abandonó el despacho y se dirigió directamente hacia el centro de comunicaciones, donde llenó un largo informe dirigido al despacho del coordinado] jefe, situado en la otra parte del sistema binario.

La respuesta tardó varias horas en llegar a Torang. Cuando finalmente llegó, aquella misma tarde se marchó a buscar a Finchley.

Encontró al coordinador inspeccionando *una* recién terminada factoría conservera, junto a la costa, contento ante el término de uno de los elementos que permitirían el autoabastecimiento de la colonia.

-Aquí está -le dijo Otis, haciendo oscilar la copia del mensaje-. Firmado por el propio jefe. «Con fecha de hoy, los seres similares a monos denominados torangs, indígenas del planeta, etcétera, etcétera, han de ser considerados como una especie rara y protegida, bajo las regulaciones que..., etcétera, etcétera.»

-Eso es suficiente -dijo Finchley, con un amistoso encogimiento de hombros-. Démelo y lo haré transmitir por el sistema de dirección pública y por los boletines.

Otis regresó satisfecho hacia el helicóptero que le había traído desde el cuartel general.

-¿Regresamos, señor? -le preguntó el piloto.

-Sí..., *¡no!* Lléveme a esa vieja ciudad, aunque sólo sea por diversión. El otro día no pude darle más que un vistazo, y me gustaría verlo mejor antes de marcharme.

Volaron sobre las planicies, entre el mar y los acantilados que se elevaban, escarpados. En la distancia, Otis vio fugazmente una imagen de la presa que se le había mostrado el día anterior. Esta colonia se desarrollaría bien, reflexionó, mientras él comprobaba detalles como la preservación de las formas de vida nativas.

Finalmente, el piloto aterrizó en el mismo lugar en que lo hiciera durante su anterior visita a las antiguas ruinas. En aquel momento, alguien más estaba en el escenario. Otis vio a un par de hombres a los que tomó por los arqueólogos.

-Sólo daré una pequeña vuelta por ahí -le dijo al piloto.

Se dio cuenta de que los dos hombres le miraban desde donde se encontraban, junto a las palas y otras herramientas, así es que se detuvo para saludarles. Tal y como había pensado, estaban excavando en las ruinas.

-En realidad, estamos tomando algunas medidas -dijo el rubio, quemado por el sol y que se presentó como Hoffman-. Tratamos de sacar alguna idea sobre qué clase de seres construyeron este lugar.

-¡Oh! -exclamó Otis, sintiéndose interesado-. ¿Cuál es la última teoría?

-No debieron de ser seres muy diferentes a nosotros -le dijo Hoffman al inspector, mientras su compañero les dejaba para recoger otra carga de artefactos-. A juzgar por el

tamaño de las habitaciones, por la altura de las puertas y por cosas como las escaleras -siguió diciendo-, tenían una estatura bastante similar a la nuestra, aunque, desde luego, sólo se trata de una estimación aproximada.

-Pudieron ser antepasados de los torangs, ¿eh? -preguntó Otis.

-Es muy posible, señor -contestó Hoffman, con una rapidez en la que se adivinaba que era ése su propio punto de vista-. Pero todavía no hemos excavado lo suficiente como para suponer siquiera el tipo de cultura que tenían, ni tampoco hemos podido llegar a ninguna conclusión en relación con su psicología o costumbres sociales.

Otis hizo un gesto de asentimiento, pensando que debía mencionar el nombre del joven a Finchley, antes de abandonar Torang. Dio una excusa cuando regresó el otro hombre con una caja con algunos restos que la pareja había desenterrado, y echó a andar por entre los edificios intocados.

Al cabo de pocos minutos, se encontraba en la sección de estructuras más elevadas en las que se había encontrado al torang el día anterior.

-Me pregunto si no debería volver a mirar en el mismo sitio -murmuró, en voz alta-. No..., ése sería el *último* lugar al que regresaría ese ser..., a menos que tenga allí su cubil.

Se detuvo un instante para orientarse; después, se encogió de hombros y rodeó un montón de ruinas, dirigiéndose hacia lo que le pareció que era el edificio en cuestión.

«Estoy bastante seguro de que era éste -musitó-. Sí, las sombras que hay alrededor de esa ventana parecen las mismas... También es el mismo momento del día."

Se detuvo, casi con un sentido de culpabilidad, y miró hacia atrás, para asegurarse de que nadie estaba observando su regreso a la escena de su pequeña aventura. Después de todo, un inspector de instalaciones coloniales no debería estar rondando por ahí, a la caza de fantasmas, como un niño pequeño.

Sintiéndose solo, se introdujo bruscamente por el arco semidestrozado... *y se detuvo de pronto, helado.*

-Encantado de conocerle -dijo el torang, con una voz suave, bastante zumbante-. Pensamos que posiblemente volvería usted a este mismo sitio.

Otis abrió la boca, en busca de respiración. Los ojos negros que se proyectaban desde las partes laterales de la estrecha cabeza le recorrieron de arriba abajo, dándole la desagradable sensación de que le estuvieran midiendo para lanzar sobre él una salva de artillería.

-Se me conoce como Jal-Ganyr -dijo el torang-. A menos que se me haya informado incorrectamente, usted es conocido como Jeff-Otis.

-Así es.

Esta última afirmación fue hecha casi sin ninguna inflexión, pero alguna esquina de la mente de Otis, que aún seguía funcionando, la interpretó como una pregunta. Dio un profundo suspiro, repentinamente consciente de que se había olvidado de respirar durante un instante.

-No sabía..., sí, así es..., no sabía que ustedes los torangs pudieran hablar terrestre. O cualquier otro idioma. ¿Cómo...?

Dudó, mientras un millón de preguntas bullían en su mente, esperando ser planteadas. Con una actitud ausente, Jal-Ganyr se rascó el pelaje gris de su pecho con su mano izquierda de tres dedos, pacientemente sentado en cuclillas sobre una roca plana. De

Librodot

algún modo, Otis tuvo la impresión de que se le había permitido derrochar el tiempo sólo gracias a una amabilidad disciplinada.

-Yo no soy de los torangs -dijo Jal-Ganyr, con su voz sibilante-. Yo soy de los myrbs. Probablemente, ustedes dirían myrbii. No he sido informado. -¿Quiere decir que es el nombre que se aplican a sí mismos? -preguntó Otis.

Jal-Ganyr pareció considerar la pregunta, mientras sus ojos móviles se encogían hacia adentro para escudriñar el rostro del terrestre.

-Más que eso -dijo al fin, cuando lo hubo pensado-. Quiero decir que pertenezco a la raza originada en Myrb, no en este planeta.

-Antes de continuar -insistió Otis-, dígame al menos cómo aprendió nuestra lengua.

Jal-Ganyr hizo un gesto fugaz. Su rostro era ilegible para el terrestre, pero Otis tuvo la impresión de que había querido expresar el equivalente de una sonrisa y de un encogimiento de hombros.

-En cuanto a eso -dijo el myrb-, posiblemente la aprendí yo antes que usted. Les hemos estado observando desde hace mucho tiempo. No creería usted desde hace cuánto tiempo.

-Pero ¿entonces...? -Otis se detuvo; seguramente, con aquello quería decir que les estaban observando antes de que los colonizadores hubieran aterrizado en este planeta. Sentía cierto temor de que pudiera significar incluso que mucho antes de que llegaran a este sistema solar. Apartó el pensamiento de su mente y preguntó-: Pero entonces, ¿cómo es que viven así, entre las ruinas? ¿Por qué esperar hasta ahora? Si se hubieran comunicado con nosotros, podrían haber contado con nuestra ayuda para reconstruir...

Dejó desvanecer su voz, preguntándose qué habría sonado mal. Jal-Ganyr hizo rodar sus ojos divertidamente, como en un gesto de desdén hacia las ruinas que les rodeaban. Una vez más, parecía estar considerando todas las implicaciones de las preguntas de Otis.

-Captamos el mensaje que dirigió a su jefe -contestó finalmente-. Decidimos entonces que ya había llegado el momento de comunicarnos con uno de ustedes. No tenemos ningún interés en reconstruir nada. Hemos ocultado los alojamientos para nosotros mismos.

Otis se dio cuenta de que sus labios estaban secos debido a que, inconscientemente, había dejado la boca abierta. Se los humedeció con la punta de la lengua, y se relajó lo suficiente como para apoyarse contra la pared.

-¿Se está refiriendo a la obtención de la orden en la que se les proclama como una especie protegida? -preguntó-. ¿Tienen instrumentos para interceptar esas señales?

-Tengo. Tenemos -dijo Jal-Ganyr simplemente-. Se ha decidido que ya se han extendido lo suficiente en el espacio como para hacer necesario un contacto con algunos de los más reflexivos de entre ustedes. Posiblemente, eso facilitará las cosas en el futuro a nuestros observadores.

Otis se preguntó cuánto había de ironía en aquello. Recordó entonces el «espécimen disecado» existente en el cuartel general y se sintió peculiarmente aliviado por no haber ido a verlo.

«He tenido la suerte -se dijo a sí mismo-. He sido el primero en descubrir a los primeros seres inteligentes más allá del Sol.”

-Esperábamos encontrarnos finalmente con seres como ustedes. -dijo en voz alta-. Pero ¿por qué me ha elegido a mí?

Se dio cuenta de que la pregunta parecía inútil, pero produjo resultados inesperados.

-Por su mensaje. Tomó usted de una forma pequeña la misma decisión que nosotros tomamos de una forma grande. Deducimos que sería usted capaz de comprender nuestro sentimiento y nuestra vergüenza por lo que sucedió entre nuestras razas... hace mucho tiempo.

-¿Entre...?

-Sí. Durante mucho tiempo, pensamos que todos ustedes habían desaparecido. Nos agrada mucho verles de vuelta en algunos de sus viejos planetas. Otis se le quedó mirando fijamente. Algún instinto debió de permitir al myrb interpretar su expresión de enorme extrañeza. Pidió rápidamente disculpas.

-Es posible que me haya olvidado de explicar lo de las ruinas -dijo Jal-Ganyr, volviendo a mirar lentamente a su alrededor-. No son ruinas nuestras -añadió con suavidad-. Son de ustedes.

Librodot

Vuelta a empezar
Michael Shaara

Existen circunstancias en las que resulta extremadamente difícil establecer comunicación con otro individuo... o raza. Un nuevo autor considera un punto que podría convertir en bastante fútiles las comunicaciones técnicamente adecuadas...

> Grandes fueron los Antha, así dice el Primer Libro de la historia, quizá más grandes que cualquiera de los Pueblos Galácticos, y fueron brillantes y justos, y su reino fue largo y en todo eran grandes y orgullosos, incluso en la manera de su muerte...
>
> *Prefacio a Loab: Historia de la Raza Maestra*

La enorme bola roja de un sol colgaba brillante sobre la pantalla.

Jansen ajustó el botón de plano oblicuo, su rostro se tensó y mostró una expresión de fatiga. El sol salió por la derecha de la pantalla y fue sustituido por la viveza negra del espacio y por el millón de luces moteadas de las lejanas estrellas. Un instante después, el sol volvió a atravesar silenciosamente la pantalla y desapareció por la izquierda. Una vez más, no había otra cosa, excepto espacio y estrellas.

-¿Lo has intentado de nuevo? -preguntó Cohn.

-No, no tiene objeto -murmuró Jansen, lanzando un juramento-. Nada. Siempre nada. Nunca se encuentra una bendita cosa.

Cohn reprimió un suspiro y comenzó a ajustar los controles.

En las mentes de ambos se encontraba el único y amargo pensamiento de que sólo habría una última oportunidad y de que después regresarían a casa. Y era un trayecto demasiado largo para regresar a casa sin nada.

Una vez ajustados los controles, ya no les quedaba nada por hacer. Los dos hombres se encaminaron lentamente hacia la sala de hibernación. Subiendo dolorosamente al acero aplanado de las camas, se tumbaron de espaldas y esperaron a que funcionaran los mecanismos, a que comenzara la congelación.

Habiendo girado en su curso, la nave espacial se introdujo en el vacío abierto. Sus portillas estaban abiertas y adquiría cada vez mayor velocidad a medida que se alejaba de la enorme estrella roja.

El objeto fue avistado por el último miembro de la patrulla, cuando la enorme nave de los Exploradores Galácticos cruzó el borde del Gran Desierto de Rim, oscilando ampliamente y trazando una larga y lenta curva. Aparecía allí, en el masómetro, como un débil *blip, y,* desde luego, se informó directamente a Roymer.

-Informe -dijo brevemente.

El teniente Goladan, un joven higiandriano algo pomposo, emitió el equivalente higiandriano de una ligera tos y después informó.

-Observe -dijo el teniente Goladan- que no se trata de un meteoro, pues su velocidad es mucho mayor.

Roymer hizo un paciente gesto de asentimiento.

-Y, una vez más, su velocidad está disminuyendo -Goladan consultó sus cifras- a un índice de veinticuatro dinas por segmento. Como la órbita parece sostenerse directamente sobre la estrella Mina, y la disminución de la velocidad es de un cierto origen arbitrario, tenemos que llegar a la conclusión de que ese objeto es una nave espacial.

Roymer sonrió.

-Muy bien, teniente.

Y Goladan comenzó a brillar y a expandirse como si fuera una nova diminuta.

«Un buen hombre -pensó Roymer con tolerancia-; la suya es una raza de hombres buenos. Han tardado dos millones de años en conseguir los vuelos espaciales; no se puede esperar de ellos más que una especie de actitud adolescente.» -¿Quiere llamar a Investigación Mental, por favor? -pidió Roymer.

Goladan se marchó presuroso, para regresar casi inmediatamente con Trian, el jefe no humano y de pesada cabeza de la Sección de Investigación Mental.

Trian miró con atención hacia Roymer, con una cosa similar a un ojo y con una expresión de interrogación preocupada.

-¿Sí, mi comandante?

La pregunta fue formulada mentalmente. Los de la especie de Trian no tenían aparato vocal. Nunca lo habían necesitado en la larguísima historia de su raza.

-¿Quiere quedarse, por favor? -pidió Roymer y después apretó un botón y habló con el equipo dé abordaje-. Preparados para contacto con extraños.

El cambio abrupto de dirección sólo fue percibido en la placa de visión, mientras las estrellas se deslizaban silenciosamente. La nave patrulla trazó un arco, oscilando hacia el interior del desierto y situándose en un curso paralelo a la nueva y extraña nave, manteniendo una discreta distancia de aproximadamente un año-luz.

Los dispositivos exploradores permitieron enfocar inmediatamente el objeto y Goladan sonrió con una mueca, lleno de placer. Sí, era una nave espacial y también extraña. Sin duda alguna, se trataba de una raza primitiva. Comunicó estos pensamientos en voz alta a Roymer.

-Sí -dijo el comandante, mirando fijamente el extraño y pequeño objeto como un proyectil-. Es de un tipo primitivo. Cabría preguntarse qué es lo que están haciendo en el desierto.

Goladan adoptó una expresión de intensa curiosidad.

-Trian -dijo Roymer, agradablemente-, ¿quiere hacer el favor de establecer contacto?

La enorme cabeza se elevó y bajó una sola vez y después se quedó mirando fijamente hacia la pantalla. Hubo un momento de profundo silencio. Después, Trian se volvió para mirar a Roymer, y había una expresión claramente humana de sorpresa en sus cosas similares a ojos.

-Nada -llegó el pensamiento-. No puedo detectar ninguna presencia.

Roymer elevó una ceja.

-¿Existe alguna barrera?

Librodot

-No. -Trian se había vuelto para mirar hacia la pantalla-. Al menos no una barrera que yo pueda detectar. Pero no hay nada. A bordo de esa nave no hay ninguna actividad sensorial.

Las palabras de Trian tenían que ser creídas, desde luego, y Roymer se sintió desilusionado. Una nave espacial, vacía de toda clase de vida... Roymer se encogió de hombros. Sería una nave abandonada. Pero entonces, ¿por qué aquella velocidad decreciente? Eso sólo podría explicarse mediante controles preestablecidos, pero ¿por qué? Evidentemente, si alguien abandonaba una nave no la prepararía para...

Fue interrumpido por el pensamiento de Trian.

-Perdóneme, pero no hay nada. ¿Puedo regresar a mi sección?

Roymer hizo un gesto de asentimiento y le agradeció su presencia, y Trian se marchó pausadamente.

-¿Nos preparamos para abordarla, señor? -preguntó Goladan.

-Sí.

Y después, Goladan se marchó para dar sus orgullosas ordenes.

Roymer siguió mirando fijamente la nave primitiva que aparecía sobre la placa. Era curioso. Siempre resultaba muy interesante encontrarse con naves abandonadas. Corrían historias de que no eran más que viejas y silenciosas tumbas que habían permanecido viajando, quizá durante millones de años, en las profundidades del espacio. Al principio, Roymer había esperado que la nave estuviera tripulada y que fuera extraña, pero a estas alturas, ya resultaba raro establecer contacto con una raza aislada. Sí, era algo extremadamente raro. No era algo que se pudiera esperar, y él se sentiría contento con esta nave antigua, indudablemente vacía.

Y entonces, y ante la completa sorpresa de Roymer, la nave hacia la que estaba mirando fijamente cambió abruptamente de curso, giró sobre su eje y emprendió un nuevo curso como si se tratara de algo vivo.

Cuando los deshibernadores fueron activados y le despertaron, Jansen permaneció durante un momento sobre la superficie de acero, parpadeando. Como sucedía siempre con la hibernación, resultaba difícil decir al principio si es que había sucedido realmente alguna cosa. Todo era como un rápido parpadeo y nada más, y después se encontraba uno echado, sintiendo exactamente como siempre, pensando los mismos pensamientos y si, en todo caso, había algo diferente, quizá sólo fuera que uno se había convertido en un pequeño ser entumecido. Y, sin embargo, durante ese parpadeo pasaba mucho tiempo y los meses transcurrían -Jansen sonrió- como postes de una valla.

Elevó una mirada lánguida hacia la bombilla roja del techo. Fuera. Suspiró. La hibernación había llegado y se había ido. Se sintió vagamente defraudado y pensó que la próxima vez, antes de someterse a la hibernación, descabezaría un pequeño sueño.

Saltó de la mesa y se dio cuenta de que Cohn ya se había dirigido hacia la sala de control. Se adaptó al pensamiento de que se estaban aproximando a un nuevo sol y entonces recordó, de repente, que éste sería el último, y que después regresarían a casa.

Que éste, por lo menos, tuviera planetas. Haber estado todo aquel tiempo de viaje, haber permanecido once años fuera de casa, para no encontrar nada...

Sus viejos sentimientos de desesperación se esfumaron, como por una sacudida, provocada por un movimiento repentino de la nave. Sería Cohn, que habría desconectado el automático. «Y ahora -pensó- echaremos a correr hacia el telescopio y daremos un vistazo y

Librodot

no habrá nada.» Fatigadamente, pisó sobre la cubierta de hierro, subiendo hacia la sala de control. Al principio había tenido muchas esperanzas, pero ahora ya no le quedaba ninguna. Todos tuvieron esperanzas, pensó, todos han estado esperando desde hace trescientos años. Y todavía seguirán esperando durante algún tiempo, y más adelante será cada vez más difícil encontrar hombres, incluso con la hibernación, hasta que, finalmente, las naves espaciales ya no saldrán. Y el hombre quedará condenado al sistema solar durante el resto de sus días.

Por eso pidió humildemente, en silencio, que este sol tuviera, por lo menos, planetas.

Una vez en la cúpula de la cabina de control, observó a Cohn, inclinado sobre el panel, dando más potencia. Levantó la mirada e hizo un rápido gesto de asentimiento en el momento en que Jansen entró. Los dos tenían la impresión de que sólo habían estado separados durante cinco minutos.

-¿Están ya todos calientes? -preguntó Jansen.

-No, todavía no.

La nave había permanecido en las profundidades del espacio con todas sus portillas abiertas. El frío absoluto había penetrado, llegando hasta su núcleo, y siempre se tardaba un poco hasta que la nave volvía a ser utilizable y sus instrumentos estaban calientes. Incluso ahora, se notaba un frío mordiente en el aire de la cabina.

Jansen tomó asiento distraídamente, frotándose los brazos.

-Supongo que ésta será la última vuelta.

-Sí -contestó Cohn, y añadió lacónicamente-: Quisiera que Weizsacker estuviera aquí.

Jansen sonrió con una mueca. Weizsacker, el pobre y viejo Weizsacker. Ya hacía mucho tiempo que estaba muerto y era bueno que así fuera, porque era el ser humano más maligno de todo el sistema.

Durante cien años, su teoría sobre el nacimiento de los planetas, en el sentido de que cada sol daba necesariamente origen a una familia de satélites, había sido aceptada como una parte del conocimiento del hombre. Y después, desde luego, llegaron los vuelos espaciales.

Jansen sonrió irónicamente. Un hombre con suerte aquel Weizsacker. Sin embargo, ahora, doscientos años y mil estrellas después, sólo habían descubierto cuatro planetas. Alfa Centauro tenía uno: una pequeña mota, estéril, cubierta por una costra de hielo, no más grande que la Luna. Y Pólux tenía tres, todos ellos masas informes de roca helada y hierro. Ninguna de las otras estrellas tenía un solo planeta. Sí, habría sido un gran golpe para Weizsacker.

Un zumbido de corriente penetró en los pensamientos de Jansen cuando el telescopio salió hacia el exterior. Sobre la pantalla se vio el comienzo repentino de la luz.

A pesar de sí mismo y del sentimiento irónico y desesperanzado que abrigaba en su interior, Jansen se levantó rápidamente, con un débil temblor de nerviosismo en sus brazos. «De todos modos, siempre queda alguna posibilidad -pensó-. Sólo hemos visitado mil soles y mil soles no representan nada en una galaxia. Así es que siempre queda una posibilidad.» Cohn, tranquilo y metódico, estaba manejando el radar.

Gradualmente, condensándose en el centro de la pantalla, la imagen de la estrella fue adquiriendo forma. Finalmente, apareció enorme y amarilla y brillando con una terrible luminosidad, y las prominencias de sus bordes hacían desigual el enorme círculo. Como la nave estaba cerca y el filtro estaba colocado, las estrellas del fondo eran invisibles, y no había nada, excepto el gran sol.

Jansen comenzó a ajustar los instrumentos para la observación.

La observación fue corta.

Librodot

Se detuvieron un momento, antes de iniciar las pruebas, mirando hacia el rostro del sol extraño. Siendo los primeros de su raza en estar aquí y ver, se sintieron cautivados por un instante por la antigua y profunda emoción del espacio y del Universo desconocido.

Observaron, y en su campo de visión, surgiendo lentamente sobre el borde brillante del disco del sol, apareció una pequeña pelota negra. Se movía constantemente, apartándose del borde, dirigiéndose hacia el centro del sol. No cabía la menor duda de que se trataba de un planeta en tránsito.

Cuando se movió la nave extraña, Roymer quedó considerablemente perplejo.

Sabía que no se podía poner en duda a Investigación Mental y que, en consecuencia, no podía haber ningún ser viviente en aquella nave. Por lo tanto, el movimiento de la nave sólo podía ser considerado como una aberración peculiar del impulso que aún seguiría funcionando. No podía ser otra cosa, pensó, y la paz volvió a su mente.

Pero aquello le colocaba ante un problema incómodo. Abordar aquella nave no sería nada fácil, al menos mientras aquella cosa fuera dando tumbos de un lado a otro de aquel modo, sin previa advertencia. Existían en Roymer doscientos años de condicionamientos que le hacían imposible colocar ni a su nave ni a su tripulación en una posición innecesariamente peligrosa. Y las naves espaciales vacilantes y erráticas podían ser clasificadas, sin duda alguna, como peligrosas.

En consecuencia, la nave tendría que ser inutilizada.

Aun sintiéndolo, conectó con Control de Fuego y dejó la operación en manos del oficial de Fuego, sentándose después para observar los resultados de las acciones dirigidas contra aquella nave extraña.

Y la nave volvió a moverse.

Esta vez no lo hizo de repente, como antes, sino que ahora fue deliberadamente. Volvió a variar su rumbo y su velocidad disminuyó mucho más rápidamente. Aún se estaba moviendo sobre Mina, pero ahora su órbita era tangencial, y no directa como antes. Mientras Roymer observaba los movimientos de la nave, hizo girar el mando de ampliación para obtener una imagen mayor, y comprobó las lecturas automáticas aparecidas en el panel, debajo de la pantalla. Y sus ojos se dirigieron repentinamente hacia la pequeña proyección cónica que había empezado a surgir del interior de la nave y que, después de salir una corta distancia, se detuvo, dirigida hacia el centro de Mina.

Roymer quedó desconcertado, pero actuó inmediatamente. Detuvo la acción del oficial de Fuego, se volvieron a establecer todas las pantallas protectoras y la nave de patrulla regresó rápidamente tras la protección del espacio profundo.

En la mente de Roymer no quedaba ya la menor duda de que los movimientos del objeto extraño estaban dirigidos por una inteligencia viva, y no por ningún medio mecánico. Sin embargo, tampoco tenía ninguna duda en el sentido de que en aquella nave no había ningún ser vivo. El problema era difícil.

Roymer sintió el cráneo de su cabeza calva y comenzó a rascárselo. En la historia de la galaxia,, sólo se habían descubierto cinco razas no humanas, pero nunca se habían encontrado con ninguna raza que no traicionara su existencia por la naturaleza telepática de su pensamiento. Roymer no podía concebir a unas gentes tan extrañas como para que hasta la estructura fundamental de sus procesos de pensamiento fueran completamente diferente a la de los galácticos.

¿Extragalácticos? Observó más atentamente la nave y sacudió la cabeza. No. Era evidente que no se trataba de ninguna nave extragaláctica. Era de un tipo demasiado primitivo.

¿Extraespacial? Se volvió a rascar la cabeza.

Sin saber en absoluto lo que debía hacer, Roymer volvió a ponerse en contacto con Investigación Mental y pidió que Trian acudiera a su presencia inmediatamente.

Trian llegó, precedido por un desconcertado Goladan. Las órdenes de contacto extraño, después la de fuego y, finalmente, la de una rápida retirada, habían afectado profundamente al teniente. Era un hombre acostumbrado a seguir un curso estrictamente lógico de los acontecimientos. Esperó, a la expectativa, a que su normalmente sereno comandante diera una explicación.

Sin embargo, Roymer estaba sumamente ocupado en seguir el nuevo curso de la nave extraña. Observó que estaba trazando una órbita alrededor de Mina, con aquella proyección cónica dirigida hacia la estrella; ¿qué era aquello, un instrumento de guerra o algún instrumento de medición?

Apareció el estólido Trian -la palabra «andando» no terminaría de describir cómo-, y se le pidió que llevara a cabo otro intento por establecer contacto con la nave extraña. Replicó con su misterioso y usual silencio, y al cabo de un momento, cuando se volvió hacia Roymer, había sorpresa en el pensamiento que transmitió.

-No lo entiendo. Ahora hay vida allí.

Roymer se sintió aliviado, pero Goladan parpadeó.

Trian continuó, volviéndose de nuevo a mirar la pantalla.

-Es muy notable. Sólo hay dos seres vivos. Raza del tipo humano. Su presencia es muy clara. Están... -se detuvo un instante-. Son exploradores, eso es al menos lo que parece. Pero no estaban allí antes. Es algo extremadamente raro.

«En efecto, lo es», pensó Roymer, mostrándose de acuerdo.

-¿Se han dado cuenta de nuestra presencia? -preguntó con rapidez.

-No. Están dirigiendo su atención hacia la estrella. ¿Hago contacto?

-No. Todavía no. Primero les observaremos.

La nave extraña flotaba en la pantalla, ante ellos, moviéndose en una lenta órbita alrededor de la estrella Mina.

Siete. Había un total de siete. Siete planetas y por lo menos tres de ellos tenían atmósferas, y dos hasta podían ser habitables. Jansen se sentía tan excitado que estaba dando brincos alrededor de la sala de control. Cohn no hizo nada, pero sonreía ampliamente con una maravillosa alegría, y los dos se estrecharon repetidamente las manos.

-¡Siete! -rugió Jansen-. ¡El viejo siete de la suerte!

Después, con rapidez y con un extremo nerviosismo, llevaron a cabo análisis espectrográficos de cada uno de aquellos siete fascinantes mundos. Empezaron con los planetas centrales, dentro del cinturón de temperaturas favorables, donde se presentaban las mayores posibilidades de existencia de vida, y después fueron trabajando *hacia* el exterior. Por razones que eran tanto sentimentales como prácticas, comenzaron por estudiar el tercer planeta de este provechoso sol. Había una delgada atmósfera, más débil incluso que la de Marte, y no había oxígeno. Silenciosamente, pasaron al cuarto. Era frío y pesado, con un

Librodot

tamaño aproximado al doble del de la Tierra y tenía una gruesa envoltura de gases nocivos. Comprobaron con creciente temor que tampoco aquí había esperanza alguna y después dirigieron rápidamente su atención hacia la zona más calurosa y cercana al sol.

En el segundo planeta, dieron en el blanco, tal y como lo expresó el propio Jansen.

Era un mundo cálido y verde, de un tamaño similar al de la Tierra y con una atmósfera igualmente similar; en el análisis aparecían con claridad y fuerza las líneas de vapor de agua y de oxígeno.

-Este parece ser lo que buscamos -dijo Jansen, volviendo a sonreír.

Cohn asintió con un gesto, se apartó de la pantalla y se dirigió hacia los instrumentos manuales de navegación.

-Bajemos a echar un vistazo.

-Primero hagamos una comprobación por radio.

Era el procedimiento adecuado. Jansen lo había realizado mentalmente miles de veces. Puso en marcha el receptor y esperó a que se calentaran las válvulas y después rastreó, en busca de un contacto. Escuchó intensamente mientras se movían en dirección al planeta. Lo intentó en todas las longitudes de onda, esperando, a la escucha de algún sonido. No percibió nada, excepto la chirriante estática del espacio abierto.

-Bien -dijo finalmente, mientras el planeta verde se hacía cada vez más grande en la pantalla-, si hay alguna raza allá abajo, no dispone de radio.

Cohn mostró su alivio.

-Podría tratarse de una civilización joven.

-O una tan antigua o *avanzada* que no *necesita* la radio.

Jansen no dejó que se esfumara su profunda alegría. Era imposible saber lo que habría allí. Ahora parecía como si estuvieran trescientos años atrás, cuando la primera nave terrestre tripulada se aproximaba a Marte. «Y siempre será así -pensó Jansen-, en cada nuevo sistema al que nos dirigimos. ¿Cómo puede uno imaginarse lo que pueda haber? En nuestro pasado no existe nada *capaz* de darnos una pista. Sólo se puede esperar y confiar.”

El planeta se había convertido en una hermosa esfera verde sobre la pantalla.

El pensamiento que llegó a través de la mente de Trian estaba matizado de alivio.

-Ya comprendo cómo lo hicieron. Han conseguido un estatismo completo, un estado perfecto de animación suspendida que producen mediante una ingeniosa utilización del cero absoluto del espacio exterior. Así, cuando están... hibernados, es la forma en que ellos lo consideran, sus mentes no funcionan y sus vidas no son detectables. Han revivido hace muy poco y están dirigiendo su nave.

Roymer dirigió lentamente la nueva información. ¿Qué clase de raza sería ésta? Una raza que navegaba en naves espaciales primitivas y que, sin embargo, había resuelto ya uno de los mayores problemas de la historia galáctica, un problema que venía desconcertando a los galácticos desde hacía millones de años. Roymer se sintió incómodo.

«Un instrumento muy ingenioso -estaba pensando Train-. Lo utilizan para alterar la cantidad de tiempo subjetivo empleado en sus exploraciones. Su nave

Librodot

espacial tiene una velocidad máxima muy baja. En consecuencia, sin esta... hibernación, su viaje les llevaría una buena parte de sus vidas."

-¿Puede clasificar su tipo de mente? -preguntó Roymer con una creciente preocupación.

-Sí -dijo-, aunque el tipo es extremadamente poco usual. Nunca lo he observado con anterioridad. La clasificación general sería la del humano cuatro.

Más específicamente, yo les situaría en el nivel noveno.

-¿El nivel noveno? -preguntó Roymer, asombrado.

-Sí, como ya he dicho, son extremadamente poco usuales.

Ahora, Roymer estaba claramente preocupado. Se apartó y anduvo por el puente durante unos momentos. De repente, abandonó la sala y se dirigió a los archivos de clasificación de extraños. Estuvo ausente durante largo rato, mientras Goladan permanecía agitado y Trian seguía reuniendo información, extraída, a través del espacio, de las mentes extrañas. Finalmente, Roymer regresó.

-¿Qué están haciendo?

-Se dirigen ahora hacia el segundo planeta. Están a punto de determinar si las condiciones son adecuadas para el establecimiento de una colonia de los de su clase.

Gravemente, Roymer dio sus órdenes a navegación. La nave patrulla se puso en movimiento y adquirió velocidad con rapidez, en dirección al segundo planeta.

En el nuevo mundo había un único y enorme océano azul, que cubría todo un hemisferio. Y el resto de la superficie era una jungla joven, húmeda y verde y vacía de cualquier clase de personas, llena de grandes extensiones cubiertas de verde y naranja. Giraron alrededor del globo a una altura de varios miles de metros y, ante su extrañeza y alegría, no vieron ningún animal; ni un pájaro, ni un conejo, ni su equivalente extraño. Así es que se lo quedaron mirando con una feliz fascinación.

-Esto sí que es lo que buscábamos -dijo Jansen con un tono de voz desigual.

-¿Cómo crees que deberíamos llamarlo? -le estaba diciendo Cohn con aire ausente-. ¿Nueva Tierra? ¿Utopía?

Observaron juntos cómo el terreno desigual se deslizaba por debajo de ellos.

-No hay gente. Es nuestro -y, al cabo de un momento, Jansen dijo-: Nueva Tierra. Ese es un buen nombre.

Comí estaba observando intensamente los rasgos del terreno.

-¿Te das cuenta de la especie de... del aspecto circular de la mayor parte de las cadenas montañosas? Como en la Luna, pero desgastadas y erosionadas. Son círculos casi perfectos.

Haciendo un esfuerzo para apartar su mente de las tremendas visiones que tenía sobre la colonia que podría establecerse allí, Jansen trató de observar las montañas con una mirada objetiva. Sí, ahora se daba cuenta, con una ligera sorpresa, de que eran redondas, como los cráteres de la Luna.

-Es algo peculiar -murmuró Cohn-. No creo que se trate de nada natural. No podría serlo. No existen muchas posibilidades de que haya meteoros en esta atmósfera. ¿Qué diablos...? Jansen pegó un salto.

-¡Mira allí! -gritó de repente-. ¡Un lago redondo!

Librodot

Surgiendo del polo norte del planeta, apareció lentamente a la vista un lago que era un círculo perfecto. En sus orillas no se veía ninguna interrupción, excepto la de una pequeña corriente que llegaba desde el norte.

-Eso no es natural -dijo Cohn rápidamente-. Alguien lo construyó.

Se estaban dirigiendo hacia la parte oscura y Cohn hizo girar la nave. La sensación de optimismo era demasiado nueva para ellos como para dejar que se desvaneciera, pero la extraña visión de una gran cantidad de círculos perfectos, desparramados caprichosamente como los restos de grandes salpicaduras sobre toda la superficie del planeta, les resultaba algo desconcertante.

Fue la vista de un cráter en particular, un gran agujero estéril situado en medio de un amplio desierto rojo, lo que hizo sonar el timbre en el recuerdo de Jansen, que exclamó:

-¡Una guerra! Hubo una guerra aquí. Ese de ahí parece como el cráter de una bomba de fisión.

Cohn lo observó fijamente y después levantó las cejas.

-Apostaría a que tienes razón. -Es el cráter de una bomba, ¿lo ves? Eleva colinas hacia todas partes, formando un círculo, y mata...

Y un pensamiento repentino y terrible se le ocurrió entonces a Jansen. Radiactividad. ¿Habría radiactividad allí?

Mientras Cohn hacía descender la nave sobre el desierto, trató de calmar los temores de Jansen.

-No puede haber mucha. Hay demasiada vida vegetal. Se ven junglas por todas partes. Tranquilízate, hombre.

-Pero no hay un solo ser viviente en todo el pía neta. Apuesto a que es ésa la razón por la que hubo una guerra. Se les escapó de las manos. La radiactividad acabó con todo. ¡Nosotros podríamos haber hecho lo mismo a la Tierra!

Se deslizaron sobre el plano vacío del desierto y los contadores comenzaron a sonar como si s hubieran vuelto locos.

-Ahí lo tienes -dijo Jansen definitivamente- todavía queda radiactividad. Puede que no haya si cedido hace tanto tiempo.

-Por lo que sabemos, podría haber pasado hace un millón de años.

-Bueno, al parecer, la mayor parte de los lugares son seguros. Lo comprobaremos antes de descender.

Mientras hacía subir y bajar la nave, Cohn *sud*aba.

-¿Supones realmente que no hay un solo s viviente allá abajo? Quiero decir, ¿no habrá ningún bicho, ni germen, ni tan siquiera un virus? Si fuera así sería como un nuevo mundo completamente limpio -no podía apartar los ojos de la pantalla. Estaban descendiendo. Dentro de poco, podrí salir de la nave y caminar bajo el sol. El placer la sensación era indescriptible. Ellos eran terrestres hibernados desde que salieron del sistema, terrestre que se habían dirigido hacia las estrellas y que ahora se disponían a aterrizar sobre el siguiente mundo de su imperio.

Cohn no pudo controlarse.

-¿Necesitamos una bandera? -preguntó, s riendo burlonamente-. ¿Cómo vas a reclamar el derecho de posesión sobre este lugar?

-Simplemente aterrizando, hombre -rugió Jansen.

Cohn empezó a reírse entre dientes. -¡Oh, hermoso nuevo mundo! -exclamó entre risas-. Y sin nadie en él.

-¿Pero por qué tenemos que establecer contacto con ellos? -preguntó Goladan impacientemente-. ¿Es que no podríamos...?

Roymer le interrumpió sin mirarle siquiera.

-La ley exige que se establezca el contacto y se explique la situación antes de emprender cualquier acción. De otro modo, sería un acto bárbaro.

Goladan meditó tristemente.

La nave patrulla estaba situada ahora en las sombras de la parte oscura, siguiendo a la nave extraña gracias al destello radiactivo de ésta. Los extraños estaban descendiendo, disponiéndose a aterrizar en la parte iluminada por el sol.

Trían se adelantó, junto con los otros miembros del Equipo de Contacto con seres Extraños, e informó a Roymer.

-Los extraños han descendido.

-Sí -dijo Roymer-, les dejaremos disponer de un poco de tiempo. Trian, ¿cree usted que tendrá alguna dificultad en la transmisión?

-No. La conversación no será difícil. Aunque la naturaleza confusa y compleja de sus modelos de pensamiento hace que sus reacciones internas sean algo oscuras. Pero no creo que haya problemas.

-Muy bien. Permanecerá usted aquí y emitirá los mensajes.

-Sí.

La nave patrulla se elevó rápidamente sobre el polo norte y después giró hacia el ecuador, trazando círculos sobre el lugar en el que habían descendido los seres extraños. Roymer hizo bajar su nave y, con el silencio característico de un galáctico, la hizo posarse en un lugar cubierto de bosque, a un kilómetro y medio de la nave extraña. Los galácticos permanecieron en su nave durante un rato, mientras Trian seguía haciendo sus pruebas para la información Cuando, finalmente, el Equipo de Contacto con seré: Extraños descendió, Roymer y Goladan estaban a si *cabeza. El* resto de la tripulación se desvaneció tranquilamente en el interior de la jungla.

Mientras caminaba sobre los jóvenes matorrales de color anaranjado, Roymer observó todo lo que le rodeaba. Casi estaba listo para la repoblación pensó. Dentro de otros cien años la radiactividad habría desaparecido por completo y podrían regresar. Los mundos de aquella guerra serían recupera dos uno tras otro.

Sintió en su mente las instrucciones de dirección de Trian.

-Se está aproximando a ellos. Proceda con pre caución. Están justo al otro lado de esa pequeña elevación. Creo que seria mejor que esperara, pues permanecen cerca de su nave.

Roymer envió a Trian un «sí» silencioso. Haciendo señas a Goladan para que se estuviera quieto Roymer se dirigió hacia la última elevación del terreno. En la jungla que le rodeaba, el equipe galáctico se movía silenciosamente.

El aire era perfecto; no había radiación. A excepción del estridente color naranja de la vegetación, el lugar era como un Jardín del Edén. Jansen tuvo instintivamente la sensación de que allí no había ningún peligro, ninguna plaga terrible o virus ni ninguna otra

Librodot

cosa nociva para ellos. Sintió una violenta y urgente necesidad de salir de su traje espacial y echar a correr y respirar, pero estaba prohibido. No debía hacerse en el primer viaje. Eso llegaría después, una vez .hechas todas las pruebas y experimentos, y una vez se hubiera decidido que aquel mundo era seguro.

Una de las primeras cosas que hizo Jansen fue sacar el magnetófono y tomar solemne posesión de aquel mundo para la Federación Solar, grabando las palabras históricas para los archivos de la Tierra. El y Cohn permanecieron un rato en la esclusa de aire de su nave, observando el mundo extraño y, sin embargo, familiar al que acababan de llegar.

-Más adelante, buscaremos ruinas -dijo Cohn-. Estáte atento a todo lo que se mueva. Es posible que queden todavía algunos de ellos vivos, ¡y quién sabe qué aspecto tendrán! Probablemente serán mutantes, con cinco cabezas. Así es que hay que mantener los ojos muy abiertos. -De acuerdo.

Jansen comenzó a recoger muestras del suelo, del aire y de la vegetación más cercana. El polvo era igual que el de la Tierra; no había ninguna diferencia. Se *agachó y* desmenuzó con sus dedos el suave césped húmedo. Las flores parecían un poco peculiares. «Probablemente están mutadas -pensó-, pero la tierra es excelente, y apostaría a que el aire es igual que el de la Tierra.» Se incorporó y miró hacia el claro azul del cielo, sintiendo de nuevo una urgente necesidad de quitarse el casco y respirar y, mientras miraba el cielo y las colinas verdes y anaranjadas, de repente y a una corta distancia de donde se encontraba, un pequeño anciano apareció sobre la colina, caminando hacia él. Se estuvieron mirando el uno al otro, a través del silencioso espacio de un claro. El rostro de Roymer era viejo y sonriente; Jansen le miró con la más absoluta expresión de asombro.

Al cabo de una breve pausa, Roymer comenzó a caminar hacia el terreno abierto, seguido de Goladan, y Jansen se llevó la mano a su arma térmica.

-¡Cohn! -gritó con un urgente tono de voz-. ¡Cohn!

Y mientras Cohn se volvía, veía a los dos seres y se quedaba helado, Jansen escuchó unas palabras que estaban siendo vertidas en su cerebro. Eran palabras procedentes del pequeño anciano.

-Por favor, no dispares -dijo el viejo, sin mover los labios.

-No, no dispares -dijo Cohn, rápidamente-. Espera. Déjale.

Pero la mano de Cohn también estaba junto a su arma.

Roymer sonrió. Para los dos terrestres, su rostro resultaba increíblemente anciano, sabio y suave. Estaba pensando: «Si hubiera sido un ser no humano, me habrían matado.»

Envió un pensamiento hacia Trian. El Investigador Mental lo recogió y lo envió hacia los cerebro de los terrestres, haciéndolo pasar por sus centro: corticales para subir después hacia sus mentes conscientes, de modo que las palabras fueron escuchada: en el lenguaje de la Tierra.

-Gracias -dijo Roymer amablemente.

La mano de Jansen sostenía el arma, apuntaba hacia el pecho de Roymer. Estaba mirándole fija mente,.sin saber qué decir.

-Por favor, quédese donde está -la voz de Cohn sonó dura y firme.

Librodot

Roymer se detuvo, obediente. Goladan también s¡ detuvo, junto a su codo, mirando a los terrestres con una mezcla de temor y curiosidad. El percibir si temor ayudó mucho a Jansen.

-¿Quiénes son? -preguntó Cohn con claridad separando las palabras.

Roymer se cruzó las manos cómodamente sobre su pecho. Todavía estaba sonriendo.

-Con su permiso, explicaré nuestra presencia.

Cohn siguió mirándole fijamente.

-Habrá mucho que explicar. ¿Podemos sentar nos y hablar?

Trian ayudó con la sugestión. Se sentaron.

El sol del nuevo mundo se estaba poniendo y la conferencia comenzó. Roymer fue quien llevó la mayor parte de la conversación. Los terrestres permanecieron sentados, casi transfigurados.

Fue como crecer de repente, en el espacio de un segundo.

La historia de la Tierra y de toda la humanidad se extinguió y se perdió. Oyeron hablar de grandes razas y de mundos ilimitados, y del gobierno inimitable que era el de la Federación Galáctica. La ficción las leyendas, los sueños de miles de años se habían convertido en realidad en un momento, en la figura de un pequeño anciano que no era de la Tierra. Tendrían que aprender mucho y aceptar aún mucho más en el período de una sola tarde, y en un planeta extraño.

Para ellos, todo fue tan nuevo y tan real a la *vez* como el hecho de haber descubierto un planeta deshabitado y fértil, el primero en ser descubierto por el hombre. Y no podían dejar de rebelarse contra la repentina idea de que el planeta pudiera ser ya propiedad de alguien..., de que los galácticos eran los propietarios de todo lo que valía la pena poseer.

Era un pensamiento intolerable.

-¿Hasta dónde se extiende la Liga Galáctica? -preguntó Cohn, notando cómo el corazón se le subía al cuello.

La voz de Roymer les llegó tranquila y directamente a sus mentes:

-Sólo por las regiones centrales de la galaxia. En los bordes quedan millones de estrellas que todavía no han sido exploradas.

Cohn se relajó, lleno de alivio. Eso significaba que también había sitio para los terrestres.

-Y este planeta, ¿es parte de la Federación?

-Sí -contestó Roymer.

Cohn trató entonces de ocultar su pensamiento. Se sentía enojado y esperaba que el extraño no pudiera leer su mente mientras seguía hablando con él. Haber llegado hasta tan lejos...

-Hubo aquí una vez una raza -estaba diciendo Roymer-, una raza humanoide que quedó casi totalmente destruida por la guerra. Este planeta no ha sido habitable desde hace mucho tiempo. Sólo quedaron unas pocas gentes que se encontraban en el espacio en el momento en que se produjo el último ataque. La Federación los estableció en otra parte. Cuando el planeta esté preparado, los descendientes de aquellos supervivientes serán traídos de nuevo aquí. Este es su hogar.

Librodot

Ninguno de los dos terrestres dijo nada.

-Es sorprendente -siguió diciendo Roymer-, que su propio mundo hogar se encuentre en el desierto. Habíamos pensado que allí no había mundos habitados.

-¿El desierto?

-Sí. La región de la galaxia de la que han venido ustedes. Es la región a la que nosotros llamamos el desierto. Es una zona casi totalmente desprovista de planetas. ¿Les importaría decirme qué estrella es su hogar?

Cohn se puso rígido.

-Me temo que nuestro gobierno no nos permitiría revelar cualquier información relacionada con nuestra raza.

-Como quiera. Siento haberle molestado. Sólo sentía curiosidad por saber... -e hizo un gesto negligente con la mano, indicando que la información no tenía la menor importancia.

«Ya llegaremos más tarde a eso -pensó-, cuando descifremos sus mapas.» Estaba llegando al final de la conferencia y se disponía a decir lo que había venido a decir.

-No cabe la menor duda de que han estado explorando las estrellas existentes alrededor de su mundo, ¿verdad?

Los dos terrestres asintieron. Pero en la cuestión referente al Sol, ya habían perdido todo su temor ante este plácido anciano y su silencioso acompañante, de ojos muy abiertos.

-Quizá les gustaría saber por qué está desierta su zona -dijo Roymer.

Instantáneamente, tamo Jansen como Cohn quedaron completamente absorbidos. Esto era el final de trescientos años de investigación. Regresarían a casa con la contestación.

Roymer no estaba relajado del todo. -No hace mucho tiempo -dijo-, hace aproximadamente treinta mil años de los suyos, una gran raza dominaba en el desierto, una raza conocida como los Antha, y por aquel entonces aquello no era un desierto. Los Antha dominaban en cientos de mundos. Eran quizá los mayores de todos los pueblos galácticos; sin duda alguna, fueron la raza más brillante que jamás conoció la galaxia.

»Pero no eran una buena raza. Durante cientos de años, mientras fueron todavía jóvenes, tratamos de que entraran a formar parte de la Federación. Se negaron y, desde luego, nosotros no les obligamos Pero a medida que pasaron los años, sus conocimientos aumentaron de un modo enorme y extraño; no tardaron en alcanzar posiciones tecnológicas iguale: a las de cualquier otra raza de la galaxia. Y, entonces, los Antha se lanzaron a una era de expansión imperialista.

»Eran superiores, lo sabían y se sentían orgullosos. Así es que se extendieron y envolvieron a la razas y mundos de la zona conocida ahora como el desierto. Su gobierno fue una tiranía sin igual en toda la historia galáctica.

Los terrestres ni siquiera se movieron y Roymer siguió:

-Pero los Antha no eran miembros de la Federación *y,* en consecuencia, no se les podía pedir cuentas de sus actos. No podíamos hacer otra cosa que permanecer alertas y observarles mientras ellos extendían su vicioso gobierno de un mundo a otro. Eran absolutamente despiadados.

«Como un ejemplo de su clase de gobierno, les contaré el crimen que cometieron contra los apectanos.

»El planeta Apectus no sólo resistió a los Antha, sino que de algún modo se las arregló para luchar durante varios años contra su aproximación. Finalmente, los Antha les conquistaron y entonces, en venganza por el valor demostrado por los apectanos, llevaron a cabo el más brutal de sus experimentos masivos.

»Eran gente muy brillante. Habían estado experimentando con los genes de la herencia. Encontraron una forma de alterar los genes de los apectanos, que eran humanoides como ellos mismos, y lo hicieron a una escala masiva. No decidieron exterminar la raza, sino que su venganza fue mucho mayor. Cada apectano nacido desde la invasión de los Antha, nació sin uno de sus brazos.

Jansen contuvo la respiración. Era algo muy horrible de escuchar y un repentino recuerdo llegó entonces a su mente. César hacía eso mismo, pensó. Cortaba las manos derechas de los galos. Era una extraña coincidencia, y Jansen se sintió incómodo.

Roymer se detuvo un instante.

-Las noticias de lo sucedido con los apectanos puso en armas a los pueblos galácticos, pero no fue hasta que los Antha atacaron a un mundo de la Federación cuando se dirigieron finalmente contra ellos. Fue la mayor guerra que se produjo en la historia de la vida.

«Quizá comprenderán lo grande que era la raza de los Antha si les digo que ellos solos, sin ayuda de nadie, dependiendo únicamente de sus propios recursos, lucharon contra el resto de los pueblos galácticos hasta que se terminó la guerra. A medida que fueron pasando aquellos terribles años, perdimos razas y planetas enteros -como éste, que fue uno de los destruidos por los Antha-, pero no pudimos derrotarles.

«Sólo después de muchos años, cuando un galáctico inventó la más peligrosa de las armas conocidas, pudimos ganar. La invención, de la que sólo tiene conocimiento el Consejo Galáctico, nos permitió convertir los soles de los Antha en novas, a larga distancia. Y así, uno tras otro, fuimos destruyendo los mundos de los Antha. Los perseguimos por todos los planetas del desierto; por primera vez en la historia el edicto de la Federación era de muerte, muerte para toda la raza. Finalmente, no quedó un solo mundo habitable en el que hubiera Antha. Incendiamos sus mundos y los obligamos a huir por e espacio. Y así fue como, hace ya treinta mil años sucumbió la civilización de los Antha.”

Roymer había terminado. Miró a los terrestres con una expresión grave en sus cansados ojos d anciano.

Cohn le estaba mirando fijamente, fascinado; la boca abierta. Pero Jansen, incomprensiblemente sintió un escalofrío. La historia de César permanecí incómodamente en su mente. Y entonces hizo un pregunta rápida, llena de sospecha:

-¿Está seguro de que los cazaron a todos? -No. Seguramente, algunos de ellos pudieron escapar. Había demasiados en el espacio, y el espacio no tiene límites.

-¿Han oído hablar de alguno de ellos desde entonces? -quiso saber Jansen.

La sonrisa de Roymer desapareció de su rostro cuando contestó:

-No. Hasta ahora.

Sólo quedaban unos pocos segundos más. Les di el tiempo suficiente para comprender. No pudo evitar el decirles que lo sentía, e incluso pidió disculpas. Y después, envió la orden con su mente.

Los Antha murieron rápidamente y en silencio sin dolor.

Librodot

Sólo hace treinta mil años, pensó Roymer, pero en aquel breve espacio de tiempo ya habían vuelto a salir de las estrellas. Ahora no les quedaba el recuerdo de lo que fueron, ni de lo que habían hecho. Lo empezaron todo desde el principio, ya que la vieja historia de la raza se había perdido, y al cabo de treinta mil años ya habían recorrido nuevamente el camino.

Roymer sacudió la cabeza con una triste admiración y pavor. El pueblo más brillante de todos.

Goladan se acercó tranquilamente a él, con los informes finales.

-No hay mapas -gruñó-. Ni un solo mapa. No nos será posible descubrir de dónde han venido. En realidad, Roymer no sabía qué hacer, si sentirse desilusionado o aliviado. «No les podemos destruir ahora -pensó-, al menos inmediatamente.» No podía dejar de sentirse aliviado. Quizá en esta ocasión se encontrara una forma de convivencia y no tuvieran que ser destruidos. Ellos podrían ser... Recordó el edicto..., el edicto de la muerte. Los Antha se lo habían merecido, y era justo. Se dio cuenta de que no quedaba mucha esperanza.

Los informes estaban sobre su mesa y los observó con una sonrisa irónica. En realidad, no había forma de seguirles la pista y saber de dónde habían venido. No había mapas. Sólo una serie regular de coordenadas de comprobación de curso, referidas a su planeta hogar y que no eran descifrables. Incluso en esta fase de su civilización, ya habían anticipado las consecuencias que podría acarrearles el que una de sus naves cayera en manos extrañas. Y esto lo habían hecho así aun a pesar de vivir en el desierto.

Goladan le sorprendió con una pregunta ansiosa: -¿Qué podemos hacer? Roymer permaneció en silencio. «Podemos esperar -pensó-. Gradualmente, uno tras otro, irán saliendo del desierto, y cuando lo hagan, nosotros estaremos esperándoles. Quizá llegue un día en que podamos seguir a uno de ellos hasta su mundo y destruirlo por completo, y quizá antes de eso encontremos una forma de salvarles.”

De repente, mientras sus ojos recorrían el informe que tenía ante sí, recordó el ingenioso mecanismo de la hibernación y un pensamiento inevitable y escalofriante penetró en su cerebro.

«Y quizá -pensó con tranquilidad, pues era un hombre filosófico-, quizá salgan del desierto equipados ya para gobernar toda la galaxia.”

Librodot

2

TODAVÍA MAS Y MAS VASTO

Poul Anderson: *El saqueador de estrellas*

Isaac Asimov: *Fundación*

Mark Clifton y Alex Apostolides: *¡Somos civilizados!*

.

Librodot

Las naves espaciales de papel están en camino. La galaxia, como el Salvaje Oeste, está completamente abierta.

Las sorpresas con las que la humanidad se encontró en la galaxia fueron una cuestión especulativa, y los autores contestaron la cuestión de acuerdo con sus propios temperamentos. Casi todo escritor de ciencia ficción ha considerado en una ocasión u otra los imperios interplanetarios, aportando su propia interpretación, ya fuera hablando de federalismo o de colonialismo. Robert Heinlein, E. E. Smith, Van Vogt, Beam Piper, Henry Kuttner, James Blish..., cada uno de ellos ofreció su propia versión. La cultura galáctica multiespecífica de E. E. Smith, expuesta a lo largo de los seis volúmenes de la saga Lensman, ha alcanzado una fama particular.

Todos los autores están de acuerdo en un aspecto: la necesidad del poder para establecer o mantener cualquier clase de imperio. Esta selección contiene tres interesantes interpretaciones de cómo se podría manejar ese poder.

Mark Clifton y Alex Apostolides, en *¡Somos civilizados!,* demuestran la inmoralidad del poder... y solemos sentir la inmoralidad con mayor fuerza cuando ésta es utilizada contra nosotros. Cari Sagan habló recientemente sobre la cuestión del establecimiento de comunicación con otras inteligencias de la galaxia. En un momento determinado, dijo: «Consideremos lo que deberíamos hacer si ellos eligieran ponerse en contacto con nosotros...» Y una voz urgente procedente del auditorio dijo en voz alta: «¡No contestar al teléfono!» No cabe la menor duda de que aquel caballero había leído el relato de Clifton y Apostolides.

La narración de Asimov representa el comienzo de su trilogía *Fundación*[2]*,* que ha sido elegida como el libro más popular de ciencia ficción jamás escrito. Esta narración apareció publicada en *Astounding Sciencie Fiction* en 1942, y captó inmediatamente la imaginación de los lectores. No es difícil comprender por qué. Hay un momento cómico en que el alcalde de Términus pega un salto y exclama: «¡La galaxia se está desmoronando!» Eso es precisamente lo que sucede constantemente en las manos de los escritores de ciencia ficción. Pero la galaxia de Asimov, gobernada por el hombre, tiene cualidades especiales y, sobre todo, la cualidad que le distingue de muchos de sus compañeros escritores: aboga por el orden. Al igual que H. G. Wells, a quien Asimov ha emulado al pasar de la ficción a una amplia popularización científica, está en contra del desorden producido por la guerra y por el asesinato. Del mismo modo que sus robots son gobernados por reglas que les impiden hacer daño a los hombres (mientras que los robots anteriores a Asimov enloquecían constantemente), su *galaxia* de la Fundación está concebida para funcionar de un modo ordenado, de acuerdo con la programación psicohistórica de Hari Seldon. La moneda de Términus está hecha de un metal raro -como suelen estar hechas todas las monedas-: el acero. Es característico del método de Asimov que la Fundación, destinada a jugar un papel tan poderoso en la historia de la galaxia durante los diez mil años siguientes, se sitúe en un mundo en e) que virtualmente no existen metales.

En esta narración, el poder está constituido por la fuerza de una idea intelectual: que las semillas del Renacimiento son sembradas en Términus. Para la gente corriente, esta idea se convierte casi en una creencia religiosa, una tendencia contra la que los científicos de Términus tienen que luchar continuamente.

Creo que hay señales lo bastante claras como para decir que Asimov concibió Términus como una especie de utopía, sin metales, sin intentos de guerra y sin psicólogos. Armado con todas estas interesantes intenciones, se le puede perdonar por haber convertido al político lord Dorwin en la parodia de un hombre de Estado inglés del siglo XVII,

[2] Fundación, Fundación e Imperio, Segunda Fundación (Libro Amigo números 385, 400 y 410).

Librodot

incluyendo su balbuceo y su tabaquera («superadornada y con poca artesanía en ello», según las notas de Hardin). Así pues, la Fundación es una extraña cosa, un intento de un imperio galáctico intelectual. El imperio de Poul Anderson comienza desde direcciones completamente opuestas. Se trata de una narración aventurera, con un fondo estrellado y una galaxia superpoblada de salvajes semihumanos. En tres simples párrafos, vemos morir a un gran bárbaro gris, «girar sobre sus talones, tambaleándose y gritando, agarrándose el cuerpo con sus cuatro manos, hasta ir cayendo lentamente de rodillas».

Esta afición por seres extraños locos o deformados tiene, desde luego, una deplorable falta de solemnidad, y es el reverso del escenario, bastante austero, creado por Asimov. En los círculos de la ciencia ficción fue costumbre el desaprobar esta clase de fanfarronadas imaginativas. Se tenía la sensación de que actuaban corno una barrera en contra de una aceptación general de la ciencia ficción.

Se puede comprender muy bien la fuerza de esta clase de argumentación; yo mismo he llegado a estar parcialmente convencido. Pero la otra parte de la argumentación tiene una mayor fuerza. Relatos como *El saqueador de estrellas* compendian lo que una vez fuera la ciencia ficción antes de llegar a ser aceptable. Cuando los escritores de ciencia ficción comenzaron a tomarse en serio a sí mismos, mostraron tendencia a abandonar sus imaginaciones y a basarse más bien en las predicciones o en las extrapolaciones de las publicaciones científicas y de las estadísticas de población; el resultado de ello fue una literatura gris, que experimentó una pérdida en su fuerza de atracción original, llegando a convertirse en un aditivo del literalismo.

El literalismo es algo que raramente nos encontraremos en esta antología. Poul Anderson nos ofrece un imperio salvaje y un terrestre capaz de todo «una mezcla de toda la humanidad». Se trata de la clase de narración en la que sobresalió el joven Anderson, contada con, Una considerable actitud emocional Solo como advertencia tenemos otra narración de Poul Anderson en el cuarto volumen.

Mas tarde continuaremos la discusión sobre los abigarrados imperios galácticos y lo que pueden o no pueden representar. Mientras tanto, introduzca monos en esa hedionda nave de esclavos gorzun.

Librodot

El saqueador de estrellas

Poul Anderson

Los imperios comienzan de una manera extraña..., uno de ellos surgió de un motín que se produjo en una nave de esclavos gorzunis.

Lo que sigue es una parte, modernizada pero por lo demás auténtica, de ese curioso libro encontrado por los excavadores de las ruinas de Ciudad Sol, Tierra, las memorias del contraalmirante John Henry Reeves, de la Armada Solar Imperial. Sigue siendo una cuestión sin resolver si el manuscrito, que evidentemente nunca fue publicado y que tampoco fue concebido para su publicación, es un verdadero registro hecho por un hombre que poseía un gusto por los informes dramatizados, o bien se trata de una pura ficción; lo que no cabe la menor duda es que fue escrito en el primer período del Primer Imperio y, como tal, nos ofrece una imagen notable de los tiempos y especialmente del Fundador. Los verdaderos hechos pueden o no haberse desarrollado tal y corno los describe Reeves, pero no podemos dudar de que, en cualquier caso, fueron muy similares. Leed este quinto capítulo de las memorias como una ficción histórica, si queréis, pero recordad que el autor tuvo que haber vivido en aquella época grande, trágica y triunfante y que, a través del manuscrito, debió de intentar ofrecer una imagen real del hombre que se había convertido en una leyenda, incluso en su propio tiempo.

Donvar *Ayeghen,* Pte. de la Sdad. Arqueolóigca Galáctica.

I

Se estaban acercando. Su jefe era una enorme figura gris que llenaba mi punto de mira, y cada vez que echaba un vistazo por encima del muro, una rociada de balas me obligaba a bajar inmediatamente la *cabeza.* Disponía de un cierto abrigo desde el que poder disparar de vez en cuando, situado en un fragmento de muro que se elevaba un poco más que el resto, como si se *tratara* de un solo diente dejado en la mandíbula de un hombre muerto; pero tenía que apretar el gatillo y volver a ocultarme con rapidez. De tanto en cuando, uno de sus disparos explotaba sobre mi casco y el gas penetraba por mis narices, con un olor dulce y nauseabundo. Me sentía con náuseas y mareado a causa de él.

Kathryn estaba recargando su propio rifle, y la escuché lanzar un juramento cuando el peine se le atascó en la vieja y oxidada arma. *Le* hubiera dado la mía, pero no era mucho mejor. No resultaba divertido tener que luchar con armas que parece que están a punto de explotar a cada momento ante nuestras propias narices, pero eso era todo lo que teníamos, todo lo que tenía la pobre y devastada Tierra después de que los báldicos la hubieran saqueado dos veces en el transcurso de quince años.

Disparé y vi al gran bárbaro gris girar sobre sus talones, tambaleándose y gritando, agarrándose el cuerpo con sus cuatro manos, hasta ir cayendo lentamente de rodillas. Las criaturas situadas detrás de él comenzaron a gritar desaforadamente, pero él sólo emitió un rugido procedente de lo más profundo de su *garganta.* Tardaría mucho tiempo en morir.

Yo había conseguido atravesarle el cuerpo, produciéndole un agujero, pero aquellos gorzunis eran muy duros.

Las andanadas explotaban a nuestro alrededor mientras me puse de pie, bajando, al otro lado del muro, sobre la larga hierba que había crecido alrededor de los fragmentos ensombrecidos de la casa. Soplaba un viento fresco que agitaba la hierba y los grandes árboles que mostraban las cicatrices de la guerra; las nubes se movían rápidamente, cruzando un cielo soleado de verano, de modo que la concentración de gases nunca era lo bastante fuerte como para dejarnos fuera de combate. Pero Jonsson y Hokusai estaban tumbados como cadáveres contra el destrozado muro. Habían recibido disparos directos y estarían durmiendo durante horas.

Kathryn se arrodilló junto a mí, con su sucio y rasgado vestido como si fueran los adornos de una reina cubriendo sus formas jóvenes y esbeltas, con unos cuantos rizos oscuros que le caían por debajo del casco y con los que jugaba el viento.

-Si les enfurecemos lo suficiente -dijo-, llamarán a la artillería o enviarán una nave sobre nosotros para hacernos saltar al Planeta Negro.

-Quizá -gruñí-, aunque normalmente siempre están ansiosos de coger esclavos.

-John...

Se quedó allí, encogida por un momento, con las cejas ligeramente fruncidas, aquel gesto que yo sabía muy bien que oscurecía sus ojos azules. Observé la forma en que las sombras jugaban sobre su delgado rostro moreno. Había una mancha de grasa sobre su nariz achatada, ocultando las pecas. Pero aún seguía teniendo un buen aspecto, un aspecto realmente bueno, ella y la Tierra verde y la vida y la libertad y todo aquello que ya nunca volvería a tener.

-John -me dijo al fin-, quizá deberíamos ahorrarles el problema. Quizá deberíamos terminar nosotros mismos.

-Es una idea -murmuré, arriesgándome a echar un vistazo sobre el muro.

Los gorzunis mostraban mayores precauciones, arrastrándose por los jardines hacia las destrozadas edificaciones exteriores que nosotros defendíamos. Detrás de ellos, el puesto principal, último nudo de la resistencia de nuestra unidad, aparecía destrozado e incendiado. Los gorzunis deambulaban por allí, sacando a los humanos que habían sobrevivido y acaparando cualquier tesoro que pudiera quedar. Estuve tentado de disparar contra aquellos enormes cuerpos peludos, pero tenía que ahorrar munición para el destacamento que se estaba acercando a nosotros.

-No me imagino la vida como esclavo de un bárbaro extranjero -dije-, Sin embargo, los humanos con entrenamiento técnico son muy buscados y suelen ser bien tratados. Pero, para una mujer...

Las palabras se desvanecieron en mis labios. No las podía pronunciar.

-Yo también puedo vender mis propios conocimientos mecánicos -dijo ella-. Como también puedo no hacerlo. ¿Crees que vale la pena arriesgarse, querido John?

Los dos estábamos condicionados en contra del suicidio, desde luego. Todos los miembros de la destrozada marina de la Commonwealth lo estábamos, excepto quienes eran portadores de secretos. La idea consistía en vender nuestras vidas o nuestra libertad a un precio lo más exorbitante posible, luchando hasta el último momento. Era una política estúpida, típica del equivocado liderazgo que nos había ayudado a perder todas nuestras guerras. Un esclavo humano con conocimientos de ciencia y maquinaria valía mucho más para los bárbaros que los pocos soldados extra que pudiera matar entre sus hordas permaneciendo vivo hasta que fuera capturado.

Librodot

Pero la inhibición implantada podía ser rota por una persona que poseyera una fuerte voluntad. Miré a Kathryn por un momento, allí, entre las abatidas ruinas de la casa, y sus ojos se encontraron con los míos y se sintieron aliviados, profundamente azules, con una mirada grave y con un temblor de lágrimas detrás de las largas pestañas.

-Bueno... -dije, desesperanzado, y entonces la besé.

Fue nuestro gran error. Los gorzunis se habían acercado mucho más de lo que me imaginaba y en la gravedad de la Tierra -que era aproximadamente la mitad de la de su propio planeta-, se podían mover como un cometa atraído por el sol. Uno de ellos apareció sobre el muro que estaba detrás de mí, saltando y aterrizando sobre sus pies biselados dotados de garras, produciendo un crujido que hizo retemblar el suelo. Su salvaje «¡Juu-uu-uu-uu!» apenas si había salido de su boca cuando le descerrajé un disparo sobre el rostro aplanado y dotado de cuernos, arrancándoselo de los hombros. Pero, detrás de él, aparecía ya una masa de figuras grises. Kathryn gritó y disparó contra el grueso de otro destacamento que nos atacaba por la espalda.

Sentí un fuerte aguijonazo, un intenso y agudo dolor y una bomba explotó en mi cabeza, haciéndome caer en una larga y nauseabunda espiral, hacia la oscuridad. Lo último que vi fue a Kathryn, atrapada entre los cuatro brazos de un soldado. El era el doble de alto que ella, y al arrancarle el arma de los brazos dobló el cañón, pero ella se resistió bien. Sí, luchaba endemoniadamente bien. Después, ya no volví a ver nada más durante algún tiempo.

Después del anochecer, nos encerraron a todos, apiñados en una gabarra. Era como una escena procedente de algún infierno antiguo... La noche sobre nosotros, rodeándonos por todas partes, iluminada por los restos de unas casas ardiendo, como hornos incómodos, allá, en la oscuridad, y la larga fila de humanos, dando traspiés hacia el bote, con puntapiés y golpes recibidos por parte de los guardias, que les daban prisa.

No lejos de allí *ardía* una casa, elevando sus llamas rojas y amarillas, que se reflejaban sobre el metal de la nave, iluminando un rostro ojeroso situado entre las sombras, reflejándose en las lágrimas humanas y en los acerados ojos inhumanos. Las sombras se movían de un lado a otro, ocultándonos los unos a los otros, excepto cuando una ráfaga de aire avivaba el incendio. Después, sentimos una vaharada de calor y apartamos la vista de la miseria de cada cual.

No pude ver a Kathryn por ninguna parte. Me fui abriendo paso con los puños atados a la espalda, contenido de vez en cuando por el cañón de un arma, cuando alguna de las siniestras figuras se ponía impaciente. Pude escuchar los sollozos de las mujeres y los rugidos de los hombres en la oscuridad, ante mí, detrás de mí, a mi alrededor, mientras nos obligaban a penetrar en el bote.

-Jimmy. ¿Dónde estás, Jimmy?

-Lo mataron. Está allí, muerto, entre las ruinas.

-¡Oh, Dios! ¿Qué hemos hecho?

-Mi hijo. ¿Ha visto alguien a mi hijo? Tenía un hijo, y ellos se lo han llevado.

-Ayuda, ayuda..., socorro, socorro, socorro...

Librodot

Un juramento amargo, apenas murmurado, un grito, un sollozo, el estertor de una boqueada, en busca de aire, y siempre el lento arrastrar de los pies y los sollozos de las mujeres y de los niños.

Nosotros éramos los conquistados. Ellos habían destrozado nuestros ejércitos. Habían saqueado nuestras ciudades. Nos cazaron por las calles y las colinas y las grandes profundidades del espacio, y nosotros sólo podíamos gruñir y maldecir y confiar en que. los restos de nuestra armada pudieran conseguir un milagro. Pero es muy difícil que se produzcan los milagros.

Hasta el momento, la Liga Báldica sólo había ocupado los planetas exteriores. Los mundos internos se encontraban nominalmente bajo el gobierno de la Commonwealth, pero el gobierno estaba escondido, o no existía ya. Sólo fragmentos de la armada seguían luchando, sin autoridad, ni plan, ni esperanza, y la Tierra se había convertido en el feliz coto de caza de unos saqueadores y cazadores de esclavos. Supuse amargamente que los mundos externos no tardarían en emplear toda su fuerza, rompiendo las últimas resistencias e incorporando todo el sistema solar a su salvaje imperio. A partir de entonces, los únicos seres humanos libres serían los colonos extrasolares, y muchos de ellos también eran bárbaros y se habían aliado con la Liga Báldica en contra de su mundo madre.

Los cautivos fueron hacinados en los camarotes existentes en la gabarra, apretados los unos contra los otros, hasta que apenas si quedó espacio para permanecer de pie. Kathryn tampoco estaba en el camarote en el que me encontraba. Me dejé hundir en una total apatía.

Cuando todo el mundo estuvo a bordo, los puentes retemblaron bajo nuestros pies y la aceleración nos arrojó cruelmente los unos contra los otros. Bajo aquella enorme presión murieron varios humanos. Yo hice todo lo que pude para evitar que la masa me aplastara el pecho, pero, desde luego, todo aquello no preocupaba lo más mínimo a los gorzunis. Quedaban muchos más de nosotros en el lugar de donde veníamos.

La nave era una gabarra de transporte, anticuada y comida por el óxido, con la mitad de sus arcaicos artilugios rotos e inútiles. Aquellos báldicos no eran técnicos. Eran bárbaros que habían aprendido demasiado pronto a construir y manejar naves espaciales y armas de fuego, y un puñado de sus planetas, unidos por un genio militar, había emprendido la tarea de arrollar a la Commonwealth civilizada.

Sus conocimientos los solían aprender de una forma maquinal. He conocido a más de un «ingeniero» báldico que ofrecía sacrificios a su convertidor, y a muchos generales cuyas grandes decisiones dependían de los astrólogos y de los arúspices. Así, los humanos entrenados eran muy solicitados como esclavos. Siendo especialista en energía nuclear, podía considerar la perspectiva de un puesto medianamente decente, aunque, desde luego, siempre cabía la posibilidad de ser vendido a alguien capaz de desollarme, o de dejarme ciego o de destrozarme personalmente el corazón.

Los humanos que no estaban entrenados no tenían muchas posibilidades. Sólo eran máquinas de carne y sangre que hacían el trabajo para el que los bárbaros no tenían instrumentos automáticos, por lo que raramente sobrevivían a más de diez años de esclavitud. Las mujeres eran el comercio de lujo, y solían ser vendidas a elevados precios a los renegados y rebeldes humanos. Lancé un gemido ante este pensamiento y traté desesperadamente de convencerme a mí mismo de que los conocimientos técnicos de Kathryn la mantendrían en posesión de un ser no humano.

Fuimos llevados a una nave que se encontraba en órbita, justo por encima de la atmósfera. Las escotillas de la gabarra estaban cerradas, de modo que no pude echarle un vistazo desde el exterior, pero en cuanto entramos en ella me di cuenta de que se trataba de un gran transporte interestelar de la clase Thurnogan, utilizado primordialmente para transportar

Librodot

tropas al sistema solar y para regresar cargad; de esclavos, aunque estaba armada para la guerra Cuando se la manejaba adecuadamente, era una formidable nave de combate.

Había guardias apoyados en sus rifles, todos ellos de raza gorzuni, con sus arreos llevados de cualquier manera y sin que existiera ningún tipo de formalidades entre los oficiales y los hombres. La relajada disciplina de los ejércitos bárbaros había cegado a nuestros amables comandantes de punta en blanco, engañándoles en cuanto a su despiadado coraje y su puntería. Ahora, la delicada armada de la Commonwealth no era más que un puñado de hombres destrozados, perseguidos y desesperados, que los despiadados seres de los mundos exteriores estaban acosando a través de toda la galaxia.

Sin embargo, esta nave resultó ser peor de lo normal. Vi óxido y moho en las planchas de las que ya había desaparecido la pintura. Los fluorescentes eran débiles y en algunos lugares se habían quemado. Se notaba un latido repugnante en los generadores de gravedad. Las cabinas ya *hacía* tiempo que habían sido privadas de todo su equipo, volviendo a ser cubiertas con pieles, instrumentos robados de las casas, cacharros de cocinar y armas. Todos los gorzunis eran tan sucios y descuidados como su nave. Ganduleaban de un lado a otro, masticando trozos de carne, bebiendo, jugando a los dados y echando de Vez en cuando algún vistazo hacia nosotros.

Un bárbaro que hablaba algo de ánglico nos gritó, ordenándonos que nos desnudáramos. Aquellos que dudaban fueron golpeados hasta que los dientes les bailaron en las cabezas. Echamos las ropas en un montón y fuimos avanzando lentamente, pasando junto a una mesa, donde un gorzuni borracho y un humano muy sobrio llevaban a cabo la inspección médica.

El «médico» bárbaro nos dirigía la más superficial de las miradas. La mayor parte de nosotros pudimos pasar, con un gesto. Pero, de vez en cuando, miraba con mayor atención a alguien.

-Enfermo -gruñía-. Nunca sobrevivirá al viaje. Matadlo.

El hombre, o la mujer o niño, gritaban cuando uno de los soldados cogía una espada y le arrancaba la cabeza con un tajo experto.

El humano permanecía sentado ante la mesa, con una pierna bailándole sobre la otra y silbando suavemente. Una y otra vez, el gorzuni le miraba cuando tenía dudas sobre el estado físico de algún esclavo. Entonces, el humano le examinaba más de cerca. Normalmente, los dejaba pasar. Sólo destinó a la muerte a uno o dos.

A mí me dirigió una atenta mirada cuando pasé ante él. Tenía una estatura inferior a la media, era de fuerte constitución, moreno, de rostro pesado y nariz partida, pero sus ojos eran grandes, de un color azul-grisáceo; eran los ojos más fríos que he visto jamás en un ser humano. Llevaba puesta una camisa suelta de colores y unos pantalones: ropa cara, robada, probablemente de alguna villa terrestre.

-¡Inmundo bastardo! -murmuré. El hombre se encogió de hombros, indicándome el collar de hierro que llevaba alrededor de la garganta.

-Sólo trabajo aquí, teniente -dijo con suavidad. Debió de haberse dado cuenta de mi uniforme antes de que me lo quitara.

Más allá de la mesa, un gorzuni nos rociaba con una manguera, lavándonos para quitarnos la sangre y la suciedad. Después, fuimos llevados por los largos pasillos de la nave y conducidos a las celdas, a las que bajamos por escaleras de madera (al parecer, no funcionaban los ascensores). Allí, separaban a los hombres de las mujeres. Fuimos introducidos en compartimentos contiguos, enormes cavernas de metal llenas de ecos, con

literas adosadas a lo largo de las paredes, abrevaderos para comer y servicios sanitarios. Eso era todo lo que había.

El polvo formaba una gruesa capa sobre el suelo oxidado, y el aire era frío y tenía un hedor metálico. Después de que la puerta reforzada se cerró tras nosotros, debimos quedar allí unos quinientos hombres, agitándonos desamparadamente de un lado a otro.

Había ventanas entre las dos grandes celdas. Acudimos hacia ellas apresuradamente, gritando, empujándonos y enredándonos los unos con los otros, buscando la primera oportunidad para comprobar si aún vivían nuestras mujeres.

Yo era alto y fuerte. Me abrí paso a codazos a través de la gente, hasta alcanzar la ventana que se encontraba más cerca. Ya había allí un hombre, aplastado contra la pared por los cuerpos sudorosos que se apretujaban tras él, extendiendo las manos a través de los barrotes hacia las trescientas mujeres que, al otro lado, se agolpaban igualmente junto a las ventanas.

-¡Agnes! -gritó-. ¡Agnes! ¿Estás ahí? ¿Estás viva?

Le agarré por el hombro y le aparté de un empujón. *Se* volvió hacia mí, lanzando un juramento, y le di un puñetazo en la boca, obligándole a retirarse hacia los demás hombres que seguían empujando.

-¡Kathryn! -rugí.

Los ecos de las voces resonaban en las huecas cabinas de metal. Los gritos, las oraciones, las maldiciones y los sollozos de desesperación volvían a nosotros como ecos sardónicos hasta que nuestras cabezas temblaron con ellos.

-¡Kathryn! ¡Kathryn!

De algún modo, ella se las arregló para encontrarme. Se acercó a mí y el beso que me dio a través de aquellos barrotes hizo desaparecer por aquel breve instante la nave y la esclavitud y todo el mundo que me rodeaba.

-¡Oh, John! ¡John, John! ¡Estás vivo! ¡Estás aquí! ¡Oh, querido!

Y después, miró alrededor de la semioscuridad de metal y me dijo con rapidez, con urgencia:

-Tendremos un tumulto, John, si toda esta gente no se calma. Mira a ver qué puedes hacer tú con los hombres. Yo me encargaré de hablar con las mujeres.

Aquello era muy propio de Kathryn. Era el alma más valerosa que jamás caminó bajo los cielos de la Tierra, y tenía una mente que comprendía en un instante qué era lo que se tenía que hacer. Me pregunté entonces de qué serviría detener un pánico asesino. Quienes murieran asesinados, estarían mejor, ¿no? Pero Kathryn nunca se rendía, así es que yo tampoco pude hacerlo.

Nos volvimos, dirigiéndonos hacia las dos multitudes, y gritamos y aporreamos e intimidamos, y lentamente acudieron otros en nuestra ayuda, hasta que se logró una sollozante tranquilidad en el vientre de la nave de esclavos. Después, organizamos turnos ante las ventanas. Kathryn y yo nos apartamos de aquellas reuniones y de las personas que no encontraban a nadie. No es decente observar a un alma desnuda.

Las máquinas empezaron a zumbar. Emprendíamos el viaje hacia las heladas montañas de Gorzun. Ya no volveríamos a ver los cielos azules y la hierba verde, ni a sentir el limpio olor salino del océano, ni el rugido del viento sobre los altos árboles. Ahora, éramos esclavos y no podíamos hacer otra cosa que esperar.

Librodot

II

El tiempo no existía a bordo de la nave. Los pocos y débiles fluorescentes mantenían nuestra bodega en una incómoda luz penumbrosa. Los gorzunis nos daban de comer bazofia cuando se les ocurría a intervalos irregulares, y sólo escuchábamos la vibración de los motores y el suspiro asmático de lo; ventiladores. La gravedad, que era dos veces la normal, nos mantenía a todos demasiado agotado: como para hablar mucho. Pero creo que fue aproximadamente cuarenta y ocho horas después de abandonar la Tierra, cuando la nave ya había empezado a viajar en impulso secundario y estaba abandona do el sistema solar, cuando bajó a vernos el hombre con el collar de hierro.

Penetró en la bodega acompañado por una escolta de gorzunis armados y cautelosos, que mantuvieron a punto sus rifles. Todos levantamos la cabeza mirando con ojos sombríos la figura pequeña y poderosa. Su voz casi se perdió en la enorme vastedad de la bodega.

-Estoy aquí para clasificarles. Acérquense un a uno y díganme su nombre y entrenamiento, si e que tienen alguno. Les advierto que el castigo pe haber afirmado poseer un entrenamiento que no se posee, es la tortura, y que serán probados si hacen tales afirmaciones.

Caminamos, arrastrando los pies. Un gorzuni, el médico borracho, tenía un juego de agujas de tatuar y grababa un número en la palma de la mano de cada hombre. Este número era anotado por el humano, junto con el nombre, la edad y la profesión. Quienes no poseían conocimientos técnicos, que eran la gran mayoría, eran apartados brutalmente. Los cincuenta hombres, aproximadamente, que aseguraron poseer una valiosa educación fueron reunidos en un rincón.

La aguja quemó la palma de mi mano y contuve la respiración, apretando los dientes. La voz impersonal sonó apagada junto a mis oídos:

-¿Nombre?

-John Henry Reeves, veinticinco años, teniente en la marina de la Commonwealth e ingeniero nuclear antes de las guerras.

Espeté las respuestas de golpe, con un duro tono de voz y un sabor amargo en mi boca. El sabor de la derrota.

-Hum...

Me di cuenta entonces de que los fríos ojos pálidos descansaban sobre mí, mirándome con una extraña expresión. De repente, los gruesos labios de] hombre se contorsionaron en una sonrisa. Fue una sonrisa extrañamente encantadora, que dio a todo su rostro un fugaz brillo de alegría.

-¡Oh, sí! Ya le recuerdo, teniente Reeves. Creo que fue usted quien me llamó inmundo bastardo

-Lo hice -gruñí.

Mi mano me palpitaba y de ella se despedía un olor nauseabundo. Estaba sin lavar y desnudo y sentía náuseas ante mi propio desamparo.

-Puede que tenga razón -dijo, asintiendo- Pero necesito urgentemente un par de ayudantes Esta nave es un viejo cascarón. Puede que nunca consiga llegar a Gorzun si no hay alguien capaz de cuidar los motores. ¿Quiere ayudarme?

-No -contesté.

Librodot

-Sea razonable. Si se niega, lo único que conseguirá es que le encierren en la bodega especial, donde mantenemos a los esclavos con conocimientos especiales. Será un viaje muy largo y la monotonía hará mucho más por quebrar su espíritu que cualquier número de azotes. Como ayudante mío, dispondrá de alojamientos adecuados y de una oportunidad para ir de un lado a otro y mover sus manos.

Permanecí de pie, pensando en silencio. -¿Dijo usted que necesitaba dos ayudantes? -pregunté al fin.

-Sí. Dos que puedan hacer algo con esta ruina de nave.

-Seré uno de ellos -le dije-, si puedo nombrar al otro, -Nostalgia de lo que no tiene, ¿verdad? -preguntó, frunciendo el ceño.

-O lo toma, o lo deja -le dije, encogiéndome de hombros-. Pero esa persona es un técnico endemoniadamente bueno.

-Bien, dígame su nombre y ya veremos. -Se trata de mi prometida, Kathryn O'Donnell.

-No -dijo, sacudiendo su cabeza de rizos negros-. Nada de mujeres.

-Entonces, tampoco habrá ningún hombre -y sonreí sin alegría.

La cólera inflamó el frío de sus ojos.

-No puedo tener a mi lado a ninguna mujer que represente un estorbo.

-Ella llevará su propio peso, y más si es necesario. Estaba de servicio en mi propia nave y luchó allí mismo, junto a mí, hasta el final.

El enojo de su rostro desapareció sin dejar la menor huella. Ya no había ninguna expresión rígida en el rostro fuerte, feo, de un color oliváceo, que levantó la mirada hacia mí. Su voz sonó monótona.

-¿Y por qué no me ha dicho eso antes? Está bien entonces, teniente. ¡Pero que los dioses les ayuden si no son ambos como ha dicho!

Resultaba difícil de creer, por lo de las ropas..., la diferencia que representaban, después de haber sido un animal más, acorralado y desnudo. Y una comida de carne y café, aunque mal preparada, tomada gratuitamente en la cocina, después de la comida de los soldados, agitó las venas y los cuerpos que ya se habían ido acostumbrando a la bazofia propia de un cerdo.

Me di cuenta crudamente de que el hombre con el collar de hierro tenía razón. No muchos humanos habrían podido permanecer libres de alma durante aquel largo viaje hacia Gorzun. Si a ello se añadía el eterno agotamiento producido por el peso doble, la fría y severa oscuridad del planeta al que nos dirigíamos, el más extremo alejamiento del hogar, el más desesperado de los desamparos y quizá una caricia del látigo y del hierro candente, los hombres no tardaban en convertirse en animales domesticados, que trotaban dócilmente tras sus dueños.

-¿Desde cuándo es usted un esclavo? -le pregunté a nuestro nuevo jefe.

Caminaba a nuestro lado tan arrogantemente como si la nave fuera suya. No era, desde luego, un hombre alto, pues hasta Kathryn le sobrepasaba quizá en cinco centímetros, y su cabeza de cráneo redondeado apenas si llegaba a mis hombros. Pero tenía unos gruesos y poderosos brazos musculosos, un pecho de gorila y la gravedad no parecía molestarle lo más mínimo.

Librodot

-Llevo así desde hace cuatro años -contestó-. Y a propósito, mi nombre es Manuel Argos, y creo que será mejor que nos tuteemos a partir de ahora mismo.

Un par de gorzunis se acercaron, caminando majestuosamente por el pasillo, haciendo sonar e] metal. Nos hicimos a un lado para permitir el paso de los gigantes, pero no aprecié nada de servil en la actitud de Manuel. Sus extraños ojos les siguieron especulativamente.

Teníamos una cabina cerca de la popa, un diminuto cubículo con cuatro literas, pelado y vacío, pero su escrupulosa limpieza fue como una brisa del hogar después de haber pasado por la inmundicia de la bodega. Sin decir una sola palabra, Manuel cogió una de las estropeadas mantas y la colgó a través de una cama, a modo de cortina.

-Es la mejor sensación de intimidad que puedo ofrecerte, Kathryn -dijo.

-Gracias -musitó ella.

Se sentó sobre su propia litera y levantó la mira da hacia nosotros. Mi estatura le sobrepasaba el mucho, y era como un gigante rubio contra su figura casi cuadrada. Mi familia había sido antigua, poseedora de una gran cultura y riqueza antes de la: guerras, y él me parecía el típico producto anónimo de cientos de barrios bajos y puertos espaciales Pero desde el principio, no cupo la menor duda entre nosotros de quién era el jefe.

-Esta es la historia -dijo, con sus actitudes bruscas-. A pesar de no haber tenido una educación formal, conocía lo suficiente sobre ingeniería práctica como para conseguirme un amo bastante decente, en cuyas factorías aprendí más. Hace dos año: me vendió al capitán de esta nave. Conseguí desembarazarme del denominado ingeniero jefe que tenían entonces. No me fue difícil provocar una pelea a muerte entre él y un subordinado celoso. Pero su sucesor es un holgazán borracho que ha salido de lo: bosques hace apenas una generación.

»De hecho, soy el ingeniero de esta nave. También me las he arreglado para aficionar a mi amo, el capitán Venjain, a la marihuana. Afecta a los gorzuni; mucho más que a los humanos, y ahora ya se ha convertido en un adicto sin esperanza alguna. A eso se debe, en parte, la condición en que se encuentre esta nave y la relajación existente entre la tripulación. Un liderazgo y una organización pobres. Eso es una perogrullada.

Me quedé mirándole fijamente, sintiendo un repentino escalofrío a lo largo de la espalda. Pero fui Kathryn quien susurró la pregunta:

-¿Por qué?

-Estoy esperando mi oportunidad -espetó- Soy el único que he convertido en verdadera basura los motores y el equipo. Les digo que todo está viejo y que está mal construido. Ellos piensan que sólo mi trabajo constante mantiene la nave en funcionamiento, pero si me interesara podría hacerla zumbar de veras en el término de una semana. No puedo esperar mucho más. Tarde o temprano, alguien le va a echar un vistazo a toda esa maquinaria y les va a decir que ha sido deliberadamente desordenada. Así es que he estado esperando la llegada de un par de ayudantes con conocimientos técnicos y con voluntad de lucha. Espero que vosotros dos encajéis bien. Si no es así... -se encogió de hombros-, adelante, decídmelo ahora mismo. Eso no conseguirá vuestra libertad. Pero si queréis arriesgar unas vidas que no llevarán una existencia muy agradable ni muy larga en Gorzun, ¡me podéis ayudar a apoderarme de la nave!

Permanecí un buen rato mirándole fijamente. Resultaba extraña la forma en que nos había tomado la medida con una simple mirada y unas palabras. Sin duda alguna,

Librodot

las perspectivas eran espantosas. Pude sentir el sudor en mi rostro. Mis manos, en cambio, estaban frías. Pero le seguiría. ¡Por Dios que le seguiría!

Sin embargo...

-¿Sólo tres de nosotros? -pregunté-. ¿Tres de nosotros contra un par de cientos de soldados?

-Habrá muchos más de nuestra parte -dijo, impasiblemente, para seguir diciendo, al cabo de un momento de silencio-: Naturalmente, tendremos que tener mucho cuidado. Sólo hay dos o tres de ellos que conocen el ánglico. Os los señalaré. Y, desde luego, nuestro trabajo está siempre vigilado. Pero los vigilantes son unos ignorantes. Creo que tenéis cerebro suficiente para engañarles.

-Yo... -Kathryn se detuvo, buscando las palabras-. No lo puedo creer -dijo al fin-. Una nave en estas condiciones...

-Las cosas eran mucho mejor bajo los antiguos conquistadores báldicos -admitió Manuel-. Los reyes que fraguaron la Liga a partir de cien planetas que aún se encontraban en la noche salvaje, bárbaros que aprendieron a construir naves espaciales y a lanzar bombas atómicas contra los hombres y poco más. Pero sólo alcanzaron el éxito porque no hubo una verdadera oposición. La sociedad de la Commonwealth 3'a estaba deshecha, corrompida, destrozada por las guerras civiles; sus líderes se habían convertido en una burocracia petrificada, y sus fuerzas militares se encontraban diseminadas' sobre mil planetas inquietos; sus gentes estaban más dispuestas a comprar la paz que a luchar. No es nada extraño que la Liga lo arrollara todo.

»Pero después del primer saqueo de la Tierra, hace ahora quince años, los bárbaros se dividieron. Sus poderosos primeros dirigentes estaban muertos y sus hijos lucharon entre sí por apoderarse de una herencia que no sabían cómo gobernar. La Liga se dividió en dos regiones hostiles y en no sé cuántos grupos partidistas. Su antigua organización se ha ido al infierno.

»El sistema solar no se recuperó a tiempo. Todavía se encontraba bajo el decadente gobierno de la Commonwealth. Así es que ahora una rama de los báldicos se las ha arreglado para conquistar nuestros grandes planetas. Pero el hecho de que se hayan contentado con llevar a cabo raids y saquear los mundos interiores, en lugar de ocuparlos y administrarlos decentemente, demuestra la decadencia de su propia sociedad. Si disponemos de un líder adecuado, todavía conseguiremos arrojarles del sistema solar y pasar después a destrozar sus propios territorios. Sólo que el liderazgo no ha aparecido aún por ninguna parte.

Fue una exposición dura, algo colérica, y yo parpadeé y sentí resentimiento en mi interior.

-¡Maldita sea! ¡Hemos luchado! -exclamé.

-Sí, y también hemos sido rechazados y dispersados. -Su pesada boca se elevó en una mueca irónica-. Y eso ha sucedido porque no ha habido un jefe que fuera capaz de comprender la estrategia y la organización, y que pudiera hacer vibrar el corazón de sus hombres.

-Supongo que serás tú ese hombre -dije, bastante sarcásticamente.

Su contestación fue sencilla, serena y extraordinariamente segura:

-Sí.

Durante los días que siguieron fui conociendo más cosas sobre Manuel Argos. Nunca parecía estar dispuesto a hablar de sí mismo.

Supongo que su raza era originalmente mediterráneo-anatolia, con más de un cruce con negros y orientales, pero creo también que tuvo que haber algún antepasado nórdico olvidado, aunque sólo fuera para explicar aquellos helados ojos azules. Era una mezcla de toda la humanidad, como, por otra parte., no era nada raro ver en estos tiempos.

Su madre había estado trabajando en Venus. Su padre, aunque ni él mismo estaba seguro, había sido un explorador del espacio que murió joven y nunca conoció a su hijo. Cuando tenía trece años, se marchó a Sirio y no había regresado al sistema solar desde entonces. Ahora, a los cuarenta años, había sido hombre espacial, minero, capataz de muelle, soldado tanto en las guerras civiles como en las guerras contra los báldicos, político en pequeños momentos en los planetas colonizados, cazador, maquinista y toda una serie de otras cosas algo oscuras.

Durante algún tiempo de aquella sorprendente carrera, había encontrado el espacio suficiente para hacer una enorme cantidad de lecturas, pero siempre confiaba mucho más en sus propios sentidos y razón e intuición que en los libros. Había sido capturado hacía cuatro años en una incursión gorzuni sobre Alfa Centauro, y desde entonces se había puesto a estudiar a sus aprehensores con la misma sangre fría con que había estudiado a los de su propia raza.

Sí, aprendí muchas cosas sobre él, pero nada de él. Creo que nunca hubo una sola criatura viviente que supiera cosas de él. No era una de esas personas predispuestas a abrir su corazón. Se pasaba los días envuelto en la soledad y en los sueños. Nadie estará seguro nunca de si la frialdad de su actitud penetraba en su alma y la rara actitud cálida que mostraba no era más que una máscara, o si su carácter era realmente tierno y se encubría bajo la armadura de la indiferencia. Y él convertía esa incertidumbre en un arma. Nadie sabía jamás lo que se podía esperar de él, por ¡o que siempre se sentía tenso en su presencia, abierto siempre a su voluntad.

-Es una persona muy extraña -dijo Kathryn en una ocasión, cuando nos encontrábamos solos-. Todavía no he podido decidir si se trata de un loco o de un genio.

-Probablemente sea ambas cosas, querida -sugerí, un poco irritado.

No me gustaba ser dominado.

-Quizá. Pero entonces, ¿qué es la cordura? -se estremeció y se acercó más a mí-. No quiero hablar de eso.

La nave continuó su camino a través de las estrellas, aislada en años-luz de vacío, con su carga de odio y temor y miseria y sueños. Nosotros trabajamos y esperamos, y los días pasaron lentos.

Se tenía que fijar el funcionamiento de los viejos motores. Se tenía que representar algún espectáculo para los gigantes de pelo gris, que nos observaban en la parpadeante oscuridad de las salas de energía. Arreglamos la instalación eléctrica, soldamos y sujetamos con tornillos, comprobamos y deshicimos para volver a rehacer, sofocándonos en el calor de las explosiones de átomos que surgían de los escudos antirradiación, ensordecidos por el zumbido de los generadores y por el ruido sordo de las turbinas mal ajustadas y por la desigual monotonía de los grandes convertidores. Ajustamos el sabotaje de Manuel, hasta que la nave se deslizó casi con suavidad. Más tarde, y con algún pretexto, volveríamos a manejarla a nuestro gusto.

Librodot

-Es como la tela de Penélope -dijo Manuel.

Y yo me asombré de que una trampa espacial pudiera hacerse siguiendo aquella alusión clásica.

-¿A qué estamos esperando? -le pregunté una vez, cuando el zumbido del generador que estábamos revisando sofocó nuestras palabras-. ¿Cuándo empezamos nuestro motín?

El me miró. La luz de su lámpara de averías hacía brillar el sudor de su rostro feo, marcado por la viruela.

-En el momento adecuado -contestó fríamente-. Será cuando el capitán tome su próxima dosis.

Mientras tanto, dos de los esclavos habían intentado llevar adelante una revuelta propia. Cuando uno de los imprudentes guardias se acercó demasiado a la puerta de la bodega de los hombres, uno de ellos extendió la mano a través de los barrotes, consiguió sacarle el arma de la funda y disparó contra él. Después, intentó hacer saltar por los aires la cerradura. Cuando los gorzunis bajaron para gasearle, su compañero les resistió con uñas y dientes, hasta que ambos rebeldes fueron dejados fuera de combate. Los dos fueron despellejados vivos en presencia de los demás cautivos.

Kathryn no pudo evitar ponerse a llorar cuando regresamos a nuestra cabina. Ocultó su rostro contra mi pecho y lloró hasta que llegó un momento en que me pareció que no dejaría de llorar nunca. Mientras tanto, yo la apretaba contra mí y le decía las tonterías que se me ocurrían.

-Se lo han merecido -dijo Manuel; había desprecio en su voz-. ¡Por tontos! ¡Por ciegos y estúpidos tontos! Por lo menos podrían haber retenido al guardia como rehén y tratar de negociar después. Pero no, tenían que comportarse como héroes. Tenían que matarle. Ahora, el ejemplo ha asustado a todos los demás. Esos hombres se merecían que los despellejaran, como han hecho.

Al cabo de un momento, añadió pensativamente: -Sin embargo, si la emoción de temor despertada en los esclavos puede ser convertida en odio, hasta resultaría útil. Esta conmoción, al menos, les ha obligado a salir de su apatía.

-Eres un bastardo sin corazón -le dije, sin emoción.

-Tengo que serlo después de ver que todo el mundo prefiere comportarse como un ser sin cerebro. No son éstos buenos tiempos para las personas tiernas. Estamos en una época de disolución y de caos, como ha ocurrido tan a menudo en la historia, y sólo una persona que primero acepte las realidades de la situación puede confiar en hacer algo por ellos. No vivimos en un cosmos donde la perfección sea posible o incluso deseable. Tenemos que establecer nuestros compromisos, y dirigirnos hacia los objetivos que tenemos alguna posibilidad de alcanzar. -Después, dirigiéndose a Kathryn, añadió incisivamente-: Y ahora, deja de lloriquear. Tengo que pensar.

Ella le lanzó una mirada nublada por las lágrimas, con los ojos muy abiertos.

-Eso te da un aspecto endiablado -dijo él, sonriendo con una mueca-. La nariz enrojecida, la cara hinchada, un mal caso de hipo. No hay nada bonito en llorar.

Kathryn respiró con un temblor y la cólera apareció en sus mejillas. Tragándose los. sollozos, se apartó de mí y le volvió la espalda.

-Pero he conseguido que dejara de llorar -me murmuró Manuel, con una traviesa expresión.

Librodot

III

Los días, interminables y sin significado alguno, terminaron por introducirnos en un espacio sin tiempo en el que a veces me preguntaba si aquella nave no sería el Buque Fantasma, condenada a viajar para siempre con una tripulación de demonios y con los condenados. No tenía el menor sentido tratar de darle prisas a Manuel. Abandoné esa pretensión y me dejé llevar hacia la rutina del trabajo y la espera. Ahora creo que una parte de ese retraso fue concebido a propósito; que lo que él pretendía era acabar con las últimas esperanzas de los esclavos y dejar en ellos una única ansia de venganza. De ese modo lucharían mejor.

No había muchas oportunidades de quedarme solo con Kathryn. Un beso fugaz, una palabra murmurada en la semioscuridad de la sala de máquinas, los ojos y las manos encontrándose ligeramente a través de una máquina oxidada y grasienta. Eso era todo. Cuando regresábamos a nuestra cabina, solíamos sentirnos demasiado cansados para hacer otra cosa que no fuera dormir.

En cierta ocasión, me di cuenta de que Manuel había intercambiado unas pocas palabras en la bodega de los esclavos con el alférez Hokusai, que había sido capturado junto con nosotros. Alguien tenía que dirigir a los humanos, y Hokusai era el mejor hombre para hacer ese trabajo. Pero ¿cómo lo había sabido Manuel? Formaba parte de su genio para comprender.

El final llegó de una forma repentina. Manuel me sacudió hasta despertarme. Parpadeé cansadamente ante las odiadas paredes que me rodeaban, sintiendo la palpitación irregular del campo de gravedad, que volvía a funcionar mal. Más trabajo para nosotros.

-Está bien, está bien -gruñí-. Ya voy. Cuando Manuel apartó la cortina de la litera de Kathryn y la despertó, yo protesté.

-Déjala descansar. Nosotros solos lo podemos hacer.

-¡Ahora, no! -contestó, mientras los dientes blancos brillaban en la oscuridad de su rostro-. El capitán se ha marchado al reino de la nada. Oí a dos gorzunis hablar sobre ello.

Aquello me despertó del todo, y me hizo sentir un escalofrío a lo largo de la espalda.

-¿Ahora...?

-Tómatelo con calma -advirtió Manuel-. Disponemos de mucho tiempo.

Nos vestimos y bajamos por los largos pasillos. La nave estaba en silencio. Bajo el pesado retumbar de los motores, sólo se escuchaba el susurro de nuestro calzado y el duro rasgueo de la respiración en mis pulmones. Kathryn estaba pálida y sus ojos *se* abrían enormemente en la semioscuridad. Pero no buscó refugio a mi lado. Ando entre los dos y percibí en ella una actitud distanciada que no pude comprender del todo. De vez en cuando, pasábamos junto a un soldado gorzuni errante, que seguía su camino, y nosotros nos hacíamos a un lado, como hacían los esclavos. Pero pude observar la amarga expresión de triunfo en los ojos de Manuel cuando observaba a los titanes por la espalda.

Entramos en las salas de energía, donde las máquinas zumbaban bajo una apagada y parpadeante luz roja. Y allí, como dioses paganos, había tres gorzunis, armados, que nos miraron. Uno de ellos trató de cortar el paso a Manuel. Pero éste no le hizo el menor caso

y se inclinó sobre el generador de gravedad, haciéndome señales para que le ayudara a levantar la tapa.

Pude ver que había un cortocircuito en una de las bobinas de campo; eso inducía un campo de corriente armónica que imponía una cierta agitación en la corriente de distorsión espacial. Podríamos haberlo ajustado en un momento. Pero Manuel se rascó la cabeza y se volvió a mirar a los ignorantes gigantes que se inclinaban por encima de nuestros hombros. Empezó a seguir las conexiones con los dedos, con una elaborada complicación.

-Nos abriremos paso hasta el convertidor atómico auxiliar -me dijo-. Lo he preparado para que haga lo que quiero.

Sabía que los gorzunis no podían comprendernos y que las expresiones humanas no tenían ningún significado para ellos, pero un temblor incontrolado recorrió todos mis nervios.

Fuimos aparentando que hacíamos cosas, hasta que llegamos al motor que era la fuente de energía de la maquinaria interna de la nave. Manuel introdujo un osciloscopio y estudió las señales como si éstas significaran algo.

-¡Aja! -exclamó.

Desenroscamos los tornillos del escudo de antirradiación, dejando al descubierto la válvula de salida. Sabía que la luz roja procedente de ella era inofensiva, que los deflectores cortaban la mayor parte de la radiactividad, pero no pude evitar encogerme ante ella. Cuando un convertidor se limpia a través de una válvula, se suele llevar traje protector.

Manuel se dirigió hacia un banco de trabajo y cogió un artilugio que él mismo se había hecho. Yo sabía que no tenía la menor utilidad para las reparaciones, pero él aparentaba utilizarlo como una herramienta, habiéndolo hecho ya en otras ocasiones. Se trataba de una tubería flexible, forrada de plomo, de una bomba magnetrónica, a la que había añadido una gran cantidad de medidores y conmutadores para producir mayor efecto.

-Échame una mano, John -me dijo con tranquilidad.

Fijamos la bomba sobre la válvula de salida y sujetamos los dos o tres controles que realmente significaban algo. Escuché a Kathryn boquear detrás de mí, y al darme cuenta repentinamente de lo que pretendía se me quedaron las manos como paralizadas. Ni siquiera había una junta.

Uno de los ingenieros gorzunis se dirigió hacia nosotros, haciéndonos una pregunta en su duro lenguaje, con sus compañeros detrás de él. Manuel contestó rápidamente, sin apartar la mirada de los colgantes metros de tubería.

Se volvió hacia mí y observé la risa oscura en sus ojos.

-Les he dicho que el convertidor se ha estropeado debido a una salida de productos de desecho -dijo en ánglico-. De hecho, así está toda la nave.

Cogió la tubería con una mano mientras descansaba la otra sobre un conmutador que había en el motor.

-No mires, Kathryn -dijo monótonamente.

Después, apretó el conmutador.

Escuché el sonido metálico de los deflectores. Manuel había puesto fuera de circuito los controles automáticos de seguridad que mantenían los deflectores hacia arriba cuando estaban explotando los átomos. Me coloqué una mano delante de los ojos y me agaché.

La llamarada que surgió hacia adelante fue como un trozo de sol, que se canalizó por el tubo y atravesó la sala. Sentí cómo se me arrugaba la piel de la incandescencia y escuché

el rugido del aire partido. En menos de un segundo, Manuel había vuelto a colocar los deflectores en su lugar, pero su improvisada explosión había destrozado las cabezas ^de los tres gorzunis y fundido la pared del fondo. Cuando volví a mirar, el metal brillaba, con un color blanco y los fuertes estruendos resonaban en mis huesos, haciéndolos temblar, hasta que todo mi cráneo pareció quedar lleno de ellos.

Apartando el tubo, Manuel se dirigió hacia los gigantes muertos y sacó las armas de sus fundas.

-Una para cada uno de nosotros -dijo.

Después, volviéndose a Kathryn, añadió:

-Ponte un traje de protección y espera aquí. La radiactividad es mala, pero no creo que sea nociva durante el tiempo que necesitamos. Dispara contra todo aquel que pretenda entrar.

-Yo... -su voz sonó débil bajo los estruendos y los ecos-. Yo no quiero ocultarme...

-¡Maldita sea! Serás nuestro guardia de seguridad. No podemos permitir que esos monstruos vuelvan a capturar la sala de máquinas. Y ahora, ¡gravedad cero!

Y Manuel apagó el generador.

La caída libre me llenó de una terrible náusea. Luché contra mi estómago rebelado y me agarré a un lugar para bajar hacia el puente. Bajar, no. Ahora no existía ni arriba ni abajo. Estábamos flotando libremente. Manuel había anulado la ventaja de gravedad de los gorzunis.

-Muy bien, John, ¡vámonos! -me espetó.

Sólo tuve tiempo de apretar la mano de Kathryn. Después, nos abrimos paso a empujones hacia la puerta y más allá del pasillo. Menos mal que la marina de la Commonwealth había dado al menos entrenamiento a su personal para actuar en situaciones de gravedad cero. Pero me pregunté cuántos de los esclavos se las sabrían arreglar por sí mismos.

Toda la nave rugía a nuestro alrededor. Dos gorzunis salieron de una cabina lateral, con las armas en la mano. Manuel los quemó en cuanto aparecieron, recogió sus armas y saltó hacia las bodegas de esclavos.

Las luces se apagaron. Me quedé flotando en una densa oscuridad. ¿Tendríamos que enfrentarnos así con la rabia del enemigo?

-¿Qué diablos...? -murmuré.

-Kathryn sabe muy bien lo que debe hacer -me llegó la respuesta de Manuel desde la oscuridad-. Se lo dije hace unos pocos días.

En aquel momento, no tuve tiempo para darme cuenta del vacío que se produjo dentro de mí al saber que ellos dos habían estado hablando a espaldas mías. Pero había demasiadas cosas que hacer. Los gorzunis estaban disparando a ciegas. Los rayos explosivos estallaban lívidamente por las salas. El motín se estaba desatando. En dos ocasiones, un fogonazo de luz crepitó a pocos centímetros de mí. Manuel devolvía el fuego, disparando contra los gigantes aislados, matándolos y recogiendo sus armas. Protegidos por la oscuridad, buscamos a tientas el camino hacia las bodegas de esclavos.

Allí no había guardias. Cuando Manuel empezó a fundir las cerraduras con chorro de bajo poder energético, pude ver débilmente la confusión de los cuerpos desnudos que flotaban libremente, agitándose y gritando en la amplia penumbra. Era como una escena del

infierno. La caída de los ángeles rebeldes. El hombre, hijo de Dios, se había abalanzado sobre las estrellas, siendo condenado por ello al infierno.

¡Y ahora estaba a punto de explotar!

El ansioso rostro aplanado de Hokusai estaba apretado contra los barrotes.

-Sacadnos de aquí -rugió fieramente.

-¿En cuántos puedes confiar? -preguntó Manuel.

-Aproximadamente en cien. Se mantienen serenos. ¿Los ves allí, esperando? Y quizá unas cincuenta mujeres.

-Muy bien. Trae a tus seguidores. Deja que los demás se amotinen durante un rato. No podemos hacer nada por ayudarles.

Los hombres salieron, hoscos y silenciosos, permaneciendo allí mientras yo abría la bodega de las mujeres. Manuel fue repartiendo las pocas armas de que disponíamos. Su voz se elevó en la oscuridad.

-Muy bien. Nos hemos apoderado ya de la sala de máquinas. Quiero que seis de vosotros, con armas, acudáis allí ahora mismo para ayudar a Kathryn O'Donnell a defenderla. En caso contrario, los gorzunis volverán a capturarla. El resto de nosotros iremos hacia el arsenal.

-¿Qué hay del puente? -pregunté.

-Se mantendrá. Ahora mismo, los gorzunis son presas del pánico. Es parte de su naturaleza. Son peores que los humanos cuando se producen estampidas masivas. Pero eso no durará mucho y nosotros tenemos que aprovechar la ventaja. ¡Vamos!

Hokusai condujo el pequeño grupo hacia la sala de máquinas -su entrenamiento naval le indicaría dónde se encontraba ésta-, y yo seguí a Manuel, dirigiendo a los demás. Sólo nos quedaban tres o cuatro armas, pero ahora, al menos, sabíamos adonde íbamos. Y, además, unos pocos humanos esperaban vivir y no les preocupaba otra cosa, excepto matar gorzunis. Manuel lo había programado todo correctamente.

Avanzamos a tientas a través de una lívida oscuridad, intercambiando disparos con soldados que deambulaban por la nave, disparando contra todo lo que se movía. Perdimos algunos hombres, pero conseguimos más armas. De vez en cuando, encontrábamos gorzunis muertos, asesinados durante el motín, e incluso destrozados. Nos detuvimos un momento para liberar a los técnicos de su celda especial y después nos dirigimos violentamente hacia el arsenal.

Todos los gorzunis tenían armas privadas, pero el arsenal de la nave no era pequeño. Un grupo de centinelas permanecían ante la puerta, defendiéndola contra todo el que se acercara. Disponían de un escudo portátil individual contra los chorros de energía. Vi cómo nuestros disparos se estrellaban contra los escudos y cómo los hombres morían cuando los gorzunis respondieron al fuego.

-Necesitamos lanzar una carga directa para atraer su atención, mientras unos cuantos de nosotros, aprovechando la gravedad cero, se lanzan hacia «arriba», y después les atacan desde allí -dijo la fría voz de Manuel, que era clara incluso en aquella penumbra-. John, dirige el ataque principal.

-¡Ni hablar! -espeté.

Sería un asesinato. Seríamos barridos como un leñador corta los árboles pequeños. Y Kathryn me estaba esperando... Pero después, me tragué la rabia y el temor y lancé un grito hacia los hombres. No soy ni más ni menos valiente que cualquier otro, pero en una batalla

Librodot

se produce una cierta exaltación, y Manuel la estaba utilizando calculadamente, como hacía con todo.

Nos lanzamos contra ellos, en una verdadera barrera de carne; un muro que ellos destrozaron, obligándonos a retroceder en fragmentos sueltos. Sólo fue un instante de llamaradas y estruendos e inmediatamente después el ataque volador de Manuel se *lanzó sobre los defensores, barriéndolos por completo. Ya había pasado todo. Me di cuenta vagamente de que tenía un trozo de pierna quemado. No me dolía en aquel momento y quedé asombrado por el pequeño milagro que me había mantenido vivo.

Manuel fundió la puerta y el resto de nosotros se abalanzó hacia el interior, lanzándonos sobre las estanterías donde estaban las armas con una terrible fiereza. Antes de que las tuviéramos todas cargadas apareció un destacamento de gorzunis que cargó contra nosotros, pero los rechazamos.

También se producían fogonazos de luz. Teníamos iluminación en la hirviente oscuridad. El rostro de Manuel surgió de aquella noche dando sus órdenes, rápidas y crispadas. Un rostro petrificado, pesado, poderoso y feo, pero los hombres saltaban ante sus órdenes. Se formó un destacamento con la misión de regresar a las bodegas de esclavos y entregar armas a los otros humanos y traerlos hacia donde nos encontrábamos.

También se enviaron refuerzos a la sala de máquinas. Se montaron y se cargaron morteros y pequeños cañones antigravitatorios. Los gorzunis también se estaban serenando. Alguien se había hecho cargo de la situación y los estaba dirigiendo. Se preparaba una verdadera batalla.

¡Y la tuvimos!

No recuerdo mucho de todas aquellas horas de encarnizada lucha. Perdimos muchos hombres, a pesar de disponer de un armamento superior. Pero unos trescientos humanos sobrevivieron a la batalla, aunque muchos de ellos quedaron malheridos. Pero nos apoderamos de la nave. Fuimos cazando a los gorzunis hasta el último y quemamos a quienes trataron de rendirse. No había ninguna piedad en nosotros. Los gorzunis nos habían mordido, y ahora tenían que enfrentarse al monstruo que ellos mismos crearon. Cuando se volvieron a encender las luces, trescientos agotados humanos seguían viviendo y se habían apoderado de la nave.

IV

Se convocó una conferencia en la sala más grande que pudimos encontrar. Todo el mundo estaba allí, recogido en sudoroso silencio y mirando fijamente al hombre que les había liberado. Teóricamente, fue una asamblea democrática, convocada para decidir nuestro próximo movimiento. Pero, en realidad, fue Manuel Argos quien dio las órdenes.

-Lo primero, desde luego -dijo con una voz suave que, de algún modo, llegaba hasta los últimos rincones de la cámara-, es llevar a cabo las reparaciones necesarias, tanto de los desperfectos ocasionados por la batalla como de la maquinaria deliberadamente estropeada. Supongo que eso nos costará una semana, pero entonces podremos disponer de una nave excelente. Para entonces, todos vosotros os habréis convertido en una verdadera tripulación. El teniente Reeves y el alférez Hokusai os darán instrucciones de combate. Todavía no hemos terminado toda la lucha.

-¿Queréis decir...? -dijo un hombre, levantándose entre la multitud-. ¿Queréis decir que nos encontraremos con oposición en nuestro regreso al Sol? Supongo que podríamos

Librodot

deslizamos furtivamente hacia el sistema solar. Un planeta es algo demasiado grande para ser bloqueado, aun cuando los báldicos se preocuparan de intentarlo.

-Lo que quiero decir -dijo Manuel, con serenidad- es que nos dirigimos hacia Gorzun.

Aquello habría significado un nuevo motín si la gente no hubiera estado tan agotada. Pero tal y como estaba todo el mundo, el murmullo que recorrió la asamblea fue de muy mal agüero.

-Mirad -dijo Manuel, pacientemente-, cuando lleguemos allí tendremos en nuestro poder una nave de combate de primera clase. El enemigo no tiene nada parecido. Además, seremos una nave a la que se espera, una de las suyas, y en ningún caso esperan ellos un *raid* sobre su propio planeta hogar. Es una excelente oportunidad para lanzarles un buen golpe. Los gorzunis no dan un nombre a sus naves, así es que propongo bautizar la nuestra con el nombre de *Venganza.*

Era una oratoria clara. Su voz sonaba como un órgano. Sus palabras fueron las de un ángel colérico. Argumentó y rogó, intimidó y amenazó, y, finalmente, hizo sonar las trompetas para todos nosotros. Al final, todos se levantaron y le aclamaron. Hasta mi propio corazón se sintió elevado, mientras que los ojos de Kathryn aparecían muy abiertos y brillantes. Era un hombre frío, duro e imperioso, pero nos hizo sentirnos orgullosos de ser humanos.

Finalmente, se tomó el acuerdo, y la nave solar *Venganza* -capitán Manuel Argos, primer oficial John Henry Reeves-, reanudó su viaje hacia Gorzun.

Durante los días y semanas que siguieron, Manuel habló mucho de sus planes. Un *raid* devastador contra Gorzun conmocionaría la confianza de los bárbaros y haría que la mayor parte de las naves que se encontraban en los mundos exteriores regresaran apresuradamente para defender al mundo madre. Probablemente, la otra parte rival de la Liga Báldica vería en ello su oportunidad y no tardaría en lanzarse contra un enemigo repentinamente debilitado. El *Venganza* regresaría al sistema solar, pero para entonces poseería la mejor tripulación del universo conocido y conseguiría reunir a su alrededor a las dispersas fuerzas de la humanidad. La guerra continuaría hasta que se hubiera limpiado todo el sistema...

-...Y entonces, claro está, continuará hasta que los bárbaros hayan sido conquistados -terminó diciendo Manuel.

-¿Por qué? -pregunté-. El imperialismo interestelar no puede dar buenos resultados. Los tiene para los bárbaros porque no disponen de los servicios técnicos suficientes para producir en sus hogares lo que pueden robar en cualquier otra parte. Pero con ello, el sistema solar echaría sobre sus espaldas una pesada carga.

-Por motivos de defensa -contestó Manuel-. No creerás que voy a permitir a un enemigo derrotado que se retire a lamer sus heridas y prepare, mientras tanto, un nuevo ataque, ¿verdad? No, todo el mundo, excepto el sistema solar, debe ser desarmado, y la única forma de forzar el establecimiento de esa clase de paz es que el sistema solar se convierta en gobernante incuestionable. -Y después, añadió pensativamente-: ¡Oh! El imperio no se tendrá que extender eternamente. Sólo hasta que sea lo suficientemente grande como para defenderse por sí mismo contra todos los recién llegados. Y un cierto reajuste económico también puede convertirlo en una proposición provechosa. Podemos recoger tributos, ya sabes.

-¿Un imperio...? -preguntó Kathryn-. ¡Pero si la Commonwealth es democrática!

-¡Fue democrática! -replicó él-. Ahora todo está podrido. Ya sé que es terrible, pero no se puede hacer revivir a los muertos. Nos encontramos en una época de la historia similar a la existente en otras muchas ocasiones, en las que el cesarismo es la única solución. Quizá no sea una buena solución, pero, sin lugar a dudas, es mejor que la devastación que estamos sufriendo en la actualidad. Cuando haya habido un período lo bastante largo de paz y unidad,

Librodot

quizá sea el momento de pensar en la restauración del viejo republicanismo. Pero ese momento se encuentra a muchos siglos de distancia, en el futuro, si es que llega alguna vez. Por ahora, las condiciones socio-económicas no son las adecuadas para implantarlo.

Paseó incansablemente por el puente. Por la portilla se veía brillar un millón de estrellas, como una escalofriante corona sobre su cabeza.

-Será un imperio de hecho -dijo-, y, en consecuencia, también tendrá que serlo de nombre. La _gente luchará, se sacrificará y morirá por un símbolo llamativo aun cuando las exigencias de la realidad no les afecten. Necesitamos una aristocracia hereditaria que pueda representar un buen espectáculo. Eso es algo especialmente efectivo y el arcaísmo es muy valioso para el sistema solar en estos momentos. Recordará los buenos y gloriosos tiempos, antes de que se iniciaran los viajes espaciales. Ahora será un símbolo con una fuerza incluso mayor que la que tuvo en su propia época. Sí, un imperio, Kathryn, el imperio de la paz y el Sol hermanados.

-Las aristocracias son decadentes -argumenté-. El despotismo funciona bien mientras se dispone de un déspota, pero tarde o temprano nace un luchador...

-No, si la dinastía nace con hombres y mujeres fuertes, sigue eligiendo a personas aptas y educa a sus hijos en la misma escuela dura en que fueron educados sus padres. En tal caso, puede durar siglos. Especialmente en esta época de gerontología y vidas activas que duran cien años.

-Una sola nave... ¡y *ya* estás planeando un imperio en la galaxia! -exclamé, riendo-. Y supongo que tú mismo serás el primer emperador, ¿verdad?

Sus ojos no mostraban expresión alguna.

-Sí -contestó-, a menos que encuentre a un hombre mejor, lo que dudo mucho.

-No me gusta -dijo Kathryn, mordiéndose un labio-. Es... cruel.

-Estamos en una época cruel, querida -dijo él, con suavidad.

Gorzun se balanceaba negro y enorme contra un salvaje escenario de estrellas. Él hemisferio iluminado de rojo era como una hoz de sangre cuando nos deslizamos a impulso secundario e iniciamos el descenso hacia el hemisferio oscuro.

Sólo en una ocasión intentaron detenernos como medida de comprobación. A través del comunicador transónico llegó hasta nosotros un duro galimatías de palabras. Manuel contestó tranquilamente en la lengua nativa, explicando que nuestro visor se había estropeado, y dando las señales de reconocimiento explicadas en el libro de códigos. La nave de guerra nos dejó pasar.

Fuimos bajando y bajando, con la superficie oscura aumentando continuamente de tamaño, bajo nosotros, con las montañas elevando sus hambrientos picos dispuestos a desgarrar el vientre de la nave, con la nieve y los glaciares y un mar agitado iluminados por tres violentas lunas. Oscuridad, frío y desolación.

-¡Mirad hacia abajo, hombres del Sol! -dijo Manuel a través de los intercomunicadores-. Mirad los puertos de desembarque. Ahí es donde nos esperaban.

Un rugido de puro odio le contestó. Aquella tripulación hubiera muerto hasta el último hombre si con ello pudieran llevarse consigo el planeta entero. Y que Dios me ayude, yo mismo lo sentí así, Había sido un viaje largo y duro, incluso después de nuestra liberación, y la debilidad que sentía sólo se veía superada por la perspectiva de la batalla. Había estado trabajando a marchas forzadas, entrenando a los hombres, organizando los cientos de unidades que necesita una moderna nave de guerra. Manuel, con Kathryn como

Librodot

secretaria y ayudante general, se había estado conduciendo incluso con mayor fiereza, pero yo no les había podido ver muy frecuentemente. Todos estuvimos muy ocupados.

Ahora, los tres estábamos en el puente, observando como Gorzun aumentaba de tamaño ante nosotros, para recibirnos. Kathryn estaba pálida y silenciosa y la mano que descansaba sobre la mía era fría. Yo sentía en mi interior una tensión que se acercaba al punto de ruptura. Las órdenes que había dado a mis tripulaciones de combate eran rígidas. Sólo Manuel parecía seguir siendo tan frío y sereno como siempre. Era un hombre de verdadero acero. A veces me preguntaba si era realmente humano.

La atmósfera gritó y retembló detrás de nosotros. Volamos sobre el mar, dirigiéndonos hacia la línea del amanecer, y bajo sus frías bandas de luz incolora vimos la capital de Gorzun, elevándose desde el borde del mundo.

Tuve una visión extraña de torres cuadradas de piedra, de calles estrechas como cañones y del surgir gigantesco de las naves espaciales, en las afueras de la ciudad. Manuel hizo un gesto de asentimiento y yo di las órdenes de fuego.

Las llamaradas y las ruinas explotaron bajo nosotros. Las naves espaciales saltaron por los aires y después descendieron sus enormes masas sobre los edificios. La piedra y el metal se fusionaron, formando ríos de lava entre los muros destrozados. La tierra se abrió, tragándose a media ciudad. Un hongo blanco-azulado de fuego atómico brilló a través de la repentina nube de humo. Y la ciudad murió.

Pusimos rumbo al cielo a toda velocidad, con todas las vigas protestando por el esfuerzo, y nos dirigimos rápidamente hacia el puerto espacial más próximo. Sobre él se elevaba ya una nave. Quizá ya habían sido advertidos. Nunca lo supimos. Abrimos el fuego y la nave nos contestó, y mientras maniobrábamos en el cielo, el Venganza lanzó sus bombas. Sufrimos el choque de las ondas, pero mientras nuestras pantallas de fuerza resistieron, las de la nave enemiga no pudieron. La nave incendiada destrozó la mitad de la ciudad cuando cayó.

Y de nuevo en marcha hacia el puerto más próximo señalado en los mapas capturados. En esta ocasión, nos encontramos con una verdadera nube de interceptores espaciales. Desde tierra ya nos disparaban cohetes. El Venganza se estremeció ante las explosiones. Casi pude ver humear nuestro generador de gravedad mientras trataba de compensar nuestros alocados saltos, contorsiones y sacudidas. Luchamos contra ellos como un oso lucha contra una jauría de perros, los dispersamos y destrozamos la base.

-Muy bien -dijo Manuel-. Salgamos de aquí.

El espacio se convirtió en una noche llena de relámpagos a nuestro alrededor, mientras subíamos por encima de la atmósfera. Ahora, las naves de guerra estarían dirigiéndose hacia nosotros a toda potencia, dispuestas a aplastarnos. Pero ¿cómo podíamos localizar una sola y nave en la inmensidad existente entre los mundos? Pasamos a navegar en impulso secundario, una maniobra que suele hacerse cuando se está cerca de un sol, pero habíamos reforzado los motores y entrenado bien a la tripulación. Al cabo de pocos minutos estábamos ya junto al planeta más próximo, también habitado. Allí sólo había tres colonias. Las destruimos por completo.

Los hombres gritaban de entusiasmo. Aquello se parecía más al aullido de una manada de lobos. El griterío murió ante mi propio rostro y sentí náuseas ante tanta ruina. Eran nuestros enemigos, sí. Pero hubo muchos muertos. Kathryn lloró con unas lágrimas silenciosas que rodaron lentamente por su rostro, mientras le temblaban los hombros.

Manuel se dirigió hacia ella y la cogió de la mano.

-Ya está hecho, Kathryn -dijo tranquilamente-. Ahora, podemos regresar a casa.

Librodot

Al cabo de un momento, como si hablara consigo mismo, dijo:

-El odio es un medio útil para alcanzar un fin terriblemente peligroso. Tendremos que acabar con el complejo racista que hay en la humanidad. No podemos conquistar a nadie, ni siquiera a los gorzunis, mantenerlos como inferiores y confiar en sostener un imperio estable. Todas las razas tienen que ser iguales. -Se frotó la fuerte y cuadrada mejilla-. Creo que seguiré el ejemplo de los antiguos romanos. Todos los individuos valiosos, de cualquier raza, podrán convertirse en ciudadanos terrestres. Eso será un factor de estabilización.

-Eres un megalomaníaco -le dije, con un duro tono de voz.

Pero ya ni siquiera estaba seguro de eso.

Era invierno en el hemisferio norte de la Tierra cuando el Venganza llegó a casa. Salté a la nieve, que crujió bajo mis pies, .y vi cómo mi aliento se convertía en humo blanco que contrastaba con el claro azul pálido del cielo. Unos cuantos más habían salido conmigo. Cayeron de rodillas, en la nieve, y la besaron. Era un puñado de hombres de aspecto salvaje, vestidos con las telas más inverosímiles que pudieron encontrar; todos los hombres llevaban barbas y el pelo largo, pero formaban la tripulación más estupenda y combativa de toda la galaxia. Permanecieron allí, mirando las suaves ondulaciones de las colinas, el cielo azul, los árboles brillantes por el hielo y un solo cuervo volando sobre sus cabezas, algo alejado. Y las lágrimas se helaron en sus barbas.

El hogar.

Habíamos enviado señales a otras unidades de la marina. No tardarían en acudir algunas a recogernos y guiarnos hacia la base secreta situada en Mercurio. Allí continuaría la lucha. Pero ahora, precisamente ahora, en ese instante eterno, nos encontrábamos en casa.

Sentí la debilidad en mis huesos, como un dolor. Hubiera querido refugiarme como un oso en alguna cueva, junto al murmullo de algún río, bajo los queridos y altos árboles de la Tierra, para dormir hasta que la primavera volviera a despertar al mundo. Pero mientras permanecí allí, con el fino viento invernal como un baño purificador a mí alrededor, desapareció el cansancio. Mi cuerpo respondió al mundo creado tras dos mil millones de años de evolución, y yo me eché a reír ante la alegría de pensarlo.

No podíamos fallar. Éramos los hombres libres de la Tierra, luchando por ganar el fuego de nuestras chimeneas, y en nosotros estaba la antigua y profunda fortaleza del planeta. Obtendríamos la victoria y tendríamos las estrellas en nuestras manos, incluso ahora.

Me volví y observé a Kathryn bajando por ¡a abertura de la esclusa de aire. Mi corazón dio un salto y después comenzó a latir rápidamente. Había sido todo muy largo, terriblemente largo. Habíamos tenido muy poco tiempo, pero ahora estábamos en casa y ella estaba aquí y yo también y todo el mundo estaba cantando.

Su rostro tenía una expresión sería cuando se me acercó. Había algo remoto en ella, y una extraña mezcla de dolor, junto con la alegría que también ella debía de sentir. La escarcha crujió en su pelo oscuro suelto y cuando tomó mis manos, las suyas estaban frías.

-Kathryn, estamos en casa -murmuré-. Estamos en casa y vivos y somos libres. ¡Oh, Kathryn, te amo!

Ella no dijo nada, pero se me quedó mirando fijamente, sin apartar la vista, hasta que Manuel Argos acudió a unirse a nosotros. El hombre, fortachón y de baja estatura, parecía sentirse desconcertado, la primera y única vez que le vi de ese modo, aunque sólo fuera débilmente.

-John -me dijo-, tengo que decirte algo.

Librodot

-Eso puede esperar -le contesté-. Tú eres el capitán de la nave. Tienes autoridad para celebrar matrimonios. Quiero que nos cases a Kathryn y a mí, aquí, ahora, en la Tierra.

Ella me miró firmemente, pero sus ojos estaban cegados por las lágrimas.

-Eso es precisamente, John -me dijo ella, con un tono de voz tan baja que apenas si pude escucharla-. No podrá ser. Voy a casarme con Manuel.

Me quedé allí, sin decir nada, sin ser capaz de sentirlo aún.

-Ocurrió durante el viaje -siguió diciendo ella, sin emoción-. Traté de defenderme, pero no pude. Le amo, John. Le amo incluso más de lo que te quiero a ti, y no creía que eso fuera posible.

-Ella será la madre de los reyes -dijo Manuel, pero sus palabras arrogantes fueron casi defensivas-. No podía haber hecho una mejor elección.

-¿La amas también o sólo la consideras como una buena hembra de cría? -pregunté lentamente-. No importa. Tu contestación sólo será la que más te convenga. Nunca sabremos la verdad.

Era el instinto, pensé con una nueva y gran sensación de debilidad. Una mujer fuerte y vital sólo podía elegir al más adecuado de los hombres. Ella no podía evitarlo. Era la raza que llevaba consigo, y yo no podía hacer nada al respecto.

-Os bendigo entonces -dije.

Se marcharon al cabo de un momento, cogidos de la mano, bajo los altos árboles que brillaban con el hielo y el sol. Yo me los quedé mirando hasta que se perdieron de vista. Incluso entonces, cuando aún teníamos ante nosotros la perspectiva de una lucha larga y desesperada, creo que sabía que ellos eran los padres del imperio y de la gloriosa dinastía argólida, que llevaban el futuro dentro de sí mismos.

Y no me importó en absoluto.

Librodot

Fundación

Isaac Asimov

Una de las características de una civilización decadente es que sus «Científicos» consideren todo el saber corno algo ya conocido, que se pasen el tiempo haciendo recopilaciones enciclopédicas de ese conocimiento. Pero aquella Fundación fue algo bastante astuto...

Hari Seldon era viejo y se sentía cansado. Su voz también sonaba vieja y cansada, a pesar del retumbar producido por el sistema de amplificación.

En aquella pequeña asamblea había muy pocas personas que no se dieran cuenta de que Hari Seldon estaría muerto antes de la llegada de la próxima primavera. Y escuchaban en respetuoso silencio las últimas palabras oficiales de la mente más grande de la galaxia.

-Esta es la reunión final del grupo que convoqué hace más de veinte años -dijo la cansada voz.

Los ojos de Seldon se deslizaron sobre los científicos sentados. Se encontraba solo sobre la plataforma, solo en la silla de ruedas a la que, dos años antes, le había confinado un ataque. Y sobre su regazo estaba el último volumen -el cincuenta y dos- de las actas de las reuniones anteriores. Estaba abierto por la última página.

-El grupo que convoqué -siguió diciendo- representaba lo mejor de lo que el Imperio Galáctico podía ofrecer en cuanto a filósofos, psicólogos, historiadores y científicos. Y durante los pasados veinte años, hemos considerado el mayor problema al que jamás se haya enfrentado cualquier grupo de cincuenta hombres... y quizá el mayor al que jamás se haya enfrentado cualquier número de hombres.

»No siempre hemos estado de acuerdo en los métodos o en los procedimientos. Nos hemos pasado meses y, sin duda alguna, años en debates inútiles sobre aspectos relativamente menores. En más de una ocasión, considerables partes de nuestro grupo amenazaron con romper la unidad.

»Y, sin embargo -su viejo rostro se encendió con una suave sonrisa-, solucionamos el problema. Muchos de los miembros originales murieron y fueron sustituidos por otros. Hubo momentos en que se abandonaron esquemas o se rechazaron planes; hubo otros en que los procedimientos demostraron ser erróneos. No obstante, resolvimos el problema, y mientras estuvo vivo, ni uno solo de los miembros abandonó el grupo. Me alegro de eso.

Se detuvo y dio tiempo a que muriera el subsiguiente aplauso.

-Lo hemos conseguido, y nuestro trabajo ha quedado terminado. El Imperio Galáctico está desmoronándose, pero su cultura no morirá, y se han tomado las medidas necesarias para que de ahí surja una nueva y más grande cultura. Se han establecido los dos Refugios Científicos que planeamos: uno en cada extremo de la galaxia, en Términus y en Estrella Final. Ya están en funcionamiento y siguen las directrices inevitables que trazamos para ellos.

»A nosotros sólo nos queda un aspecto que realizar, y eso se hará dentro de cincuenta años. Ese aspecto, elaborado ya en todos sus detalles, será la instigación de revueltas en los sectores clave de Anacreonte y Loris. Eso pondrá en marcha la maquinaria final, para que ésta actúe por sí sola durante el milenio siguiente.

La cansada cabeza de Hari Seldon se hundió hacia el pecho.

-Caballeros, con esto se anuncia la última reunión de nuestro grupo. Comenzamos a trabajar en secreto; hemos seguido trabajando en secreto, y ahora terminamos en secreto... para esperar nuestra recompensa dentro de mil años, con el establecimiento del Segundo Imperio Galáctico.

Quedó cerrado el último volumen de actas y la delgada mano de Hari Seldon se apartó de él.

-¡He terminado! -susurró.

Lewis Pirenne estaba muy atareado ante su mesa, en la única esquina bien iluminada de la habitación. El trabajo tenía que ser coordinado. El esfuerzo debía ser organizado. Los hilos habían de ser tejidos hasta formar un modelo.

Habían transcurrido cincuenta años; cincuenta años para establecerse y convertir la Enciclopedia Fundación Número Uno en una unidad de trabajo de funcionamiento suave. Cincuenta años para reunir todo el material en bruto. Cincuenta años para preparar.

Se había hecho. Dentro de cinco años más se produciría la publicación del primer volumen de la obra más monumental que jamás concibiera la galaxia. Y después, a intervalos de diez años, regularmente, como un reloj, volumen tras volumen. Y con ellos habría suplementos, artículos especiales sobre acontecimientos de interés actual, hasta que...

Pirenne se agitó incómodamente cuando sonó el apagado zumbador existente sobre su mesa. Casi se había olvidado de la cita. Empujó el sistema de cierre de la puerta y desde el abstraído ángulo de uno de sus ojos observó cómo se abría ésta y entraba en la habitación la ancha figura de Salvor Hardin. Pirenne no levantó la mirada.

Hardin sonrió para sí. Tenía prisa, pero sabía que era mucho mejor no ofender el por otra parte caballeroso tratamiento de Pirenne contra todo aquello que perturbara su trabajo. Se hundió en un sillón, al otro lado de donde se encontraba la mesa, y esperó.

La pluma de Pirenne, deslizándose sobre el papel, era el único sonido rasgueante y débil que se escuchaba. A excepción de aquello, ningún otro movimiento o ruido. Hardin sacó una moneda de dos créditos del bolsillo de su chaleco. La lanzó al aire y su superficie de acero inoxidable captó los resplandores de la luz mientras caía por el aire. La cogió y la volvió a lanzar, observando perezosamente las reflexiones de la luz. El acero inoxidable era un buen medio de intercambio en un planeta en el que todos los metales tenían que ser importados.

Pirenne levantó la mirada y parpadeó.

-¡Deja de hacer eso! -pidió, quejumbrosamente.

-¿Eh?

-Ese infernal juego con la moneda. Deja de hacerlo.

-¡Oh! -Y Hardin se metió la moneda en el bolsillo-. Cuando hayas terminado, me lo dirás, ¿verdad? Prometí estar de regreso en la reunión del Concejo Municipal antes de que se pusiera a votación el proyecto del nuevo acueducto.

Pirenne suspiró y se levantó, alejándose de la mesa.

-Estoy preparado. Pero espero que no me vayas a preocupar con cuestiones municipales. Hazte cargo tú mismo de esas cosas, por favor. La Enciclopedia ocupa todo mi tiempo.

-¿Has oído las noticias? -preguntó Hardin, flemáticamente.

Librodot

-¿Qué noticias?

-Las noticias que captó hace dos horas el receptor de ultrasonda de Términus. El gobernador real de la prefectura de Anacreonte ha asumido el título de rey.

-¿Y bien? ¿Qué pasa?

-Significa -respondió Hardin- que estamos cortados con respecto a las regiones internas del Imperio. ¿Te das cuenta de que Anacreonte se encuentra justo en medio de lo que fue nuestra última ruta comercial a Santanni y a Trántor, e incluso a la propia Vega? ¿De dónde va a venir nuestro metal? No hemos conseguido recibir un embarque de acero o de aluminio desde hace seis meses, y ahora no podremos conseguir nada, como no sea con el beneplácito del rey de Anacreonte.

Pirenne se removió con impaciencia.

-Entonces, haced pasar el cargamento a través de su zona.

-¿Podemos hacerlo? Escucha, Pirenne, de acuerdo con el fuero que estableció esta Fundación, el Consejo de Fideicomisarios del Comité de la Enciclopedia posee completos poderes administrativos. Yo, como alcalde de Términus, tengo el poder suficiente como para sonarme las narices, y quizá para estornudar si tú firmas una orden dándome permiso. Eso quiere decir que todo depende de ti y de tu Consejo. Te estoy pidiendo, en nombre de la ciudad, cuya .prosperidad depende de un comercio ininterrumpido con la galaxia, que convoques una reunión de emergencia...

-¡Basta! No es momento para pronunciar discursos electorales. Y ahora, Hardin, has de recordar que el Consejo de Fideicomisarios no ha impedido el establecimiento de un gobierno municipal en Términus. Comprendimos que era necesario uno debido al aumento de la población desde que se estableció la Fundación, hace cincuenta años, y debido al creciente número de personas encargadas de realizar trabajos no relacionados con la Enciclopedia, Pero eso no significa que la primera y *única* aspiración de la Fundación haya dejado de ser la publicación de la Enciclopedia definitiva de todo el conocimiento humano. Somos una institución científica mantenida por el Estado, Hardin. No podemos, no tenemos que interferir en la política local, y no lo haremos.

-¡Política local! ¡Por el dedo gordo del pie izquierdo del emperador, Pirenne! Esto es una cuestión de vida o muerte. El planeta Términus no puede sostener por sí mismo una civilización mecanizada. Faltan metales. Eso ya lo sabes. En las rocas de la superficie no hay ni rastro de hierro, cobre o aluminio y sólo muy poco de otros metales preciosos. ¿Qué crees que le pasará a la Enciclopedia si ese rey de Anacreonte trata de acabar con nosotros?

-¿Con *nosotros?* ¿Te olvidas de que nos encontramos bajo el control directo del propio emperador? No formamos parte de la prefectura de Anacreonte, ni de ninguna otra prefectura. ¡Recuérdalo siempre! Formamos parte de los dominios personales del emperador y nadie nos va a tocar. El Imperio puede proteger lo suyo.

-Entonces, ¿por qué no ha evitado que el gobernador real de Anacreonte muestre por fin su juego? ¡Si al menos sólo se tratara de Anacreonte! Por lo menos otros veinte de los más alejados prefectos de la galaxia, en realidad todos los de la periferia, han empezado a llevar las cosas a su modo. Te digo que me siento condenadamente inseguro del Imperio y de su capacidad para protegernos.

-¡Hokum! Gobernadores reales, reyes..., ¿cuál puede ser la diferencia? El Imperio siempre ha salido adelante con una cierta cantidad de política y con hombres diferentes presionando aquí o allá. Los gobernadores se han rebelado y hasta los emperadores han sido depuestos o asesinados antes de ahora. ¿Pero qué tiene eso que ver con el Imperio en sí? Olvídalo, Hardin. Eso no nos incumbe a nosotros. Nosotros somos científicos, antes que

Librodot

nada y por encima de cualquier otra consideración. Y nuestra única preocupación es la Enciclopedia. ¡Oh, sí, casi se me había olvidado. Hardin!

-¿El qué?

-¿Has hecho algo sobre ese periódico tuyo? -la voz de Pirenne parecía enojada.

-¿Te refieres al *Journal* de Términus? No es mío. Es de propiedad privada. ¿Qué ha estado haciendo?

-Desde hace varias semanas está recomendando que se convierta el cincuenta aniversario del establecimiento de la Fundación en ocasión de fiestas públicas y celebraciones bastante inapropiadas.

-¿Y por qué no? El reloj de radio abrirá la Primera Bóveda dentro de tres meses. Yo diría que ésa es una gran ocasión, ¿no te parece?

-No para el boato idiota, Hardin. La Primera Bóveda y su apertura es algo que sólo concierne al Consejo de Fideicomisarios. Cualquier cosa de importancia será comunicada a la gente. Eso es definitivo y te ruego que se lo hagas entender perfectamente al *Journal.*

-Lo siento, Pirenne, pero el fuero de la ciudad garantiza una cierta cuestión secundaria conocida como libertad de prensa.

-Puede. Pero el Consejo de Fideicomisarios no garantiza nada. Yo soy el representante del emperador en Términus, Hardin, y tengo plenos poderes en ese sentido.

La expresión de Hardin se convirtió en la de un hombre que está contando mentalmente hasta diez. Después, dijo con severidad:

-En relación con tu *status* como representante del emperador, tengo una noticia final que darte.

-¿Sobre Anacreonte?

Los labios de Pirenne se apretaron. Se sentía extrañado.

-Sí. Desde Anacreonte nos llegará un enviado especial. Dentro de dos semanas.

-¿Un enviado? ¿Aquí? ¿De Anacreonte? -Pirenne rumió aquella noticia-. ¿Para qué?

Hardin se levantó y empujó su silla contra la mesa del despacho.

-Sólo te doy una pista.

Y después se marchó, sin ninguna ceremonia.

Anselm *haut* Rodric -«haut» significaba sangre noble-, subprefecto de Pluema y enviado extraordinario de Su Alteza de Anacreonte -además de otra media docena de títulos-, fue recibido por Salvor Hardin en el puerto espacial con todo el imponente ritual de una ocasión de Estado.

Con una apretada sonrisa y una ligera inclinación, el subprefecto extrajo su arma de la pistolera y se la presentó a Hardin con la culata por delante. Hardin devolvió el cumplido con un arma pedida específicamente de prestado para la ocasión. De este modo, se establecían la amistad y la buena voluntad, y si Hardin notó la desnuda protuberancia en el hombro de Haut Rodric, actuó prudentemente y no dijo nada.

El vehículo terrestre que los recogió -precedido, flanqueado y seguido por la correspondiente nube de pequeños funcionarios- avanzó de forma lenta y ceremoniosa hacia la Plaza de la Enciclopedia, saludado en su trayecto por una multitud adecuadamente entusiasta.

Librodot

El subprefecto Anselm recibió los vítores con la complaciente indiferencia de un soldado y de un noble.

-¿Y esta ciudad es todo su mundo? -le preguntó a Hardin.

Hardin elevó el tono de su voz, para ser oído por encima del clamor de la multitud.

-Somos un mundo joven, su eminencia. Durante nuestra breve historia sólo han visitado nuestro planeta unos pocos miembros de la alta nobleza. Eso explica nuestro entusiasmo.

Cierto que en la expresión «alta nobleza» no había nada de ironía cuando la escuchó.

-¿Y fue fundada hace cincuenta años? ¡Hum...! -dijo, reflexivamente-. Disponen aquí de una gran cantidad de terreno sin explotar, alcalde. ¿No han considerado nunca la posibilidad de dividirlo en lotes?

-Aún no tenemos esa necesidad. Estamos extremadamente centralizados; tenemos que estarlo, a causa de la Enciclopedia. Quizá algún día, cuando haya aumentado nuestra población...

-¡Un mundo extraño! ¿No tienen campesinado?

Hardin reflexionó por un momento, pensando que no se necesitaba un gran sentido de la agudeza para saber que su eminencia estaba haciendo una serie de preguntas torpes.

-No..., ni nobleza.

Las cejas de Haut Rodríc se elevaron y, después, preguntó:

-¿Y qué me dice de su jefe..., el hombre con quien me tengo que encontrar?

-¿Se refiere al doctor Pirenne? ¡Sí! Es el presidente del Consejo de Fideicomisarios... y un representante personal del emperador.

-*¿Doctor?* ¿No tiene ningún otro título? ¿Un *universitario?* ¿Y manda por encima de la autoridad civil?

-Claro, ¿y por qué no? -replicó Hardin con amabilidad-. Todos nosotros somos más o menos universitarios. Después de todo, no somos tanto un mundo como una fundación científica..., bajo el control directo del emperador.

Hubo un ligero énfasis en la última frase y aquello pareció desconcertar al subprefecto. Permaneció en un reflexivo silencio durante el resto del lento camino hacia la Plaza de la Enciclopedia.

Si Hardin se sintió aburrido durante la tarde y la noche que siguieron, tuvo al menos la satisfacción de darse cuenta de que Pirenne y Haut Rodric -habiéndose encontrado con una actitud en la que ambos expresaron mutuamente sus protestas de estima *y* consideración- se detestaban mucho más de lo que se estimaban.

Haut Rodric asistió con ojos brillantes a la conferencia de Pirenne durante la «visita de inspección» del Edificio de la Enciclopedia. Con una sonrisa amable y ausente, escuchó las rápidas explicaciones de este último mientras pasaban por los enormes almacenes de películas de referencia y por las numerosas salas de proyección.

Sólo cuando hubo pasado de un nivel a otro hizo su primer comentario comprensivo, tras haber recorrido los departamentos de composición, los de edición, ¡os de publicación y los de filmación.

Librodot

-Todo esto es muy interesante -dijo-, pero parece una tarea extraña para hombres ya maduros. ¿Para qué sirve?

Fue una observación que Hardin anotó, y para la que Pirenne no encontró respuesta alguna, aunque la expresión de su rostro fue muy elocuente.

La cena de aquella noche fue en gran medida la imagen reflejada de los acontecimientos de aquella tarde, pues Haut Rodric monopolizó la conversación, describiendo -en todos sus diminutos detalles técnicos *y* con un entusiasmo increíble- sus propias hazañas como jefe de batallón durante la reciente guerra entre Anacreonte y el vecino y recientemente proclamado reino de Smyrno.

Los detalles de la narración del subprefecto no quedaron completados hasta después de acabada la cena y, uno tras otro, los oficiales secundarios se habían ido escabullendo. La última parte de la triunfante descripción de naves espaciales entremezcladas llegó cuando acompañó a Pirenne y a Hardin al balcón, relajándose bajo el aire cálido de la noche de verano.

-Y ahora -dijo con una pesada jovialidad-, pasemos a hablar de cosas serias.

-¡Claro que sí! -murmuró Hardin, encendiendo un largo puro de tabaco de Vega. «Ya no quedaban muchos», pensó, empujando la silla hacia atrás, colocándola sobre sus dos patas traseras.

La galaxia estaba muy alta en el cielo y su nebulosa forma lenticular se extendía perezosamente de un horizonte a otro. Las pocas estrellas que quedaban aquí, en el mismo borde del universo, no eran más que parpadeos insignificantes en comparación con todo lo demás.

-Desde luego -dijo el subprefecto-, todas las discusiones formales, me refiero a la firma de papeles y a todas esas formalidades técnicas, se llevarán a cabo ante el... ¿Cómo llaman ustedes a su Consejo?

-El Consejo de Fideicomisarios -respondió Pirenne fríamente.

-¡Extraño nombre! Da igual, eso lo dejaremos para mañana. Sin embargo, podemos aclarar ahora mismo, de hombre a hombre, algunas de las cosas más delicadas.

-¿Y qué significa eso? -preguntó Hardin, azuzándole.

-Simplemente, lo siguiente: se ha producido un cierto cambio en la situación, aquí en la periferia, y el status de su planeta ha llegado a ser un tanto incierto. Tal y como está la situación, sería muy conveniente que pudiéramos llegar a un entendimiento. Y, a propósito, señor alcalde, ¿le queda alguno de esos puros?

Hardin se lo quedó mirando fijamente y le entregó uno, de mala gana.

Anselm *haut* Rodric lo olió y emitió un chasqueante sonido de agrado.

-¿Tabaco de Vega? ¿De dónde lo consiguió? Recibimos algunos en el último embarque. Apenas si quedan. El espacio sabrá cuándo conseguiremos más..., si es que los conseguimos alguna vez.

Pirenne frunció el ceño. El no fumaba y, en realidad, detestaba el olor del tabaco.

-Permítame ver si he comprendido lo que ha dicho, eminencia. Su misión, ¿es de simple clarificación?

Haut Rodric asintió a través de las primeras bocanadas de humo de su puro.

-En ese caso, tardará muy poco en haber sido cumplida. La situación con respecto a la Fundación Enciclopedia Número Uno es la que siempre ha sido.

Librodot

-¡Ah! ¿Y cuál es la que ha sido siempre?

-Exactamente ésta: una institución científica apoyada por el Estado y parte de los dominios personales de su augusta majestad, el emperador.

El subprefecto no pareció quedar impresionado por aquellas palabras. Lanzó anillos de humo al aire.

-Esa es una teoría muy bonita, doctor Pirenne. Supongo que dispone de fueros con el sello imperial en ellos..., pero ¿cuál es la situación actual? ¿Qué actitud mantiene con respecto a Smyrno? Ya sabe que no se encuentran a más de cincuenta parsecs de la capital de Smyrno. ¿Y qué me dice de Konom y de Daribow?

-No tenemos nada que ver con ninguna prefectura -dijo Pirenne-. Como parte de los dominios del emperador...

-No son prefecturas -le recordó Haut Rodric-. Ahora son reinos.

-Que sean reinos entonces. No tenemos nada que ver con ellos. Como institución científica que somos...

-¡La ciencia será hecha pedazos! -exclamó el otro con un enérgico juramento militar que ionizó la atmósfera-. ¿Qué demonios tiene que ver eso con el hecho de que nos arriesgamos a que Términus sea tomado en cualquier momento por Smyrno?

-¿Y el emperador? ¿Se quedará sin hacer nada?

Haut Rodric se serenó un tanto y dijo:

-Muy bien, doctor Pirenne. Usted respeta la propiedad del emperador, y lo mismo hace Anacreonte, pero puede que Smyrno no lo haga. Recuerde que acabamos de firmar un tratado con el emperador. Mañana mismo presentaré una copia a ese Consejo. En ese tratado se nos concede la responsabilidad de mantener el orden dentro de los límites de la antigua prefectura de Anacreonte, en nombre del emperador.

En tal caso, nuestro deber está claro, ¿no le parece?

-Desde luego. Pero Términus no forma parte de la prefectura de Anacreonte.

-Y Smyrno...

-Tampoco forma parte de la prefectura de Smyrno. De hecho, no forma parte de ninguna prefectura.

-¿Sabe eso Smyrno?

-No me importa si lo sabe o no.

-A nosotros sí que nos importa. Acabamos de terminar una guerra con Smyrno, que todavía posee dos sistemas estelares que son nuestros. Términus ocupa un lugar sumamente estratégico entre las dos naciones.

Hardin se sentía cansado e interrumpió la conversación:

-¿Cuál es su proposición, eminencia?

El subprefecto parecía estar dispuesto a dejar de fanfarronear para exponer las cuestiones de una manera más directa. Dijo con brusquedad:

-Parece perfectamente evidente que, puesto que Términus no se puede defender por sí mismo, Anacreonte debe hacerse cargo de esa tarea, en beneficio propio. Comprenderán ustedes que no tenemos el menor deseo de interferir con la administración interna...

-Vaya, vaya -gruñó Hardin, secamente.

-...pero creemos que lo mejor para todos los interesados será que Anacreonte establezca una base militar en el planeta.

-Y eso es todo lo que querrían..., una base militar en alguna parte del vasto territorio no ocupado..., y ahí acabaría todo.

-Bueno, quedaría, desde luego, la cuestión del mantenimiento de las fuerzas de protección.

La silla de Hardin se adelantó, cayendo sobre sus cuatro patas, y sus codos se apoyaron sobre sus rodillas.

-Ahora estamos llegando por fin a lo esencial. Tratemos de expresar eso con palabras. Términus ha de convertirse en un protectorado y pagar un tributo.

-Nada de tributos. Impuestos. Nosotros les protegemos. Ustedes pagan por ello.

Pirenne dio un golpe en la silla con la mano, con una repentina violencia.

-Déjame hablar a mí, Hardin. Su eminencia, no me importa ni una oxidada moneda de medio crédito ni Anacreonte, ni Smyrno, ni todas sus políticas locales y lamentables guerras. Le digo que ésta es una institución sostenida por el Estado y libre de impuestos.

-¿Sostenida por el Estado? Pero si el Estado somos nosotros, doctor Pirenne, y nosotros no estamos sosteniendo nada.

-Su eminencia -dijo Pirenne, levantándose con un gesto de enojo-, soy el representante directo de...

-...su augusta majestad el emperador -terminó la frase, secamente, el propio Anselm haut Rodric-. Y yo soy el representante directo del rey de Anacreonte. Y Anacreonte está mucho más cerca, doctor Pirenne.

-Volvamos a la cuestión -urgió Hardin-. ¿Cómo cobrarían esos llamados impuestos, su eminencia? ¿Los tomarían en especie: trigo, patatas, hortalizas, ganado?

-¡Qué demonios! -exclamó el subprefecto, mirándole fijamente-. ¿Para qué necesitamos todo eso? Disponemos de enormes reservas excedentes. Los cobraríamos en oro, desde luego. El cromo o el vanadio serían incluso mejor, si es que disponen de alguna cantidad.

Hardin se echó a reír.

-¡Cantidad! -exclamó-. Ni siquiera disponemos de hierro en cantidad. ¡Oro! Mire, eche un vistazo a nuestra moneda -y lanzó una moneda hacia el enviado.

Haut Rodric la cogió en el aire y la observó atentamente.

-¿Qué es esto? ¿Acero?

-Así es.

-No entiendo.

-Términus es un planeta en el que prácticamente no hay metales. Los importamos todos. En consecuencia, no tenemos oro y tampoco tenemos nada con que pagar, a menos que quieran unas pocas toneladas de patatas.

-Bueno..., artículos manufacturados.

-¿Sin metal? ¿Y de qué cree usted que podemos hacer nuestras máquinas?

Se produjo una pausa y Pirenne volvió a intentar exponer su punto de vista.

-Toda esta discusión olvida un punto importante. Términus no es un planeta, sino una fundación científica que está preparando una gran enciclopedia. ¿Es que no siente usted ningún respeto por la ciencia?

-Las enciclopedias no ganan las guerras -dijo Haut Rodric elevando las cejas-. Se trata entonces, de un mundo completamente improductivo... y que prácticamente no se ha ocupado de producir nada. Bueno, pueden pagar ustedes con terreno.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Pirenne.

-Este mundo está prácticamente deshabitado y lo más probable es que todo el territorio no ocupado sea fértil. Hay muchas personas, pertenecientes a la nobleza de Anacreonte, a las que les gustaría añadir algo a sus propiedades.

-No puede proponer tal...

-No hay necesidad alguna de mostrarse tan alarmado, doctor Pirenne. Hay mucho terreno aquí, el suficiente para todos. Si llegamos al acuerdo al que espero llegar, probablemente lo podremos arreglar todo para que ustedes no pierdan nada. Se pueden conferir los títulos y garantizar los terrenos. Supongo que me entiende.

-¡Gracias! -exclamó Pirenne con un bufido. Y entonces, Hardin preguntó ingenuamente: -¿Puede Anacreonte suministrarnos cantidades adecuadas de praseodimio para nuestra planta de energía atómica? Sólo nos quedan suministros para unos pocos años.

Pirenne abrió la boca, lanzando una bocanada de aire y después se produjo un silencio mortal durante varios minutos. Cuando Haut Rodric volvió a hablar, empleó un tono de voz completamente diferente al que había utilizado hasta entonces.

-¿Tienen energía atómica?

-Desde luego. ¿Qué hay de extraño en ello? Creo que la energía atómica se descubrió hace aproximadamente cincuenta mil años. ¿Por qué no íbamos a tenerla? Lo que sucede es que nos resulta algo difícil conseguir praseodimio.

-Sí..., sí -el enviado se detuvo y añadió, un tanto incómodamente-: Bien, caballeros, seguiremos hablando del tema mañana. Si me permiten...

Pirenne le observó mientras se marchaba y rechinó los dientes.

-¡Ese insufrible burro pretencioso! Ese...

-No vale la pena -le interrumpió Hardin-. Es simplemente el producto de su medio ambiente. No entiende casi nada, excepto que «yo tengo un arma y tú no la tienes».

Pirenne se volvió hacia él, lleno de desesperación.

-¿Qué diablos querías decir cuando hablaste sobre las bases militares y el tributo? ¿Es que te has vuelto loco?

-No. Sólo pretendía darle cuerda y dejarle hablar. Te habrás dado cuenta de que dio un tropezón al hablar de las verdaderas intenciones de Anacreonte..., o sea, parcelar Términus en lotes de terreno. Desde luego, no tengo la menor intención de dejar que eso ocurra.

-Tú no tienes la menor intención. No la tienes. ¿Y quién eres tú? ¿Y puedo preguntarte qué significa haber abierto la boca sobre nuestra planta de energía atómica? Eso es precisamente lo único que podría convertirnos en un blanco militar.

-Sí -admitió Hardin con el gesto adusto-. Un blanco militar del que tendríamos que mantenernos apartados. ¿No te has dado cuenta de la razón por la que saqué a relucir el tema? Lo hice simplemente para confirmar una sospecha muy grave que tenía.

-¿Y cuál era?

-Que hace ya mucho tiempo que Anacreonte no tiene una economía basada en la energía atómica..., y que, desde luego, lo mismo sucede con el resto de la periferia. Es algo muy interesante, ¿no te parece?

-¡Bah!

Pirenne se marchó con un humor de perros y Hardin sonrió suavemente.

Arrojó el puro y se quedó mirando la galaxia, extendida ante él, en el cielo.

-¿Han vuelto al petróleo y al carbón? -se preguntó a sí mismo y, en cuanto a lo que fueron sus otros pensamientos, se los mantuvo para sí.

Cuando Hardin negó ser propietario del *Journal,* quizá estaba técnicamente en lo cierto, pero nada más. Hardin había sido el espíritu rector en el impulso destinado a convertir Términus en una municipalidad autónoma -había sido su primer alcalde elegido-, de modo que no resultaba nada sorprendente que, aun cuando ni una sola de las acciones del *Journal* estuviera a su nombre, pudiera controlar aproximadamente el sesenta por ciento de las mismas por medios mucho más sutiles que el de la propiedad.

Había formas de hacerlo.

En consecuencia, cuando Hardin comenzó a sugerir a Pirenne que se le permitiera asistir a las reuniones del Consejo de Fideicomisarios, no fue ninguna coincidencia que el *Journal* iniciara una campaña similar. Y se produjo la primera manifestación masiva en la historia de la Fundación, exigiendo la representación de la ciudad en el gobierno «nacional».

Y, finalmente, Pirenne capituló de mala gana.

Mientras permanecía sentado al pie de la mesa, Hardin especuló vanamente cotí la idea de qué era lo que convertía a los científicos en tan malos administradores. Pudiera ser debido a que estaban demasiado acostumbrados a los hechos inflexibles y muy poco a ser flexibles con la gente.

En cualquier caso, Tomaz Sutt y Jord Fara se encontraban a su izquierda, y Lundin Crast y Yate Fulham a su derecha. Pirenne presidía la reunión. Los conocía a todos, desde luego, pero en esta ocasión pareció poner un poco de pomposidad especial en la ocasión.

Hardin casi se quedó adormilado durante las formalidades iniciales y después se despertó de golpe cuando Pirenne bebió un poco de agua del vaso que tenía ante sí, a modo de preparación, y dijo:

-Me es muy agradable poder informar al Consejo que, desde nuestra última reunión, he recibido palabra de que lord Dorwin, canciller del Imperio, llegará a Términus dentro de dos semanas. Podemos considerar como garantizado el que nuestras relaciones con Anacreonte quedarán suavizadas a nuestra entera satisfacción en cuanto el emperador quede informado de la situación.

Sonrió y, dirigiéndose a Hardin a través de la larga mesa, añadió:

-En el *Journal* ya se ha publicado información al respecto.

Librodot

Hardin contuvo ligeramente la respiración. Parecía evidente que el deseo de Pirenne de pavonearse ante él de esta información había sido una de las razones de su admisión en el *sancta sanctorum.*

-Dejando aparte las expresiones ambiguas -dijo, con un tono de voz uniforme-: ¿qué esperas que haga lord Dorwin?

Le contestó Tomaz Sutt. Tenía la mala costumbre de dirigirse a uno en tercera persona cuando se encontraba en situaciones oficiales.

-Parece bastante evidente -observó-, que el alcalde Hardin es un cínico profesional. Apenas si puede dejar de darse cuenta de que el emperador no dejará que sean pisoteados sus derechos personales.

-¿Cómo? ¿Qué haría en el caso de que lo fueran? Hubo una cierta tensión de extrañeza. Pirenne dijo:

-Te estás extralimitando -y, tras una breve pausa, añadió-: Y, además, estás naciendo afirmaciones que casi rozan la traición.

-¿Debo considerar que con eso se ha contestado mi pregunta?

-Sí. Si no tienes nada más que decir..”

-No hay que sacar conclusiones tan rápidamente. Me gustaría plantear una cuestión. Además de este golpe diplomático, que puede o no significar algo, ¿se ha hecho algo concreto para enfrentarnos con la amenaza anacreóntica?

Yate Fulham se pasó una mano por su bigote rojo de aspecto feroz, y dijo:

-Considera eso como una amenaza, ¿verdad?

-¿Usted no?

-Apenas -contestó con actitud indulgente-. El emperador...

-¡Por el gran espacio! -exclamó Hardin, extrañado-. ¿Qué sucede aquí? De vez en cuando y con cierta frecuencia alguien menciona al «emperador», o al «Imperio», como si se tratara de palabras mágicas. El emperador está a cincuenta mil parsecs de distancia, y dudo de que le importe mucho nuestra suerte. Y, aun en el caso de que le importara, ¿qué puede hacer? Toda la armada imperial que se encontraba en estas regiones ha caído ahora en manos de los cuatro reinos y Anacreonte ha recibido su parte correspondiente. Escuchen, tenemos que luchar con armas, y no con palabras.

»Y ahora, dense cuenta de esto: disponemos por el momento de dos meses de respiro, debido principalmente a que hemos dado a Anacreonte la idea de que poseemos armas atómicas. Bien, todos nosotros sabemos que ésa es una pequeña mentira. Disponemos de energía atómica, sí, pero sólo para usos comerciales y muy poca. Eso es algo que ellos van a descubrir tarde o temprano, y si creen que se van a alegrar por haber sido engañados, están ustedes equivocados...

-Mi querido...

-Un momento. No he terminado aún -Hardin se estaba entusiasmando, y le gustaba-. Está muy bien el incluir cancilleres en este asunto, pero sería mucho mejor conseguir unos cuantos cañones grandes, adaptados para disparar hermosas bombas atómicas. Hemos perdido dos meses, señores, y puede que no estemos en condiciones de perder otros dos. ¿Qué proponen que hagamos?

La nariz de Lundin Crast se contrajo en un gesto de enojo.

Librodot

-Si está proponiendo la militarización de la Fundación, no estoy dispuesto a escuchar una sola palabra más. Eso marcaría nuestra abierta introducción en el campo de la política. Nosotros, señor alcalde, somos una Fundación científica, y nada más.

-No se da cuenta -añadió Sutt- de que la construcción de armamentos significa el empleo de hombres para manejarlos..., de hombres valiosos..., de la Enciclopedia. Eso no se puede hacer, pase lo que pase.

-Muy cierto -admitió Pirenne-. La Enciclopedia primero..., siempre.

Hardin rugió en su interior. El Consejo parecía sufrir violentamente de una enciclopeditis en el cerebro.

-¿Se le ha ocurrido alguna vez al Consejo que es bastante posible que Términus pueda tener otros intereses que los de la Enciclopedia? -preguntó con frialdad.

-Hardin -replicó Pirenne-, no puedo concebir la idea de que la Fundación pueda tener otros intereses que no sean los de la Enciclopedia.

-¡No dije la Fundación! Dije Términus. Me temo que no entienden la situación. Aquí, en Términus, vivimos aproximadamente un buen millón de personas, y sólo unas ciento cincuenta mil están trabajando directamente en la Enciclopedia. Para el resto de nosotros, esto es nuestro hogar. Nacimos aquí. Estamos viviendo aquí. Comparada con nuestras granjas y nuestros hogares y nuestras factorías, la Enciclopedia significa muy poco para nosotros. Queremos ver protegido todo lo nuestro...

Fue obligado a callarse.

-Primero la Enciclopedia -gruñó Crast-. Tenemos que cumplir una misión.

-Al infierno con esa misión -espetó Hardin-. Puede que eso fuera cierto hace cincuenta años. Pero ahora nos encontramos ante una nueva generación.

-Eso no tiene nada que ver con el asunto -replicó Pirenne-. Nosotros somos científicos.

Y Hardin aprovechó el momento para introducirse por aquella brecha.

-¿Lo son, de verdad? Eso no es más que una hermosa alucinación. Vuestro grupo no es más que una perfecta alucinación. Vuestro grupo es un ejemplo perfecto de lo que ha estado funcionando mal en toda la galaxia durante miles de años. ¿Qué clase de ciencia se puede estar haciendo aquí, clasificando durante siglos la tarea' realizada por los científicos del último milenio? ¿Han pensado alguna vez en trabajar hacia adelante, *ampliando* su conocimiento y mejorándolo? ¡No! Se sienten perfectamente felices al quedar estancados. Toda la galaxia lo está, y lo ha estado durante el espacio sabe cuánto tiempo. Esa es la razón por la que la periferia se está rebelando; eso explica por qué se están interrumpiendo las comunicaciones, y por qué las horribles guerras se están convirtiendo en algo eterno; ésa es la razón por la que sistemas enteros están perdiendo la energía atómica y están volviendo a utilizar las bárbaras técnicas de la energía química.

»Si quieren saberlo -gritó-. *¡La galaxia se está desmoronando!*

Se detuvo y se hundió en la silla, respirando a fondo, sin prestar ninguna atención a los dos o tres que estaban intentando contestarle al mismo tiempo.

Crast se levantó.

-No sé lo que está tratando de conseguir con todas esas afirmaciones histéricas, señor alcalde. Pero, desde luego, no está añadiendo nada constructivo a la discusión. Solicito, señor presidente, que las últimas observaciones del orador sean borradas del acta y que se reanude la discusión en el momento en que fue interrumpida.

Librodot

Jord Fara se removió en el asiento por primera vez. Hasta el momento, Fara no había tomado parte en la discusión, ni siquiera en su fase más caliente. Pero ahora, su voz, pesada, tan pesada como su cuerpo de ciento cincuenta kilos, hizo sonar su tono de bajo.

-¿No habremos olvidado algo, caballeros? -¿Qué? -preguntó Pirenne malhumoradamente. -Que dentro de un mes celebramos nuestro cincuenta aniversario. -Fara sabía decir las cosas más evidentes con la mayor de las profundidades.

-¿Y qué?

-Y que durante ese aniversario -siguió diciendo Fara plácidamente-, se abrirá la Primera Bóveda de Hari Seldon. ¿Han considerado alguna vez lo que puede haber en la Primera Bóveda?

-No lo sé. Cuestiones de rutina. Quizá un discurso corriente de felicitaciones. No creo que se tenga que dar ninguna significación especial a la Primera Bóveda, aunque el *Journal* trató de convertir la cuestión en un acontecimiento -y miró hacia Hardin, que le devolvió la mirada-. Yo detuve ese intento.

-¡Ah! -exclamó Fara-. Pero puede que esté equivocado. ¿No les extraña -se detuvo y colocó uno de sus dedos en su pequeña nariz redonda- que la Bóveda sea abierta precisamente en un momento tan conveniente para todos?

-Muy inconveniente, querrá decir -murmuró Fulham-. Tenemos otras muchas cosas de las que preocuparnos.

-¿Otras cosas más importantes que un mensaje de Hari Seldon? No lo creo.

Fara estaba adoptando una actitud más pontificial que nunca y Hardin le observó, con una expresión pensativa. ¿Qué estaba intentando dar a entender?

-De hecho -dijo Fara con una expresión de felicidad-, todos ustedes parecen olvidar que Seldon fue el más grande psicólogo de nuestro tiempo y el verdadero fundador de nuestra Fundación. Parece razonable suponer que utilizó su ciencia para determinar el curso probable de la historia del futuro inmediato. Si lo hizo así, tal y como parece, repito, se las habría arreglado, sin la menor duda, para encontrar una forma de advertirnos del peligro y, quizá, de señalarnos una solución. La Enciclopedia era algo muy querido para él, ya lo saben todos.

Se extendió entre los presentes un hálito de perpleja duda. Pirenne también dudó.

-Bueno, realmente no sé qué decir. La psicología es una gran ciencia, pero... no hay psicólogos entre nosotros, por el momento. Creo que estamos pisando sobre terreno incierto.

-¿No estudió usted psicología con Alurin? -preguntó Fara, dirigiéndose a Hardin.

-Sí -contestó éste, medio ensimismado-. Sin embargo, nunca terminé mis estudios. Me cansé de la teoría. Quería ser ingeniero psicológico, pero nos faltaban los servicios adecuados, así es que hice lo mejor que podía hacer a continuación..., me introduje en el mundo de la política. Es prácticamente lo mismo.

-Bien, ¿y qué piensa de la Primera Bóveda?

-No lo sé -contestó Hardin, con precaución.

Ya no volvió a decir nada más durante el resto de la reunión... aun cuando se volvió a tratar el tema del canciller del Imperio.

De hecho, ni siquiera escuchó lo que se dijo. Había encontrado una nueva pista y las cosas parecían ir ajustándose en su sitio... aun cuando sólo fuera un poco. Los pequeños ángulos encajaban... uno o dos.

Y la psicología era la clave. De eso estaba seguro.

Estaba tratando desesperadamente de recordar la teoría psicológica que aprendiera en otra época... y de ella extrajo una cosa desde el principio.

Un gran psicólogo como Seldon podría haber desenmarañado las emociones y las reacciones humanas hasta un punto ,1o suficientemente amplio como para ser capaz de predecir con bastante claridad el devenir histórico del futuro.

Y eso significaba... ¡humm!

Lord Dorwin tomaba rapé. También tenía un pelo largo, rizado de un modo complicado y, evidentemente, artificial. A ello se añadían un par de velludas patillas rubias, que se acariciaba afectuosamente. Además, hablaba haciendo afirmaciones muy precisas y dejando de pronunciar las erres.

Por el momento, Hardin no tuvo tiempo de pensar en ninguna otra razón para explicar la instantánea sensación de aborrecimiento que tuvo al ver al noble canciller. ¡Oh, sí! También estaban los elegantes gestos con los que solía subrayar sus observaciones y la estudiada condescendencia con la que acompañaba cualquier afirmación, por simple que fuera.

Pero, en cualquier caso, el problema consistía . ahora en localizarle. Había desaparecido, junto con Pirenne, hacía media hora... los dos desaparecieron simplemente de su vista.

Hardin estaba seguro de que su propia ausencia durante las discusiones preliminares le vendría bastante bien a Pirenne.

Pero Pirenne había sido visto en esta ala y en este piso del edificio. Se trataba simplemente de ir abriendo una puerta tras otra. A medio camino lanzó una exclamación y penetró en la habitación oscurecida. El perfil del intrincado pelo de lord Dorwin era inconfundible, recortado contra la pantalla iluminada.

Lord Dorwin levantó la vista y dijo:

-Hola, Hagdiri. Sin duda alguna estaba buscándonos, ¿vegdad?

Levantó su tabaquera, superadornada con una pobre mano de obra, dirigiéndola hacia Hardin y, tras la amable negativa de éste, tomó una pizca de rapé y sonrió graciosamente.

Pirenne frunció el ceño al ver a Hardin, pero le miró con una expresión de indiferencia.

El único sonido que rompió el breve silencio que siguió fue el clic del cierre de la tabaquera de lord Dorwin. Y, después, la apartó a un lado y dijo:

-Esa Enciclopedia suya es una ggan cosa, Hagdin. De hecho, es algo compagabíe con los loggos más majestuosos de todos los tiempos.

-La mayor parte de nosotros pensamos así, mí lord. Sin embargo, es algo que todavía no ha sido realizado por completo.

Librodot

-Pog lo poco que he podido veg sobge la eficacia de su Fundación, no abgigo ningún temog al gespecto -e hizo un gesto de asentimiento hacia Pirenne, que éste contestó con una deliciosa inclinación.

«Una fiesta de amor», pensó Hardin.

-Quisiera quejarme sobre la falta de eficacia, milord, así como del definitivo exceso de eficacia por parte de los anacreontianos..., aunque en otra dirección más destructiva.

-¡Ah, sí, Anacgeonte! -e hizo un gesto negligente con la mano-. Acabo de llegag de Tgeag. Es el planeta más bágbago. Es casi inconcebible que los seges humanos puedan vivig aquí, en la pegifegia. Aquí faltan las exigencias más elementales de un caballego cultugizado; también faltan los medios fundamentales paga la comodidad y conveniencia... y la extgema negligencia con que ellos...

-Desgraciadamente -le interrumpió Hardin-, los anacreontianos disponen de todo lo necesario para la guerra y también están en posesión de los medios fundamentales para producir destrucción.

-Sí, sí. -Lord Dorwin parecía extrañado, quizá por haber sido interrumpido a mitad de una frase-. Pego no vamos a discutig esas cosas ahoga. Doctog Pigenne, ¿no iba a enseñagme el segundo volumen? Hágalo, pog favog.

Las luces se apagaron y, durante la media hora siguiente, Hardin podría haberse encontrado en Anacreonte, por la atención que le prestaron. El libro que aparecía sobre la pantalla tenía muy poco sentido para él, y tampoco hizo ningún esfuerzo por seguirlo, pero lord Dorwin se sintió humanamente excitado. Hardin se dio cuenta de que durante estos momentos de excitación, el canciller pronunciaba sus erres.

Cuando volvieron a encenderse las luces, lord Dorwin dijo:

-Magavilloso. Vegdadegamente magavilloso. Y a pgopósito, no estagá usted integesado en la agqueología, ¿vegdad, Hagdin?

-¿Eh? -Hardin sacudió la cabeza, saliendo de su ensimismamiento-. No, milord, no lo estoy. Soy un psicólogo por vocación original, y un político por decisión final.

-¡Ah! No cabe la menog duda de que se tgata de estudios muy integesantes. Yo mismo, ya sabe... -y tomó un buen pellizco de rapé-, estoy ligegamente integesado pog la agqueología.

-¿De veras?

-Su señoría -le interrumpió Pirenne- está muy familiarizado con ese campo.

-Bueno, quizá lo esté, quizá -dijo complacientemente su señoría-. He gealizado una enogme cantida de tgabajo en la ciencia. De hecho, soy muy leído. He tgabajado con todo lo gelacionado con los jawdun, los obijasi y los khomwill... ¡Oh, sí, con todos ellos!

-He oído hablar de ellos, desde luego -dijo Hardin-, pero nunca he leído nada sobre ellos.

-Debegía haceglo algún día, quegido. Le gecompensagá ampliamente. Considego que vale mucho la pena habeg hecho este viaje aquí, a la pegifegia, paga veg esta copia de Lameth. ¿Me cgeegía si le digo que en mi libgegía falta pog completo una copia? Y a pgopósito, doctog Pigenne, no se habgá olvidado de su pgomesa de tgansdesaggollag una copia para mi, antes de magchagme, ¿vegdad?

Librodot

-Estaré encantado de hacerlo.

-Tienen que sabeg que Lameth -siguió diciendo el canciller, con su estilo pontifical- gepgesenta un nuevo e integesante aditivo a mis conocimientos pgevios sobge la «cuestión ogigen».

-¿Qué cuestión? -preguntó Hardin.

-La «cuestión ogigen». El lugag del ogigen de las especies humanas, ya sabe. Segugamente sabe que se piensa que ogigilnalmente la gaza humana sólo ocupó uno de los sistemas planetagios.

-Sí, eso ya lo sé.

-Desde luego, nadie sabe con exactitud de qué sistema se tgataba... Está pegdido en la nebulosa de la antigüedad. Sin embaggo, hay algunas teogías. Algunos dicen que Sigio. Otgos insisten en que fue en Alfa Centaugo, o en el Sol, o en 61 Cygni... Como ve, todos están en el sectog de Sigio.

-¿Y qué dice Lameth?

-Bueno, él tgata de seguig una pista completamente nueva. Pgetende demostgag que los gestos agqueológicos hallados en el tegcer planeta del sistema Acgtugiano demuestgan que la humanidad existió allí antes de que apageciega cualquieg clase de indicaciones sobge viajes espaciales.

-¿Significa eso que fue ése el planeta donde nació la humanidad?

-Quizá. Tengo que estudiaglo atentamente y compgobag las pguebas antes de podeg pgonunciagme. Sólo hay que veg lo dignas de confianza que son sus obsegvaciones.

Hardin permaneció en silencio durante un momento. Después, preguntó:

-¿Cuándo escribió Lameth su libro?

-¡Oh! Yo digía que hace apgoximadamente unos ochocientos años. Natugalmente, lo ha basado ampliamente en los tgabajos pgevios de Gleen.

-Entonces, ¿por qué confiar en él? ¿Por qué no ir al sistema Acrturiano y estudiar por vos mismo los restos allí existentes?

Lord Dorwin elevó las cejas y se apresuró a coger otro pellizco de rapé.

-¿Y paga qué, mi quegido amigo?

-Para conseguir información de primera mano, desde luego.

-Pego, ¿paga qué hay necesidad de haceglo? Pagece un método muy poco común y excesivamente dispagatado. Mige, dispongo de todas las obgas de los antiguos maestgos..., los ggandes agqueólogos del pasado. Compago los unos con los otgos, equilibgio sus desacuegdos, analizo las afigmaciones conflictivas, decido cuál es pgobablemente la más coggecta... y llego a una conclusión. Eso es un método científico. ¡Qué insufgiblemente cgudo segía ig a Agctugus o al Sol, pog ejemplo, e ig de un lado a otgo, cuando los antiguos maestgos ya han excavado el suelo mucho más efectivamente de lo que nosotgos podgíamos haceglo.

-Ya entiendo -murmuró Hardin, con amabilidad.

Método científico, ¡diablos! No era nada asombroso que toda la galaxia estuviera derrumbándose.

-Vamos, milord -dijo Pirenne-. Creo que será mejor que volvamos.

Librodot

-¡Ah, sí! Quizá sea mejog.

En el momento en que se disponían a abandonar la habitación, Hardin dijo de pronto:

-Milord, ¿me permite hacerle una pregunta?

Lord Dorwin sonrió suavemente y puso énfasis en su contestación con un gracioso gesto de la mano.

-Desde luego, mi quegido amigo. Me sentigé muy feliz de segle de alguna ayuda. Si pagtiendo de mis pobges conocimientos le puedo segvig de algo...

-Mí pregunta no está exactamente relacionada con la arqueología, milord.

-¿No?

-No. Se trata de lo siguiente. El pasado año recibimos aquí en Términus noticias sobre la explosión ocurrida en una planta de energía en el planeta y de Gamma Andrómeda. Conseguimos una descripción general del accidente... sin detalles. Me pregunto si podría usted decirme lo que sucedió exactamente.

La boca de Pirenne se contrajo.

-Me asombra que molestes a su señoría con preguntas sobre temas totalmente irrelevantes.

-No impogta, doctog Pigenne -intercedió el canciller-. Está bien. En cualquieg caso, no hay mucho que decig al gespecto. La planta de eneggía explotó y fue una catástgofe bastante ggande, ya sabe. Cgeo que mugiegon vagios millones de pegsonas y pog lo menos la mitad del planeta quedó completamente agguinado. En gealidad, el gobiegno está considegando segiamente el imponeg algunas gestgicciones sobge el uso indiscgiminado de la eneggía atómica..., aunque eso, como ya compgendegá, no es algo destinado a la publicación genegal.

-Comprendo -dijo Hardin-. Pero ¿qué falló en la planta?

-Bueno, en gealidad, ¿quién lo sabe? -contestó lord Dorwin, con indiferencia-. Se estgopeó algunos años antes y se piensa que las gepagaciones fuegon de mala calidad. ¡Gesulta tan difícil encontgag en estos días pegsonas que entiendan gealmente los detalles más técnicos de nuestgos sistemas eneggéticos! -y tomó un pellizco de rapé, con un gesto de sentimiento.

-¿Se ha dado cuenta -preguntó Hardin- de que los reinos independientes de la periferia han perdido la energía atómica?

-¿De vegas? No me sogpgende en absoluto. Son planetas bágbagos... ¡Oh, pego mi quegido amigo, no les llame independientes! Ya sabe que no lo son. Los tgatados que hemos establecido con ellos así lo demuestgan. Ellos geconocen la sobeganía del empegadog. Tuviegon que haceglo, desde luego, puesto que en caso conígagio no habgíamos establecido tgatados con ellos.

-Puede que sea así, pero, en cualquier caso, disponen de una considerable libertad de acción.

-Sí, supongo que si. Considegable. Pego eso apenas impogía. El Impegio está mucho mejog con la pegifegia dependiendo de sus pgopios gecugsos..., como ahoga

Librodot

sucede, más o menos. Ya sabe, no gepgesentan ningún bien paga nosotgos. Me gefiego a la mayog pagte de los planetas bágbagos. Apenas si están civilizados.

-Pero fueron civilizados en el pasado. Anacreonte fue una de las provincias exteriores más ricas. Creo que podía compararse favorablemente incluso con la propia Vega.

-¡Oh, Hagdin, pego eso fue hace siglos! No se pueden extgaeg conclusiones de eso. Las cosas egan difegentes en los viejos y glogiosos tiempos. Ahoga no somos los hombges que égamos, ya sabe. Pego Hagdin, vamos, es usted un hombge muy insistente y ya le he dicho que no estaba dispuesto a discutig cosas hoy. El doctog Pigenne ya me había pgevenído contga usted. Me dijo que ígaíagía de liagme, pego soy demasiado viejo paga eso. Déjelo paga el pgóximo día.

Y aquello fue todo»

Esta era la segunda reunión del Consejo a la que Hardin asistía, si se excluían las charlas informales que los miembros del Consejo habían mantenido con lord Dorwin, que ahora ya se había marchado. Sin embargo, el alcalde tenía una idea perfectamente definida de que al menos se había mantenido otro Consejo y posiblemente dos o tres, para los que, de algún modo, no habían recibido invitación.

Según le parecía, tampoco habría recibido invitación para asistir a éste, de no haber sido por el ultimátum.

El, al menos, lo consideraba como un ultimátum, aunque una lectura superficial del documento visigrafiado le podría llevar a uno a pensar que se trataba de un amistoso intercambio de saludos entre dos potentados.

Hardin lo recorrió cautelosamente con la vista. Comenzaba con un florido saludo de «Su Poderosa Majestad, el Rey de Anacreonte, a su amigo y hermano, el doctor Lewis Pirenne, presidente del Consejo de Fideicomisarios, de la Fundación Enciclopedia Número Uno», y terminaba incluso más profusamente, con un sello gigantesco y coloreado del más complicado simbolismo.

Pero, de todos modos, era un ultimátum.

-Se ha demostrado -dijo Hardin- que, al fin y al cabo, no disponíamos de mucho tiempo..., sólo de tres meses. Pero, a pesar de ser poco, lo desaprovechamos. Esto que tenemos ante nosotros, nos da una semana de tiempo. ¿Qué hacemos ahora?

Pirenne frunció el ceño, preocupado.

-Tiene que haber una escapatoria. Es absolutamente inconcebible que lleven las cosas a tales extremos, sobre todo a la vista de lo que lord Dorwin nos aseguró con respecto a la actitud del emperador y del Imperio.

-Ya entiendo -dijo Hardin, levantando la cabeza-. ¿Has informado al rey de Anacreonte de esa actitud?

-Lo hice... tras haber sometido la proposición al Consejo, para que la aprobara, y habiendo recibido un consentimiento unánime.

-¿Y cuándo se produjo esa votación?

-No creo ser responsable ante ti de ninguna forma, alcalde Hardin -contestó Pirenne, adoptando la actitud de su dignidad.

-Muy bien. De todos modos, no estoy vitalmente interesado en eso. En mi opinión, fue precisamente tu diplomática información sobre la valiosa contribución de

Librodot

lord Dorwin a la situación -elevó un ángulo de su boca en una agria semisonrisa- la que ha provocado directamente esta pequeña nota amistosa. De no haber sido por eso, la podrían haber retrasado algún tiempo más..., aunque no creo que ese tiempo adicional nos hubiera servido de mucho, considerando la actitud del Consejo.

-¿Y cómo llega usted a esa notable conclusión, alcalde? -preguntó Yate Fulham.

-De una forma bastante simple. Sólo se necesita utilizar esa capacidad tan descuidada que se llama... sentido común. Hay una rama del conocimiento humano denominada lógica simbólica, que puede ser utilizada para reducir toda clase de hojarasca al sentido básico que se oculta en el lenguaje humano.

-¿Y qué pasa con eso? -preguntó Fulham.

-Yo la he aplicado. Y, entre otras cosas, la he aplicado a este documento que tenemos aquí. En realidad, no necesitaba hacerlo para mí mismo, porque sabía de qué se trataba, pero creo que de este modo lo podré explicar más fácilmente a cinco científicos físicos, utilizando símbolos en lugar de palabras.

Hardin cogió unas pocas hojas de papel de la carpeta que tenía bajo el brazo y las extendió sobre la mesa.

-Y, a propósito, esto no lo he hecho yo mismo -dijo-. Como pueden ver, el análisis está firmado por Muller Holk, del departamento de Lógica.

Pirenne se inclinó sobre la mesa para verlo mejor y Hardin siguió diciendo:

-El mensaje de Anacreonte fue un problema muy simple, naturalmente, porque los hombres que lo escribieron son hombres de acción, antes que hombres de palabras. Se puede seguir fácil y directamente hasta la afirmación final, que es lo que ustedes ven aquí en símbolos, y que traducido a palabras dice aproximadamente lo siguiente: «O nos dan en una semana lo que deseamos, o les daremos una buena paliza y, de todos modos, nos lo llevaremos.» Se produjo un silencio entre los cinco miembros del Consejo mientras éstos recorrieron la línea de símbolos. Después, Pirenne volvió a sentarse y tosió, sintiéndose incómodo.

-¿No hay ninguna escapatoria para esto, doctor Pirenne? -preguntó Hardin.

-No parece haberla.

-Muy bien. -Hardin volvió a colocar las hojas en su lugar-. Ante ustedes tienen ahora una copia del tratado establecido entre el Imperio y Anacreonte; un tratado que, incidentalmente, fue firmado en nombre del emperador por el propio lord Dorwin, que estuvo aquí la semana pasada. Junto a él verán un análisis simbólico.

El tratado apareció en la pantalla. Eran cinco páginas impresas, de letra pequeña, y el análisis estaba dibujado en apenas la media página final.

-Como verán, caballeros, aproximadamente el noventa por ciento del tratado ha sido mantenido al margen del análisis por tratarse de cosas insignificantes, y el resultado final con el que nos encontramos puede ser descrito de la siguiente e interesante manera : obligaciones de Anacreonte con respecto al Imperio: ¡ninguna! Poderes del Imperio sobre Anacreonte: ¡ninguno!

Los cinco hombres volvieron a seguir ansiosamente el razonamiento, comprobando cuidadosamente el tratado, y cuando terminaron, Pirenne dijo, con un aspecto preocupado:

-Eso parece correcto.

Librodot

-¿Admiten entonces que el tratado no es nada más que una declaración de total independencia por parte de Anacreonte y un reconocimiento de ese status por parte del Imperio?

-Así parece ser.

-¿Y suponen que Anacreonte no se da cuenta de eso y que no está ansioso por hacer resaltar la posición de independencia... de modo que pueda tomar a mal cualquier matiz de amenaza por parte del Imperio? Sobre todo cuando es evidente que el Imperio no tiene poder alguno para hacer cumplir tales amenazas, pues, en caso contrario, no habría permitido tal independencia.

-Pero entonces -argumentó Sutt-, ¿cómo explicaría el alcalde Hardin las seguridades que nos dio lord Dorwin sobre el apoyo del Imperio? Parecían... -se encogió de hombros-. Bueno, quiero decir que parecían satisfactorias.

Hardin se echó hacia atrás en la silla.

-¿Sabe? Esa es precisamente la parte más interesante de toda la cuestión. Admito que llegué a pensar que su señoría era el burro más consumado con quien jamás me había encontrado..., pero resultó ser que, en realidad, se comportó como un diplomático excelente y como un hombre extremadamente inteligente. Me tomé la libertad de grabar todo lo que dijo.

Hubo unos murmullos y Pirenne abrió la boca, lleno de horror.

-¿Qué pasa? -preguntó Hardin-. Me daba cuenta de que eso significaba una ruptura del sentido de la hospitalidad y algo, que no haría lo que suele ser considerado como un caballero. También me di cuenta de que si su señoría me hubiera cogido, las cosas podrían haberse desarrollado de una forma desagradable; pero él no descubrió nada y ahora tengo la grabación y ya está todo hecho. Tomé esa grabación, hice sacar copia y también se la envié a Holk para que la analizara.

-¿Y dónde está el análisis? -preguntó Lundin Crast.

-Eso es lo más interesante de todo -replicó Hardin-. Este análisis fue el más difícil de los tres. Cuando después de dos días de continuo trabajo, Holk consiguió eliminar todas las afirmaciones sin significado alguno, toda la palabrería ambigua, todas las calificaciones inútiles..., en resumen, toda la paja, se encontró con que no quedaba nada. Todo quedaba anulado.

»Caballeros, lord Dorwin *no dijo una maldita cosa* durante los cinco días de discusión, y lo hizo de manera que nadie se diera cuenta. Esas son las seguridades que han recibido ustedes de su precioso Imperio.

Con esta última afirmación, Hardin creó tanta confusión como si hubiera colocado una bomba de relojería activada sobre la mesa. Esperó, con aburrida paciencia, a que fuera desapareciendo la confusión.

-Así pues -terminó diciendo al cabo de un rato-, cuando enviaron amenazas, y eso es lo que eran, sobre la acción del Imperio con respecto a Anacreonte, lo único que hicieron fue irritar a un monarca que conocía mucho mejor la situación. Naturalmente, su ego exigía una acción inmediata, y el ultimátum es el resultado final de todo esto..., lo que me lleva a mi afirmación original. Sólo nos queda una semana de tiempo y... ¿qué hacemos ahora?

-Según parece -dijo Sutt-, no nos queda otro remedio que permitir a Anacreonte el establecimiento de bases militares en Términus.

Librodot

-Estoy de acuerdo en ese punto -convino Hardin-, pero ¿qué hacemos con respecto a arrojarles de aquí a la primera oportunidad que se nos presente?

-Eso suena -dijo Yate Fulham, retorciéndose el bigote-, como si ya hubiera decidido mentalmente que es necesario utilizar la violencia contra ellos.

-La violencia es el último recurso del incompetente -fue la respuesta-. Pero, desde luego, no tengo la intención de extender la alfombra de bienvenida y limpiar nuestros mejores muebles para que ellos los utilicen.

-Sigue sin gustarme la forma en que usted lo expresa -dijo Fulham, insistiendo-. Se trata de una actitud peligrosa. Quizá sea de lo más peligrosa, porque hemos notado últimamente que' una parte considerable de la población parece responder exactamente así a todas sus sugerencias. Le puedo decir, alcalde Hardin, que este Consejo no está ciego del todo ante todas sus recientes actividades.

Se detuvo y hubo una actitud de consenso general sobre estas palabras. Hardin se encogió de hombros y Fulham siguió diciendo:

-Si tiene usted el propósito de incitar a la ciudad hacia un acto de violencia, sólo estaría provocando un complicado acto de suicidio... y no tenemos la intención de permitirlo. Nuestra política sólo "tiene un principio cardinal, y ése es la Enciclopedia. Decidamos lo que decidamos, lo haremos únicamente porque será la medida más adecuada para mantener segura la Enciclopedia.

-Entonces -dijo Hardin-, llego a la conclusión de que debemos continuar nuestra intensa campaña de no hacer nada.

-Tú mismo nos has demostrado que el Imperio no puede ayudarnos -dijo Pirenne, amargamente-. Sin embargo, no acabo de comprender cómo y por qué tiene que ser así. Si es necesario el compromiso...

Hardin tenía la sensación de pesadilla de estar corriendo a toda velocidad para no llegar a ningún sitio.

-No hay compromiso posible. ¿No se dan cuenta de que lo de las bases militares no es más que un grado inferior de sumisión? Haut Rodric nos dijo lo que iba buscando Anacreonte..., anexión inmediata e imposición de su propio sistema feudal de lotes de terreno y de la creación de una economía basada en el campesinado y la aristocracia. Lo que aún queda de nuestra baladronada sobre la energía atómica puede obligarles a actuar con lentitud, pero, de todos modos, lo harán.

Se había levantado, con una actitud indignada y los demás también se levantaron..., excepto Jord Fara.

-Por. favor, quieren sentarse todos -dijo entonces Jord Fara-. Hemos conseguido llegar bastante lejos. Vamos, alcalde Hardin, no vale la pena adoptar una actitud tan furiosa; ninguno de nosotros ha cometido ninguna traición.

-¡Tendrá que convencerme de eso!

-Sabe muy bien que no quiere decir lo que ha dicho -comentó Fara, sonriendo suavemente-. ¡Déjeme hablar!

Sus pequeños y perspicaces ojos estaban semicerrados y el sudor brillaba sobre la suave amplitud de su frente.

-Parece que no vale la pena ocultar que el Consejo ha llegado a la decisión de que la verdadera solución al problema anacreontiano se encuentra en lo que se nos revele cuando abramos la Primera Bóveda, dentro de seis días.

-¿Es ésa su contribución a la cuestión?

-Sí.

-Eso significa que no vamos a hacer nada, excepto esperar con toda serenidad y una fe extraordinaria a que el *deus ex machina* surja de la Primera Bóveda, ¿no es eso?

-En efecto, ésa es la idea, desnuda de su fraseología emocional.

-¡Qué escapismo más poco sutil! Realmente, doctor Fara, eso tiene la impronta del genio. Una mente menos completa sería incapaz de haber llegado a esa conclusión.

-Su gusto por los epigramas es muy divertido, Hardin, pero está fuera de lugar -dijo Fara, sonriendo con indulgencia-. En realidad, creo que fue usted mismo quien me recordó hace unas tres semanas la línea de argumentación relacionada con la Primera Bóveda.

-Sí, lo recuerdo. No niego que no fue más que una idea estúpida, considerándola únicamente desde el punto de vista de la lógica deductiva. Dijo usted, y puede interrumpirme si cometo alguna equivocación, que Hari Seldon fue el mayor psicólogo de todo el sistema; que, en consecuencia, pudo prever el momento apretado e incómodo en que nos hallamos ahora; que, por lo tanto, estableció la Primera Bóveda como un método de comunicarnos la salida adecuada.

-Ha captado usted la esencia de la idea.

-¿Le sorprendería saber que durante estas últimas semanas me he dedicado mucho a pensar en la cuestión?

-Muy interesante. ¿Y con qué resultado?

-Con el resultado de que esa deducción no era más que un deseo. Una vez más, lo que se necesita aquí es un poco de sentido común.

-¿Como por ejemplo?

-Como por ejemplo, tener en cuenta lo siguiente: si pudo prever el problema anacreontiano, ¿por qué no habernos colocado en algún otro planeta, más cerca de los centros galácticos? ¿Por qué situarnos aquí si pudo concebir previamente la ruptura de las líneas de comunicación, nuestro aislamiento de la galaxia, la amenaza de nuestros vecinos y nuestro desamparo a causa de la falta de metales en Términus? ¡Esto último, sobre todo! O si pudo prever todo esto, ¿por qué no haber advertido previamente a los primeros que llegaron aquí para que hubieran podido disponer así de tiempo para prepararse, en lugar de dejarles esperando, como está haciendo, hasta que uno de nuestros pies se encuentra ya sobre el precipicio?

»Y no olviden esto: aun cuando pudiera prever el problema entonces, nosotros también lo podemos ver ahora. En consecuencia, si él pudo prever la solución, nosotros tendríamos que ser capaces de verla ahora. Después de todo, Seldon no fue ningún mago. No existe ningún método de truco para escapar a un dilema, me refiero a métodos que él pudiera ver y nosotros no.

-Pero, Hardin -le recordó Fara-, ¡no podemos!

-Pero no lo han *intentado.* No lo han intentado ni siquiera una sola vez. Al principio, se negaron a admitir la existencia de una amenaza. Después, depositaron la fe más ciega y absoluta en el emperador. Y ahora, desvían el problema hacia Hari Seldon, esperando de él la solución. Lo único que han hecho en todos esos casos es basarse en la autoridad o en el pasado..., pero nunca en sí mismos.

Sus puños se contrajeron espasmódicamente.

Librodot

-Eso se va acumulando, hasta convertirse en una actitud enfermiza..., en un reflejo condicionado que aparta a un lado la independencia de sus mentes cuando se plantea una cuestión de oponerse a la autoridad. Parece que en sus mentes no existe la menor duda de que el emperador es más poderoso de lo que lo son ustedes, o bien que Hari Seldon fue más sabio. Y eso es erróneo, ¿no lo comprenden?

Por alguna razón, nadie se preocupó de contestarle.

-Pero no son solamente ustedes -siguió diciendo Hardin-. Es toda la galaxia. Pirenne ya oyó la idea que tiene lord Dorwin sobre la investigación científica. Lord Dorwin cree que la forma de ser un buen arqueólogo es leer todos los libros que han sido escritos sobre el tema..., escritos por hombres que murieron hace siglos. Piensa que la forma de resolver todos los enigmas arqueológicos consiste en sopesar y contraponer ideas opuestas. Y Pirenne se limitó a escuchar y no opuso ninguna objeción. ¿No comprenden que hay algo erróneo en toda esa actitud?

Hubo de nuevo una nota de casi ruego en su voz. Y tampoco en esta ocasión hubo respuesta.

-Y ustedes -siguió diciendo-, así como la mitad de la población de Términus, hacen lo mismo. Permanecemos sentados aquí, considerando la Enciclopedia como el summum. Consideramos que el máximo fin de la ciencia consiste en clasificar toda la información obtenida en el pasado. Eso es importante, pero ¿es que ya no queda ningún otro trabajo por hacer? Estamos retrocediendo y olvidando, ¿no se dan cuenta? Aquí, en la periferia, se ha perdido el uso de la energía atómica. En Gamma Andrómeda ha explotado una planta de energía a causa de unas reparaciones deficientes, y el canciller del Imperio se queja, diciendo que ya quedan pocos técnicos atómicos. ¿Cuál es la solución? ¿Entrenar a nuevos técnicos? ¡Nunca! En lugar de eso, lo único que hacen es restringir el uso de la energía atómica.

»¿No lo comprenden? -volvió a preguntar por tercera vez-. Está extendido por toda la galaxia. Es como una veneración del pasado. Es un deterioro..., *¡un estancamiento!*

Se quedó mirando a los presentes, de uno en uno y ellos le devolvieron la mirada fijamente.

Fara fue el primero en recuperarse.

-Bien, la filosofía mística no va a ayudarnos en nada en este caso. Seamos concretos. ¿Niega usted la posibilidad de que Hari Seldon pudo haber elaborado fácilmente las tendencias históricas del futuro mediante la simple utilización de la técnica psicológica?

-No, claro que no -gritó Hardin-. Pero no podemos confiar en él para hallar una solución. Lo mejor que podrá hacer es indicar el problema, pero si existe una solución, tendremos que encontrarla nosotros mismos. El no puede hacerlo por nosotros.

-¿Qué quiere decir con eso de... indicar el problema? -preguntó Fulham, de repente-. Nosotros ya conocemos el problema.

-¿Lo cree así? -preguntó Hardin, volviéndose hacia él-. ¿Cree realmente que Anacreonte es todo lo que le hubiera preocupado a Hari Seldon? ¡No estoy de acuerdo! Caballeros, les digo que ninguno de ustedes tiene por ahora la menor idea de lo que está sucediendo.

-¿Y tú sí? -preguntó Pirenne, con hostilidad.

-¡Creo que sí! -contestó Hardin, levantándose y apartando la silla; la mirada de sus ojos era fría y dura-. Si hay algo que pueda considerarse como definido es que en toda la

situación existe algo que huele mal; algo que es mucho más grande que todo aquello sobre lo que hemos hablado. Háganse ustedes mismos esta pregunta: ¿por qué entre toda la población original de la Fundación no se incluyó a ningún psicólogo de primera clase, excepto Bor Alurin? Y él mismo evitó entrenar a sus alumnos, no pasando más allá de las cuestiones fundamentales.

Se produjo un breve silencio, y finalmente Fara preguntó:

-Muy bien. ¿Por qué?

-Quizá porque un psicólogo podría haberse dado cuenta de lo que estaba sucediendo... y demasiado pronto para la conveniencia de Hari Seldon. Tal y como están las cosas, lo único que hemos hecho es deambular de un lado a otro, cantando fugaces y nebulosas visiones de la verdad. Nada más. Y eso es lo que quería Hari Seldon.

»¡Buenos días, caballeros! -dijo, despidiéndose con una risa áspera. Y salió de la habitación.

El alcalde Hardin mordió la punta de su puro. Se había apagado, pero él no se daba cuenta. No había dormido la noche anterior, y tenía una idea bastante justificada de que tampoco podría dormir esta noche. Sus ojos mostraban el cansancio. -¿Y eso lo cubre? -preguntó débilmente. -Así lo creo -contestó Yohan Lee, llevándose una mano a la frente-. ¿Qué tal suena?

-No demasiado mal. Como comprenderá, es algo que se tiene que hacer con insolencia. O sea, no debe haber ningún momento de duda; no hay que darles tiempo para que comprendan la situación. Una vez que nos encontremos en situación de dar órdenes, hágalo como si hubiera nacido para darlas, y ellos obedecerán por costumbre. Esa es la esencia de todo golpe.

-Si el Consejo permanece indeciso... -¿El Consejo? No hay que contar con él. A partir de mañana, su importancia como un factor determinante en los asuntos de Términus no valdrá un maldito medio crédito oxidado.

-Sin embargo -dijo Lee, asintiendo lentamente-, resulta extraño que no hayan hecho nada hasta el momento para detenernos. Dijo usted que ellos no estaban por completo en Babia.

-Fara lo indicó con cierta claridad. Y Pirenne ha estado sospechando de mí desde que fui elegido. Pero, en realidad, nunca tuvieron capacidad para comprender lo que estaba sucediendo realmente. Todo su entrenamiento ha sido autoritario. Están absolutamente seguros de que el emperador es todopoderoso, precisamente por ser el emperador. Y también están seguros de que el Consejo de Fideicomisarios no puede encontrarse en una posición en la que no dé las órdenes, simplemente por ser el Consejo de Fideicomisarios y por actuar en nombre del emperador. Esa incapacidad para reconocer la posibilidad de una revuelta es nuestra mejor aliada. Se levantó de la silla y se dirigió hacia el enfriador de agua.

-En realidad, no son malas personas, Lee, siempre y cuando se atengan a su Enciclopedia... y ya nos ocuparemos de que en el futuro se limiten únicamente a eso. Son incompetentes cuando se trata de gobernar Términus. Y ahora, váyase y haga que las cosas empiecen a funcionar. Quiero estar solo.

Se sentó en la esquina de su mesa y se quedó mirando fijamente el vaso de agua.

¡Espacio! ¡Si sólo tuviera tanta confianza como aparentaba! Los anacreontianos llegarían dentro de dos días, ¿y qué otra cosa podía hacer, excepto tener una serie de ideas y vagas suposiciones sobre lo que Hari Seldon había estado impulsando durante aquellos

Librodot

últimos cincuenta años? El ni siquiera era un buen psicólogo... Sólo era una persona titubeante, con un poco de entrenamiento, que trataba de suponer lo que había concebido la mayor mente de la época.

Si Fara tenía razón; si Anacreonte resultaba ser todo el problema previsto por Hari Seldon; si lo único que estaba interesado era en conservar la Enciclopedia..., ¿de qué serviría entonces aquel *coup d'état?*

Se encogió de hombros y se bebió el vaso de agua.

La Primera Bóveda estaba amueblada con muchas más de seis sillas, como si se hubiera esperado una concurrencia mucho mayor. Hardin percibió reflexivamente este detalle y se sentó cansadamente en una esquina, tan lejos como le fue posible de los otros cinco.

Los miembros del Consejo no parecieron objetar nada a aquella disposición. Hablaban entre ellos, en murmullos que se convertían en monosílabos sibilantes y después en nada. De todos ellos, únicamente Jord Fara parecía sentirse razonablemente sereno. Había traído un reloj y lo estaba observando sombríamente.

Hardin miró su propio reloj y entonces dirigió la mirada hacia el cubículo de cristal -absolutamente vacío- que dominaba la mitad de la estanca. Era el único elemento poco usual que existía allí, porque, aparte de aquello, no había la menor indicación de que en alguna parte una pequeña partícula de radio se estaba gastando para acercarse a ese preciso momento en que caería un volteador, se produciría una conexión y...

¡Las luces se debilitaron!

No se apagaron del todo, sino que simplemente se oscurecieron de una forma tan rápida que hicieron saltar a Hardin en su asiento. Elevó los ojos hacia las luces del techo, con una expresión de asombro, y cuando volvió a bajar la mirada vio que el cubículo de cristal ya no estaba vacío.

Una figura lo ocupaba..., ¡una figura sentada en una silla de ruedas!

Durante unos momentos, no dijo nada, pero cerró el libro que tenía sobre el regazo y lo acarició suavemente. Después, sonrió y el rostro pareció adquirir vida.

-Soy Hari Seldon -dijo con una voz vieja y blanda.

Hardin casi se levantó para saludarle, pero se detuvo a mitad del acto.

-No les puedo ver, ya lo saben -siguió diciendo la voz en un tono de conversación-, de modo que no les puedo saludar adecuadamente. Ni siquiera sé cuántos de ustedes están aquí, así es que todo esto ha de ser llevado adelante de un modo informal. Si alguno de ustedes está de pie, por favor, siéntese; y si desean fumar, no me importa -hubo una ligera risilla-. ¿Por qué me iba a importar? En realidad, no estoy aquí.

Hardin buscó un puro casi automáticamente, pero se lo pensó mejor y no lo encendió.

Hari Seldon apartó su libro -como si lo estuviera dejando a un lado, sobre una mesa- y cuando sus dedos lo dejaron, desapareció.

-Han pasado ya cincuenta años desde que se estableció esta Fundación -siguió diciendo-. Cincuenta años en los que los miembros de la Fundación han permanecido ignorantes sobre hacia dónde conducía aquello en lo que estaban trabajando. Era necesario mantenerlos en tal ignorancia, pero esa necesidad ha desaparecido ahora. Para empezar, hay que decir que la Fundación Enciclopedia es un fraude, y que siempre lo ha sido.

Librodot

Detrás de Hardin hubo un sonido de personas que se removían en sus asientos y una o dos exclamaciones apagadas, pero él no se volvió a mirar hacia atrás.

En cuanto a Hari Seldon, desde luego, permaneció imperturbable. Siguió diciendo:

-Es un fraude en el sentido de que ni yo ni mis colegas nos preocupamos por si se publicaría o no un solo volumen de la Enciclopedia. Sin embargo, el proyecto sirvió su propósito, ya que gracias a él conseguimos un fuero del emperador, pudimos atraer a los cien mil científicos necesarios para nuestro esquema y nos las arreglamos para mantenerlos ocupados mientras los acontecimientos iban adquiriendo su forma, hasta que fuera demasiado tarde para cada uno de ellos la retirada de la situación en que se encontraba.

»En los cincuenta años durante los que han trabajado en este proyecto fraudulento -no vale la pena suavizar las frases-, su retirada les ha sido cortada y ahora no les queda otro camino que seguir trabajando en un proyecto infinitamente más importante, que fue y sigue siendo nuestro verdadero plan.

»Por ese motivo, les hemos situado en un planeta como éste y en un momento en el que, cincuenta años después de concebido, ya no tienen ustedes más libertad de acción. A partir de ahora y durante siglos, es inevitable el camino que se verán obligados a seguir. Se enfrentarán con una serie de crisis, tal y como se están enfrentando ya a la primera y en cada uno de los casos su libertad de acción se hallará circunscrita de un modo similar a la actual, de manera que se verán obligados a seguir uno y únicamente un camino.

»Se trata del camino que ha sido elaborado por nuestra psicología... y ello es así por una razón.

»Durante siglos, la civilización galáctica se ha estancado e incluso sigue un proceso de declinación, aunque sólo unos pocos nos dábamos cuenta de eso. Pero ahora, al menos, la periferia se está separando y está siendo conmocionada la unidad política del Imperio. En algún momento de los pasados cincuenta años es donde los historiadores del futuro trazarán una línea arbitraria y dirán: "Esto señala la caída del Imperio Galáctico."

»Y tendrán razón, aunque apenas habrá algunos que reconocerán esa caída durante algunos siglos más.

»Y después de la caída, llegará inevitablemente la barbarie, un período que, según nos dice nuestra psicohistoria, puede durar, bajo circunstancias ordinarias, de treinta a cincuenta mil años. No podemos evitar la caída. Y tampoco deseamos hacerlo, porque la cultura imperial ha perdido toda la virilidad y el valor que tuvo en otros tiempos. Pero podemos acortar el período de barbarie que ha de seguir inevitablemente..., hasta dejarlo reducido a un espacio de tiempo que sólo será de mil años.

»No les podemos decir los altibajos de ese período de acortamiento, del mismo modo que no les pudimos decir la verdad sobre la Fundación, hace ahora cincuenta años. Si descubrieran ustedes esos altibajos, nuestro plan podría fallar; como habría fallado si hubieran comprendido antes el fraude de la Enciclopedia; porque, en tal caso y debido al conocimiento, su libertad de acción se habría visto aumentada y el número de variables adicionales introducidas se habría hecho mayor que el que nuestra psicología podía manejar.

»Pero no lo pudieron descubrir porque no había psicólogos en Términus, y nunca los hubo, excepto Alurin... y él fue uno de los nuestros.

»Pero sí que les puedo decir lo siguiente: Términus, así como la otra Fundación, en el otro extremo de la galaxia, son las semillas del Renacimiento, y en ambos planetas viven los futuros fundadores del Segundo Imperio Galáctico. Y es la presente crisis la que está naciendo que Términus se ponga en movimiento hacia ese clímax.

»Y, a propósito, ésta es una crisis bastante clara y mucho más simple que la mayor parte de las crisis que aún les esperan. Para dejarla reducida a sus términos fundamentales, hay que tener en cuenta lo siguiente: se encuentran ustedes en un planeta que se ha visto repentinamente cortado con respecto a los centros aún civilizados de la galaxia, y que se ve amenazado por sus vecinos más fuertes. Forman ustedes un pequeño mundo de científicos, rodeados por reinos bárbaros en vasta y rápida expansión. Son una isla de energía atómica en un creciente océano de energía más primitiva; pero, a pesar de ello, se encuentran desamparados, debido a la falta de metales.

»Como verán, se ven enfrentados a una dura necesidad y eso actúa sobre ustedes necesariamente. La naturaleza de esa acción, o sea, la solución de su dilema, es, naturalmente, evidente.

La imagen de Hari Seldon se extendió hacia el aire abierto y el libro apareció de nuevo en su mano. Lo abrió y dijo:

-Por muy intrincado que sea el camino que siga su historia en el futuro, impriman siempre en sus descendientes la idea de que el camino ha sido marcado, y de que al final del mismo se encontrará un imperio nuevo y más grande.

Y mientras sus ojos se inclinaron hacia el libro, desapareció en la nada y las luces volvieron a brillar con toda su intensidad.

Librodot

bien. Dentro de otros seis meses, *ellos* tampoco darían una sola orden más.

De hecho, tal y como había dicho Hari Seldon y tal y como el propio Salvor Hardin había supuesto desde el mismo día en que Anselm *haut* Rodric le había revelado por primera vez que Anacreonte no tenía energía atómica..., la solución a esta primera crisis era evidente.

¡Tan evidente como todo un infierno!

Hardin levantó la vista hacia Pirenne, que le observaba con una mirada trágica en los ojos y los labios temblándole.

La voz del presidente sonó firme, pero monótona:

(-Parece que tenías razón. Si quieres verte con nosotros esta tarde, a las seis, el Consejo consultará contigo en cuanto a cuál debe ser nuestro próximo movimiento.

Se estrecharon las manos entre todos y se marcharon. Y Hardin sonrió para sí. Eran hombres fundamentalmente sanos en aquel aspecto, porque eran lo bastante científicos como para admitir que se habían equivocado..., pero ya era demasiado tarde para ellos.

Miró su reloj. En aquel momento, ya todo se había consumado. Los hombres de Lee se habrían hecho cargo del control y el Consejo ya no podría dar más órdenes.

Los anacreontianos aterrizarían mañana mismo con sus naves espaciales, pero eso también estaba

Librodot

¡Somos civilizados!

Makk Clifton y Alex Apostolides

Naturalmente, la raza superior debía ganar.,., pero superior, ¿según qué pautas... y de quiénes?

Las mujeres y los niños trabajaban, entre los líquenes, recogiendo las hojas más gruesas y maduras para su comida y humedad, completando así su arco del círculo de la simbiosis.

Los hombres trabajaban en la superficie de los canales o en las excavaciones situadas al aire libre. Sus amplias manos mutadas cortaban la arcilla, dura como una roca, abriendo un canal que habría de ser llenado con arena y después cerrado con arcilla por todos sus lados y superficies. Esa agua podría entonces filtrarse a través de la arena sin evaporación, sin pérdida, desde los polos hasta el ecuador de Marte..., filtrarse sin que nada lo impidiera, de modo que la humedad podría llegar a las plantaciones de líquenes de todos, para que nadie pasara hambre o sed.

La filtración debía correr. Ni siquiera en los más oscuros rincones de los recuerdos raciales se sabía de alguien que hubiera tomado jamás más de lo que le correspondía, pues eso sería como los dedos de una mano robando la sangre de los dedos de la otra.

Entre la raza de Marte había muchas palabras para expresar el contento y la afinidad de cada una con todo. Había palabras para expresar el éxtasis de observar las estrellas eternas, durante la noche y durante el día, a través de la tenue atmósfera negruzca. Había palabras para expresar la alegría de abrir las hendiduras de las narices y respirar profundamente en aquellos lugares protegidos donde las arenas fértiles no se arremolinaban, de abrir pliegues de piel elástica para captar los débiles rayos del Sol distante.

Pero no había palabras para indicar «mío», como algo separado de «tuyo». Y tampoco se sentía la necesidad de gritar: «¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el propósito de todo esto?”

Cada uno tenía su propósito, sereno, incuestionable. Cada uno reparaba o extendía los canales de filtración para que otros, no nacidos aún, pudieran conocer las mismas alegrías y éxtasis que ellos. El trabajo era, en sí mismo, una parte de la alegría total, y no lo resistían más de lo que los pulmones saludables resisten el aire claro y frío.

Tan alejado su origen en el tiempo que hasta el concepto del comienzo se había olvidado, la estructura de su interdependencia simbólica se filtraba a través de sus vidas con la naturalidad con que la preciosa agua se filtraba a través de las arenas del canal.

El capitán Griswold mantuvo una expresión impasible en su rostro (dejad que eso sea también una parte de la leyenda). Sin expresión, miró a través de la pantalla hacia la tierra roja que brillaba bajo la nave. Pero, inconscientemente, cuadró los hombros, respiró más profundamente, disfrutando del tirón viril de su uniforme sobre su pecho en expansión. Decididamente, apartó a un lado la visión de incontables generaciones de escolares que aún tendrían que venir, repitiendo obedientemente la lección de sus maestros.

«El capitán Thomas H. Griswold tomó posesión de Marte el 14 de junio de 2018.» No, no debía permitir ser dominado por ningún matiz de vanidad para estimular sus propios

recuerdos sobre este momento. Se encontraba más allá del punto en el que su nombre estaría situado junto a los grandes nombres de todos los tiempos. Sin embargo, no podía negar lo histórico del momento.

La voz del teniente Atkinson interrumpió sus preocupaciones, ahorrándole el inmodesto pensamiento de preguntarse si quizá no debería llevar su visor echado un poco más hacia un lado. Tenía que dar pie a una costumbre, algo distintivo de quienes habían estado en Marte... -Otro canal, señor.

Bajo ellos, una línea recta de color gris-verdoso, extendida hasta el horizonte, contrastando agudamente con el rojo óxido ferroso del paisaje. Todo un planeta de óxido ferroso -hierro-, preparado para la ya hambrienta tecnología de la Alianza Occidental. El capitán sintió una irritación momentánea por el hecho de que aquella estrecha reguera desplazara la preciosa veta de hierro.

Evidentemente, aquellos canales no tenían ningún propósito. Su nave había circunvalado el planeta por su ecuador y después de polo a polo. Había canales por todas partes, pero nada más. Ya se había gastado tiempo y combustible suficiente. Tenían que aterrizar. Evidentemente, no había vida inteligente. Pero , lo histórico del momento no debía ser estropeado por ninguna clase de precipitaciones. No debía quedar ninguna cuestión en los libros que todavía tuviera que ser escrita. No tenía que elevarse ninguna acreditada voz de crítica.

-Transmita mis saludos al señor Barkeley -dijo duramente, dirigiéndose al teniente Atkinson- y pregúntele si es tan amable de acudir a la sala de control -se detuvo un instante y añadió secamente-: Cuando lo crea oportuno.

Sí, el señor Berkeley. ¿Cómo llamaban a ese civil..., un etnólogo? Un tipo del que se suponía era una verdadera autoridad en razas, civilizaciones, modos y costumbres de los grupos. Bueno, aquel hombre era como exceso de equipaje. Aquí no habría ninguna raza con la que establecer contacto. Eso también era bueno. Esos expertos civiles, con sus teorías..., ¡se les mostraba un diente y soñaban con un monstruo! Se les enseñaba una uña y a partir de ella deducían toda una civilización. ¡Era algo sin sentido!

-¿Quería verme, capitán? -la voz era joven, serena y controlada.

Sin darse ninguna prisa, el capitán Griswold se volvió hacia Berkeley. No era un teórico, sino que además era joven. Estos jóvenes superinteligentes, con sus agudos ojos azules. Mucho aprendizaje y pocos conocimientos. Mucha sabiduría y nada de sentido común. Controló cuidadosamente su voz, ocultando su falta de respeto para con el civil.

-Bien, señor Berkeley, hemos reconocido el globo. No hemos visto evidencia alguna de civilización.

-¿No tiene en cuenta los canales, capitán? -preguntó Berkeley, más con curiosidad que por espíritu de negativa.

-Tengo que descartarlos -contestó el capitán con decisión-. No hemos visto ninguna clase de edificios en todo el planeta, ni siquiera ruinas; no hemos visto ninguna prueba de que aquí existan seres inteligentes.

-Yo creo, señor, que unas líneas rectas que corren a lo largo de la mitad de un globo, son una prueba de algo -fue una afirmación sencilla, expresada sin énfasis alguno.

¡Argumentos! ¡Argumentos! Hombres pequeños que tenían que inflarse a sí mismos para alcanzar una estatura de cierta importancia..., destruir lo que de sacramental había en este momento histórico. Pero ahora, había que tranquilizarse. No tenía que quedar el recuerdo de que se hubiera producido el menor conflicto.

Librodot

-¿ Dónde están sus edificios, señor Berkeley? -preguntó con una paciente tolerancia-. ¿Dónde están sus fábricas? ¿Dónde, el humo procedente de sus fábricas? ¿Y las carreteras? ¿Y los servicios de transporte? ¿Dónde están los aviones? Incluso este aire tan tenue podría sustentar un *jet* rápido. No es que exija que deban tener naves espaciales para conceder que tienen inteligencia, señor Berkeley. No exijo que sean iguales al hombre. También yo tengo cierto entrenamiento científico. Y mi entrenamiento me dice que no puedo reconocer la existencia de alguien allí donde no hay la menor prueba.

-Los canales-insistió Berkeley.

Su voz también sonaba controlada, porque él también se daba cuenta de la importancia histórica del momento. Pero su preocupación no estaba relacionada con la posibilidad de que su nombre apareciera en los libros de historia. Sabía demasiado bien lo que hacían los historiadores con los individuos, en beneficio de la conveniencia. Lo único que ¡e preocupaba era que este momento no se convirtiera en un momento de profunda vergüenza para el hombre

-Quizá no tienen ni edificios, ni fábricas, ni humo por la simple razón de que no los necesitan. Quizá no tienen carreteras porque no desean ir a ninguna parte. Quizá su concepto de la vida sea completamente distinto al nuestro. -ordenó Griswold ásperamente-. Hacia ese punto de unión -después, se volvió y observó la pantalla-. Ahí lo tiene, señor Berkeley. Todo muerto. Una docena..., por lo menos una docena de sus canales uniéndose en un solo lugar. Sin duda alguna, si existió alguna civilización, la encontrará en ese preciso lugar -estaba construyendo lenta y cuidadosamente las páginas de la historia-. No deseo que surja nunca la implicación de que el comandante de esta nave, o cualquiera de los miembros de su personal, se negaron a cooperar alguna vez, de algún modo, con las autoridades científicas que están a bordo.

-Eso ya lo sé, capitán -dijo Berkeley-. Y estoy de acuerdo. Vayamos, pues, hacia ese punto de unión.

Griswold se encogió de hombros. -Estamos hablando en un lenguaje totalmente distinto, señor Berkeley.

-Me temo que tiene razón, capitán -concedió Berkeley, suspirando-. Y puede que de ese modo hagamos alguna cosa trágica. Recuerde que el hombre europeo hablaba una lengua diferente a la de los indios norteamericanos, a la de los mayas, polinesios, africanos, indonesios... -se detuvo de pronto, como si la lista fuera interminable-. Únicamente pido que no nos apresuremos a cometer los mismos errores que en el pasado.

-No podemos permanecer para siempre aquí, sobre la superficie -dijo Griswold irritablemente-. Hemos explorado el globo. Los otros expertos están ansiosos por aterrizar, para poder empezar así su trabajo. Hemos investigado en busca de su civilización, y no la hemos encontrado.

-Retiro todas las objeciones al aterrizaje, capitán. Tiene usted toda la razón. Tenemos que aterrizar.

El intercomunicador existente en la pared lanzó un zumbido, y después se oyó una voz:

-Observación a control. Observación a control. Red de canales formando un punto de unión, por delante de nosotros.

-Prepárese para el aterrizaje, teniente Atkinson

Librodot

Un suspiro del servomecanismo, la llamarada intolerablemente caliente, de color azul, y la nave permaneció inmóvil sobre el punto de unión de los canales. La nave se fue asentando lenta y suavemente; sostenida por los pilares formados por la llama que surgía bajo ella, situada directamente sobre el punto de unión de los canales, fundiendo la arena de éstos hasta convertirla en cristales, haciendo explotar sus paredes y transformándolas en vapor. Dentro de sus cálidas y protegidas madrigueras, más allá de los canales, las hendiduras de las narices se cerraron, y el iris de los ojos se contrajo, las estriadas capas de la piel se abrieron y se tensaron, y se volvieron a abrir convulsivamente, en los últimos reflejos de la muerte.

Se produjo una ligera sacudida cuando la nave se asentó en el suelo, bañada por la llamarada, en forma de hongo.

-Un buen aterrizaje, teniente -felicitó el capitán Griswold-. De veras, un buen aterrizaje.

Levantó la cabeza y observó la pantalla para ver cómo el paisaje volvía a aparecer a través del polvo y del vapor.

-Prepárese para desembarcar aproximadamente dentro de seis horas, teniente. Para entonces, el calor habrá remitido lo suficiente. Saldrán los oficiales de la nave, los civ... quiero decir el grupo de científicos y una patrulla de hombres. Yo indicaré el camino. Usted, teniente, llevará la bandera y todo lo necesario para la ceremonia. La celebraremos sin retraso alguno.

Berkeley también estaba observando la pantalla. Se preguntaba cuál habría sido el efecto del calor producido por el aterrizaje sobre los canales. Se preguntaba por qué se habría considerado necesario aterrizar precisamente sobre la unión de los canales. El hombre siempre hace aquello que puede ser más destructivo, como si lo hiciera por instinto.

Se encogió de hombros, alejándose. Aterrizaran donde aterrizaran, siempre podría haberse tratado del lugar más inapropiado.

Mucho más allá y alejado de los canales, allí donde no había llegado el calor, la raza de Marte comenzó a salir de sus madrigueras de protección. Habían visto el meteoro caer violentamente, y uno de sus condicionamientos era precisamente el de buscar sus madrigueras cada vez que sucedía algún fenómeno amenazador.

Ya antes habían caído otros meteoros ardientes, pero en la mente racial interrelacionada no quedaba el menor recuerdo de ninguno que hubiera caído directamente sobre un punto de unión de los canales. Con todo el sistema de sus instintos, sintieron la arena fundida, las paredes rotas de arcilla, el agua evaporada, saliendo por las paredes rotas, desperdiciada. Sintieron las aguas del otro lado de la barrera, avanzando hacia delante, dejando la arena sin llenar. Dentro de los nervios de sus propios cuerpos, sintieron las punzadas anticipadas de las raíces, buscando hacia abajo, en la arena, tratando de encontrar agua, y no hallándola.

Sintieron una verdadera urgencia, dentro de toda la región. La urgencia de apartar de allí aquel meteoro, de restaurar los canales en cuanto lo permitiera el calor. Empezaron a reunirse, formando un círculo alrededor del meteoro y del suelo chamuscado que lo rodeaba. La urgente necesidad de llegar a él antes de que se perdiera demasiada cantidad de agua les impulsó hacia el suelo caliente.

Pero el calor poco usual les mantuvo apartados. Se movieron con indecisión, en número cada vez más creciente, alrededor del meteoro.

Librodot

Como el capitán Griswold no le había pedido que abandonara la sala de control durante las operaciones de aterrizaje, Berkeley todavía estaba allí, observando la pantalla. Ante la primera aparición de la raza de Marte, surgiendo del suelo, exclamó con gran excitación:

-¡Ahí están! ¡Ahí están, capitán!

Griswold acudió rápidamente y permaneció junto a él, observando la pantalla, con los ojos muy abiertos.

-Horrible -murmuró, lleno de una sensación revulsiva.

La náusea fue subiendo por su cuello y detuvo lo que iba a decir por un momento. Pero el sentido de la historia volvió a apoderarse de él.

-Supongo que nos acostumbraremos a su aspecto con el tiempo -concedió.

-Ellos son los constructores, capitán. ¡Es maravilloso! -Berkeley estaba exultante de alegría-. Esas especies de extremidades en forma de palas... ¡son los constructores!

-Quizá -admitió Griswold-, pero en la forma en que lo pueda ser un topo o una ardilla... Sin embargo, si fueran lo bastante inteligentes como para ser entrenados en operaciones de minería... Pero no creo que pueda usted considerar inteligentes esas criaturas, señor Berkeley.

-¿Y cómo lo podemos saber, capitán?

Pero el capitán estaba mirando hacia todos los lados de la pantalla, en busca de edificios, del humo de las fábricas, de carreteras.

-¡Teniente Atkinson! -llamó.

-Sí, señor.

-Envíe inmediatamente una orden por toda la nave. Esas criaturas de Marte no han de ser molestadas bajo ningún concepto -miró a Berkeley al mismo tiempo que daba la orden y después volvió a apartar la mirada-. Doble la patrulla de hombres que acompañarán al grupo de aterrizaje y compruebe que estén todos completamente armados -después, dirigiéndose de nuevo a Berkeley, añadió-: Un buen jefe sabe prevenirse contra cualquier contingencia. Pero no habrá ninguna matanza indiscriminada. Puede estar seguro de eso. Me siento tan ansioso como usted de que el hombre...

-Gracias, capitán -le interrumpió Berkeley-. ¿Y la colocación de la bandera? ¿Y la toma de posesión?

-¿Pero qué espera que hagamos ahora, señor Berkeley? ¿Qué debemos hacer ahora que hemos visto algunas... cosas? ¿Marcharnos? ¿Dejar que todo un planeta de mineral de hierro sea reclamado más tarde por la Alianza Oriental? El enemigo no está tan alejado de nosotros en cuanto a tecnología, señor Berkeley.

Su actitud se puso acorde con el tema, levantó la cabeza y echó los hombros hacia atrás.

-Suponga que esos seres son inteligentes. Suponga que tienen sentimientos de una u otra clase. ¿Qué les sucederá si la Alianza Oriental reclama la posesión de este planeta? Bajo nosotros, al menos, tendrán la debida protección. Estableceremos reservas en las que podrán vivir en paz. Evidentemente, ahora viven en madrigueras, en el suelo; no veo edificios por ninguna parte. Todos sus suministros

de alimentos tienen que ser esas miserables plantas. ¡Qué existencia tan miserable llevan ahora!

«Nosotros cambiaremos esa situación. Les proporcionaremos una alimentación adecuada, alimentos para llenar sus estómagos vacíos..., si es que tienen estómagos. Cubriremos su repulsiva desnudez. Si disponen de sentido suficiente para aprender, les proporcionaremos el orgullo de poder emplearse en nuestras minas y factorías. Seríamos menos que humanos, señor Berkeley, si no reconociéramos nuestro deber.

La luz de las nobles intenciones brillaba en su rostro. Se había dejado llevar por su propia elocuencia.

-Si nos hacemos cargo de ese deber -terminó diciendo-, el destino se hará cargo de sí mismo.

Eso estaba muy bien. Esperaba que tuvieran la elegancia de citar más adelante sus propias palabras. Era un resumen perfecto de todo su carácter.

Berkeley sonrió, con una sonrisa triste. No había forma de detenerlo. No se trataba de una cuestión de no plantar la bandera, de no tomar posesión. El capitán tenía razón. Si no lo hacía la Alianza Occidental, lo haría sin duda la Alianza Oriental. Su disputa no era ni con el capitán, ni con el deber, sino con el destino. El tema no podía ser decidido ahora. Ya se había decidido..., cuando el primer homínido saltó a la guarida de otro y le robó a su compañera.

El hombre toma. Ya sea por rapiña bárbara o por aceptación a regañadientes del deber, a través de una diplomacia cuidadosamente concebida, el caso es que el hombre toma.

Berkeley se volvió y salió de la sala de control.

En el exterior, el suelo se elevó en sus contorsiones producidas por el enfriamiento. El viento silbó secamente sobre el paisaje rojo, elevando pequeños remolinos de polvo, desplazándolos eternamente de un lugar a otro. Ahora, el suelo estaba menos caliente y, a medida que se enfriaba, la raza de Marte presionó hacia dentro. Su urgente necesidad era la de llegar a aquel meteoro con la mayor rapidez posible, apartarlo y permitir que el agua fluyera una vez más.

-Observación informa de que el suelo está lo bastante frío como para desembarcar.

Aquellas palabras mágicas parecieron sonar a canto en la cabina de control.

-Reunión de todo el grupo de desembarco -ordenó inmediatamente el capitán Griswold.

Los timbres de señales sonaron por toda la nave. También sonó el timbre en la cabina de supercargo. Junto con los otros científicos, Berkeley se puso el traje protector, se ajustó el casco de oxígeno de vidrio claro sobre la cabeza, y lo apretó. Junto con el resto, permaneció al lado de la esclusa de aire que se le había asignado, en espera de la llegada del capitán.

Y el capitán no les hizo esperar mucho tiempo. Apareció en el momento preciso, dando únicamente un ligero vistazo lateral al equipo fotográfico. El capitán se dirigió hacia la esclusa de aire, seguido de sus oficiales. Las puertas de obturación del pasillo que había detrás de ellos se cerraron, dejando aislado a todo el grupo, convirtiendo el propio pasillo en una gran esclusa de aire.

Librodot

Se produjo un largo suspiro y las grandes vigas de las cerraduras se movieron pesadamente contra su peso. Se produjo una corriente de aire saliendo del pasillo, a medida que la mayor presión lo empujaba hacia el exterior, a través de las cerraduras que se estaban abriendo, para equilibrarse con el aire más tenue de Marte. Junto con el aire salieron enormes cantidades de diminutos hongos, esporas, virus y microbios; la mayor parte de ellos estaban destinados a perecer bajo aquellas condiciones extrañas, pero algunos sobrevivirían... y se multiplicarían.

La luz roja que había sobre la puerta parpadeaba, apagándose y encendiéndose.

Los oficiales, los científicos y los hombres armados observaban la luz con toda atención. Esta parpadeó por última vez. Las cerraduras estaban completamente abiertas. La gran rampa se deslizó hasta tocar el suelo.

En ordenada fila militar, con el capitán al frente, el grupo de desembarco atravesó el pasillo, las puertas y salió al exterior, caminando sobre la rampa, bajo el cielo negro-azulado, hasta pisar el suelo rojo. El capitán Griswold fue el primer hombre en colocar su pie sobre Marte, el 14 de junio de 2018. Los fotógrafos fueron los segundos.

La raza de Marte se estaba acercando más a la nave, pero el suelo todavía estaba demasiado caliente para sus pies, no protegidos. Les poseía la urgente necesidad de apartar de allí el meteorito. El movimiento de los hombres que estaban desembarcando en aquel momento no fue para ellos más que otro de los aspectos ininteligibles de aquel increíble meteorito.

El sonido de una corneta cortó el tenue aire; emitido por el altavoz de la nave, reverberó a través de sus cascos. El grupo de desembarco formó en semicírculo, al pie de la rampa.

El capitán Griswold, con el rostro tan rígido como la estatua de mármol que, sin duda alguna, tendría algún día, extendió la mano y cogió la bandera que portaba el teniente Atkinson. La plantó firmemente, sin ningún falso movimiento, sobre la estructura que uno de los hombres había colocado previamente sobre el suelo, para sostenerla.

Después, señaló hacia el norte, el sur, el este y el oeste. A continuación, puso las manos juntas, con las palmas hacia abajo y los brazos completamente extendidos ante sí. Extendió los brazos a lo ancho y hacia abajo, los volvió a juntar y los elevó, completando un círculo que comprendía a todo el planeta. Extendió después su mano derecha y recibió el rollo de pergamino del teniente Atkinson.

Con un gesto decisivo, no excesivamente teatral, desenrolló el rollo. Y con una voz lo bastante firme como para impresionar a toda la posteridad, leyó:

-En virtud de la autoridad con que me ha investido el Consejo Supremo de la Alianza Occidental, los únicos y verdaderos representantes de la Tierra y del Hombre, tomo posesión de todo este planeta, en nombre de nuestro presidente, del Consejo Supremo de la Alianza Occidental, de la Tierra, y en nombre de Dios.

Ahora, el suelo estaba lo bastante frío como para que sus pies pudieran soportarlo. El dolor era grande, pero quedaba perdido en aquel dolor mucho más grande producido por la sensación de obstrucción mortal que había traído consigo

Librodot

el gran meteorito sobre sus canales. La raza de Marte comenzó a presionar inexorablemente hacia dentro.

Fue en el momento anticlimático que siguió a la ceremonia de posesión, cuando los hombres deambulaban de un lado a otro, dubitativos, cuando el teniente Atkinson vio a la raza de Marte, que se había acercado más y que se estaba moviendo.

-¡Los monstruos! -gritó, lleno de horror-. ¡Están atacando!

Berkeley miró y por los pequeños gestos de movimiento y su prolongado entrenamiento dedujo lo que estaba sucediendo en realidad.

-¡No es contra nosotros! -gritó-. ¡Es contra la nave!

Quizá sus palabras fueron más desafortunadas de lo que podría haber sido su silencio; porque la nave era para el capitán Griswold una preocupación mayor que su propia persona.

-¡Alto! -gritó Griswold, dirigiéndose a la raza de Marte que se aproximaba-. ¡Alto o disparo!

Pero la raza de Marte no prestó ninguna atención. Fueron avanzando lentamente, siendo cada paso sobre el suelo caliente una verdadera tortura, pero un dolor que podía ser soportado. La mayor tortura de todas, la única que no podían soportar, era la urgencia de presionar contra este meteorito, de apartarlo, de poder limpiar de nuevo el punto de unión de los canales. Del mismo modo que un hombre al que se le ha cortado la respiración lucha frenéticamente en busca de aire, sin preocuparse de ninguna otra cosa, así sentían ellos la desesperación de las arenas secas.

Y avanzaron.

-Por última vez -espetó Griswold-, ¡alto!

Hizo un movimiento con sus manos, como si tratara de apartarlos, o de demostrar su significado por medio de signos. Entonces, involuntariamente, sus ojos buscaron los de Berkeley. Fue una mirada de ruego, de desamparo. Berkeley se encontró con su mirada y leyó en ella la ansiedad, la trágica situación del hombre que no está dispuesto a despertar la rabia o el desprecio de la posteridad.

Fue una mirada breve la que se cruzó entre los dos hombres, y luego los dos apartaron la vista. La cabeza del capitán Griswold se levantó. Sus hombros se hincharon frente a los monstruos que se acercaban. Ahora estaban cerca, y se acercaban cada vez más. Como siempre, los expertos eran pródigos con sus consejos cuando no se les necesitaba. Pero cuando los dados estaban echados, no podían hacer otra cosa que sonreír y encogerse de hombros.

Dio la orden y no hubo en ella ninguna incertidumbre.

-¡Fuego!

La celebración se llevó a cabo en el Gran Estadio, la estructura más grande y costosa que jamás construyera el hombre. Era una estructura destinada a los campeonatos de fútbol más importantes; y también era utilizada ocasionalmente, si podía ser adaptada sin perturbar el programa, para los asuntos de Estado. Ahora, el estadio estaba repleto al máximo de su capacidad y su suelo se agitaba bajo los descuidados pies de los miles y miles que se las habían arreglado para conseguir una entrada.

Librodot

Desde las gradas de asientos, de unos cuatrocientos metros de altura, desde el suelo del estadio, surgían los gritos, que se extendían hacia la plataforma, situada en el extremo norte.

-¡Griswold! ¡Griswold!

Pero no había llegado aún el momento histórico de asegurar la justicia de la masacre.

El presidente elevó una mano. La batería de cámaras vídeo recogió cada uno de sus movimientos.

-Nuestras esperanzas, nuestros temores, nuestros corazones y nuestras oraciones fueron con cada uno de los kilómetros de espacio oscuro y moteado de estrellas recorridos por estos pioneros -se volvió entonces hacia el capitán-. En nombre del pueblo de la Tierra, almirante Griswold, le impongo esta medalla. ¡Una nueva medalla para un guía del destino, para un constructor de imperios, para un hijo del hombre!

La voz se hizo más débil y se detuvo.

La multitud situada en el suelo del estado estaba empujando, tratando de salir del centro, gritando, llena de dolor y terror. En el preciso momento en que la gente debía permanecer tranquila, llena de reverencia ante la ceremonia, resultaba que estaba esforzándose por vaciar el suelo del estadio. Pero no por su propia voluntad. Estaba siendo presionada hacia atrás y hacia fuera, como si el gran peso se abriera camino, empujando, a través del agua. Quienes no se podían alejar más allá, eran aplastados allí mismo donde se encontraban. Y entonces apareció la nave. De contornos confusos, reluciente en ángulos imposibles, vista antes por el luminoso fuego de luz que por su forma sólida, como si su realidad se encontrara en otra dimensión completamente distinta y ésta no fuera más que una proyección..., así apareció la nave.

La mano del presidente se extendió y agarró el hombro de Griswold mientras se inclinaba cada vez más hacia atrás, tratando de determinar su enorme altura. Entonces, un silencio aterrador se extendió por entre la multitud.

Transcurrió todo en un minuto. Incluso en la plataforma, donde estaban reunidos todos los pioneros de Marte con los dignatarios de la Tierra, incluso allí se fue retirando la gente ante aquel horror desconocido, que no se podía ver.

Pero un hombre se inclinó hacia delante, estudiando frenéticamente los brillantes contornos de la nave. Un hombre..., Berkeley.

Con el entrenamiento propio del etnólogo, un hombre capaz de deducir toda una civilización a partir de una vaga información, reconoció el tremendo significado.

Al final de aquel minuto, sin advertencia alguna, un grupo de figuras se balancearon en el aire, cerca del suelo del estadio.

Rápidamente, los ojos de Berkeley captaron su forma, su color, la creciente solidez de los humanoides. Existen ciertos movimientos, ciertos gestos que son comunes a todos los seres que poseen inteligencia... la pausa, la resolución, la elevación del orgullo. -¡No! -gritó y comenzó a avanzar hacia delante-. ¡Oh, no! Nosotros somos civilizados. ¡Somos inteligentes!

Fue obligado a retroceder cuando, en su terror, trató de saltar de la plataforma para acercarse a los humanoides.

Librodot

Mantenido allí, incapaz de moverse, leyó el significado de las acciones del grupo que se balanceaba cerca de la nave. Uno de ellos lanzó un brillante tentáculo a su alrededor, como si señalara el estadio, la lastimosamente pequeña nave espacial, allí, exhibida, la enorme cantidad de gente.

El jefe le ignoró manifiestamente. Dio un paso hacia delante, con su cabeza ovoide levantada, en un gesto de orgullo y arrogancia. Dirigió un tentáculo hacia la parte sur del estadio y de allí se elevó una columna de llamaradas; alimentada sin ningún combustible, llama destinada a no cesar nunca, símbolo de la posesión.

Después, dirigió sus tentáculos hacia el norte, el sur, el este y el oeste. Hizo una serie de movimientos con sus tentáculos, como si tratara de abarcar toda la Tierra.

A continuación, desplegó un rollo y comenzó a leer algo.

FIN

Librodot

ÍNDICE

Presentación.....3
Introducción..... 4

Volumen I. ASCENSIÓN Y ESPLENDOR

1. UN SENTIDO DE PERSPECTIVA
Mucho, mucho tiempo, por R. A. Lafferty 12
Los posesos, por Arthur C. Clarke 18
Especies protegidas, por H. B. Fyfe 22
Vuelta a empezar, por Michael Shaara 32

2. TODAVÍA MÁS Y MÁS VASTO
El *saqueador* de estrellas, por Poul Anderson 50
Fundación, por Isaac Asimov.....72
Somos civilizados, por Mark Clifton y Alex Apostolides ...100